

Sabía que pasaría



GEMA SAMARO

SABÍA QUE PASARÍA

GEMA SAMARO

©Gema Samaro, julio, 2026

©Todos los derechos reservados.

Diseño y composición de portada: AIRG

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros, sin el permiso previo y por escrito de la autora.

Los personajes y situaciones descritos en esta obra son ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, es mera coincidencia.

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[EPÍLOGO](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

[MÁS HISTORIAS PARA TI](#)

Capítulo 1

A las seis y siete de la mañana sonó el teléfono móvil que estaba sobre la mesilla.

Irene abrió un ojo, luego el otro y después los párpados se le cayeron.

El móvil siguió sonando y desde la habitación de al lado se escuchó un golpe sordo, un quejido y luego una voz arrastrada por el sueño:

—¡Cógelo de una vez!

—¡No espero ninguna llamada! —masculló Irene, tapándose la cara con la almohada.

—Perdona, soy yo la que ya no cree en los hombres —le recordó Maica.

—Eso es verdad.

Irene sonrió sin darse cuenta, alargó la mano, tiró al suelo un libro, un vaso vacío y algo que esperaba que no fuera una araña, hasta que consiguió cogerlo.

Miró la pantalla y aparecía un nombre.

Milda.

Irene se incorporó de golpe y se planchó los pelos con la mano, como si su jefa pudiera verla, aunque fuera una llamada solo de audio.

Milda no llamaba jamás antes de las ocho, salvo que un cliente hubiera perdido una llave, quemado un horno o se hubiera dejado tres dientes contra el bordillo de la piscina.

Carraspeó, abrió los ojos como pudo y descolgó con toda la energía de la que logró hacer acopio.

Vamos, con ninguna.

—¡Estoy despierta! —mintió con la voz de una zombi.

—No, no lo estás —respondió Milda con su acento lituano, preciso y absolutamente incompatible con la compasión.

—Bueno, técnicamente tengo los ojos abiertos.

—Necesito que vayas a La Escondida.

Irene miró el reloj y marcaba las seis y nueve.

—¿Ahora? ¿Pero esta gente no puede dejar de liarla?

—No son gente. Son clientes.

—Qué desgracia.

Irene se mordió los labios después de que se le escapara el comentario. Milda lo ignoró y replicó:

—Es urgente. ¡Para ya!

Milda era lituana, llevaba diecisiete años en Ibiza y dirigía Villas Sol y Luna con la eficacia de una generala.

Era alta, rubia y elegante. Tenía la espalda recta de una gimnasta olímpica y una forma de mirar que hacía que la gente revisara sus errores incluso antes de saber cuáles eran.

Llevaba siempre el pelo recogido en un moño bajo tan tirante que le achinaba los ojos. Lucía vestidos de lino de colores vivos sin una arruga incluso después de doce horas de trabajo, lo que hacía que Irene sospechara que tenían mezcla de titanio, el mismo material del que estaba hecha su jefa.

Luego estaban las sandalias de tacón que podían ser consideradas como riesgo laboral y las gafas de sol que le tapaban media cara con un logo gigante en las patillas que podía verse desde Formentera.

Cuando decía «para ya», lo hacía en un tono suave y educado, pero luego se quedaba callada de un modo tan intimidante que Irene acababa haciendo lo que le había pedido sin recordar en qué momento había aceptado.

—¿Qué hago? ¿Adónde voy?

—Un cliente ha cancelado la reserva a última hora.

—¿Cuál? ¿El que pidió que la temperatura del agua de la piscina fuera emocional?

—No preguntes —le exigió Milda.

—Qué rabia, de verdad. ¿Para eso me pasé tres horas buscando olíbano porque el cliente tenía el capricho de que la villa oliera a iglesia cara?

—Ya sabes dónde se vende.

—No pienso escuchar ningún tema suyo en la vida. ¿Tú sabes el calor que hacía ayer? —se lamentó Irene.

—No te comenté que fuera cantante.

—La indiscreta fue su secretaria —se excusó Irene—. Las víctimas siempre acaban compartiendo información.

—La villa la va a ocupar otro cliente. Llega a las siete. Necesita las llaves que ya sabes dónde están, explicaciones básicas de la casa y discreción absoluta. Nadie puede saber que está en la isla. Nadie. ¿Estamos?

—No. No estamos. En la isla hay paparazzi hasta dentro de las papeleras.

—Tendrás que esforzarte para que nadie sepa que está aquí.

—Me esfuerzo —replicó Irene—, pero luego ellos se ponen a morrear en el Ushuaia encima de una mesa, rodeados de quinientas personas con el móvil grabando en vertical. Si quieren discreción que se vayan a veranear con los pingüinos.

—Es un cliente muy exigente. Espero que estés a la altura.

—¿Más exigente que la que pidió que el mar estuviera orientado al este y las buganvillas fueran del color 210 C de Pantone?

—Necesita tranquilidad y que nadie le moleste.

—A ver si es verdad y no se dedica a dar por saco.

Al otro lado hubo un silencio que Irene conocía demasiado bien, era el silencio de cuando Milda calculaba cuánto iba a costar despedirla.

Pero no había podido evitar soltar todo aquello. Siempre era sincera y, cuando no dormía lo suficiente, lo era muchísimo más.

—A las siete, Irene —dijo Milda en un tono que sonó a ultimátum.

Irene miró la hora de nuevo y vio que aquello era imposible.

—¿Por qué no va Bruno? Y no te lo digo porque sea una perra y me cueste salir de la cama. Yo estoy aquí para darlo todo por la empresa.

—Ya.

—Tú lo sabes, Milda. Soy capaz de mover cielo y tierra para encontrar cubitos de hielo en forma de diamante.

—Ya —murmuró más borde aún.

—Estoy para todo y más. Pero lo lógico es que vaya Bruno que vive al lado de Santa Eulalia. Va a llegar mucho antes que yo.

—Se ha levantado con un flemón que le ha deformado media cara.

—¿Y Lucía? Ella está también más cerca que yo.

—Lucía libra.

—¿Y tú? Total, es un paseíto muy bonito en esta mañana preciosa de sol —propuso Irene como si aquello fuera lo más lógico, pues su jefa vivía en una casa blanca preciosa en San Carlos.

—¿Sol? ¿Dónde ves el sol? ¿Aún no has levantado la persiana?

—No. Es por el calor. Entonces, ¿vas tú?

—Yo soy tu jefa. A las siete.

Y colgó.

Irene se quedó mirando el móvil con la boca entreabierta y soltó:

—Buenos días para ti también, Milda.

Salió de la cama y se fue directa a la ducha con la camiseta vieja del instituto puesta.

Precisamente en el instituto de Madrid era donde había conocido a Maica.

Y ahora vivían juntas, después de que su amiga hubiera tenido la suerte de heredar el pisito que había pertenecido a su tía Casilda.

Una sevillana soltera que se fue a trabajar a la isla años atrás y que había fallecido dos años antes.

El piso tenía dos habitaciones, una terracita al mar que hacía que la humedad se pegara a las paredes, un baño diminuto, desagües que se atascaban cada dos por tres, goteras en la cocina cada vez que llovía con ganas, suelos antiguos, ventanas de madera que se abrían solas con el viento de levante y muebles y objetos viejos y desaparejados que Maica adoraba.

Había estudiado Conservación y Restauración y heredado de su tía la costumbre de ver potencial donde los demás solo veían trastos.

Se pasaba los ratos libres lijando sillas, reparando marcos, cambiando tiradores y arreglando muebles que cualquier persona sensata llevaría al punto limpio sin mirar atrás.

Además, tenía la suerte de trabajar de cajera en el Mercadona que estaba al lado de su casa, otra de sus grandes pasiones. Desde niña había jugado más con cajas registradoras y supermercados de plástico que con muñecas.

Así que cuando no estaba cobrando la compra de los clientes, devolvía el color a bodegones apagados, marinas atormentadas y retratos de antepasados que miraban al futuro con cara de susto.

Ella siempre decía que se dedicaba a restaurar el alma del pueblo y por eso se daba por bien pagada.

Pero cobraba. Unas veces poco y otras aceptaba cafés, tomates o un tapete de crochet para cubrir el sofá.

Así era feliz, y más desde que se había jubilado anticipadamente del amor.

Maica tenía veintiocho años y había decidido que no quería saber nada de los hombres.

Después de una colección de decepciones, había llegado a la conclusión de que se quedaba con sus trastos viejos.

A diferencia de los hombres, los objetos del año de la pera ni mentían, ni desaparecían cuando se complicaban las cosas, ni se enrollaban con su compañera de trabajo en los baños del *parking*, ni decían que necesitaban tiempo y espacio para encontrarse a sí mismos en un retiro tibetano.

Y además tenía a Irene, que era mucho mejor que un novio.

Eran amigas desde los quince años y, cuando Maica decidió instalarse en Ibiza porque allí podía seguir trabajando en lo mismo que en Madrid y, además, tenía casa, Irene no se lo pensó: hizo las maletas y se fue con ella.

Por aquel entonces, Irene encadenaba contratos precarios que no le permitían ni alquilar un trastero.

Y la cosa no tenía pinta de que fuera a cambiar.

Aparte de que resistir en Madrid sin Maica era más duro todavía.

Así que se mudó a Ibiza y al poco tuvo la suerte de encontrar el trabajo mejor pagado de su vida.

No era exactamente lo que había imaginado cuando estudió ADE y soñaba con convertirse en una ejecutiva de esas que toman decisiones millonarias mientras miran gráficos incomprensibles en una sala llena de cristal.

Pero, de momento, estaba contenta.

Le gustaba organizar llegadas, coordinar llaves, resolver problemas imposibles, sobrevivir a clientes caprichosos y gestionar cocinas con más instrucciones de funcionamiento que una central nuclear.

Lo que ya le gustaba menos era que la llamaran a las seis de la mañana.

Como aquel día en que se había duchado con agua fría porque el termo del piso tenía dos únicas opciones: convertir la ducha en una experiencia cercana al achicharramiento o que saliera el agua helada.

Siempre optaba por la segunda opción.

Se colocó el albornoz a toda prisa, se secó el pelo con una toalla, lo peinó y se fue a su habitación a vestirse.

Se puso un vestido blanco corto y sandalias planas y luego se recogió la melena castaña, larga, ondulada y aún húmeda, en un moño hecho de cualquier manera.

Ni tenía tiempo y tampoco merecía la pena esforzarse mucho porque lo iba a echar a perder con el casco.

En medio minuto se colocó colorete, rímel, gloss y perfume y se fue a la cocina a encender la cafetera.

Después se plantó frente a la nevera y allí estaba él.

Mateo Rivelles, que sonreía desde una foto grande, recortada del *Marca* hacía años, pegada con ocho imanes de corazones rojos.

La foto llevaba allí desde el primer día que había llegado a la casa y era parte de la familia.

—Mira qué horas —le dijo Irene con los ojos entornados.

Luego, como siempre, se imaginó la respuesta de Mateo y volvió a hablar:

—¿Pibonaco, dices? Naaa. Si llevo este trapo y me he maquillado sin mirarme en el espejo. Tú sí que estás guapo y hoy te brillan más los ojos. Claro, idespues de la nohecita que hemos pasado! ¡Ay! Como sigas mirándome así, no voy a poder salir de casa.

Maica apareció en la puerta con un top rosa y en bragas y le preguntó como si aquello fuera lo más normal:

—¿Qué te dice tu futuro marido?

—Que estoy guapa. Es más mono.

—Y os habéis pasado la noche follando —replicó con sorna.

—Son cosas íntimas.

—Sí, sí. ¿Oye, adónde vas?

—A Santa Eulalia, un cliente me espera a las siete.

—¿De la mañana?

Irene abrió la nevera, sacó la leche y asintió con la cabeza:

—Pero voy a llegar. ¿Verdad que sí, Mateo?

Mientras Irene se preparaba el café, Maica se acercó a la nevera, observó la foto y ladeó la cabeza:

—Reconozco que el tío está muy bueno, pero ni sabe que existes.

A Maica le había llegado hasta hacer gracia el cuelgue de su amiga por el futbolista. Pero desde que estaba dejando pasar la oportunidad de conocer a chicos que merecían la pena por un estúpido *crush*, no paraba de intentar abrirle los ojos. Como esa mañana...

—Un detallito sin importancia —murmuró Irene.

—Toni me gusta para ti.

—¿Toni?

—El tío que conocimos el otro día. El bombero —le recordó Maica.

—Es majo, pero no. No va a funcionar. Me va a pasar como con los otros. Y mejor ni lo intento. Ya no. Para qué. Nadie es como él —afirmó Irene señalando la foto con la cucharilla.

—Me parece que se te está yendo de las manos. Y te lo digo con cariño. No puedes llevar años diciendo que te vas a casar con un futbolista que vive en Italia, que no te conoce y que además tiene miles de novias.

—No me voy a casar con un futbolista. Me voy a casar con Mateo Rivelles. El matiz es importante y no vive en Italia de manera definitiva. Solo juega allí. Y dicen que probablemente jugará en España la próxima temporada. Cada vez está más cerca de mí. Sé que ya viene hacia mí.

Maica se apoyó en la encimera y dijo mordaz:

—O sea que ya me voy buscando vestido para la boda.

Irene apuró el café y fregó la taza mientras replicaba:

—Te burlas porque no tienes fe. Y algún día tendrás que pedirme perdón por no haberme creído.

—Si algún día entra por esa puerta Mateo Rivelles y te dice que os vayáis juntos a vivir lo vuestro, te prometo que te pagaré el vestido de novia.

—Ya estamos viviendo lo nuestro en otro universo paralelo donde tenemos dos hijos y un perro —le recordó mientras buscaba las llaves de la moto.

—Y casa con porche.

—Y piscina en forma de balón —aseguró Irene, convencida.

Luego se colgó el bolso que tenía sobre una de las sillas de la cocina y se encogió de hombros.

Lo cierto era que no sabía explicar lo que le pasaba con Mateo Rivelles sin que sonara a que estaba como un cencerro.

Pero lo suyo no era una obsesión. Solamente sabía que iba a pasar. Que era él.

Lo había sabido desde la primera vez que lo vio en televisión, años atrás, cuando metió su primer gol en primera con diecisiete años y sonrió como si no supiera qué hacer con todo el ruido del estadio.

Todos veían al futbolista, ella intuía cómo era su corazón.

Y sabía que ni era un frívolo ni un mujeriego como decía la prensa.

—Me parece que vas a tener que conformarte con esa felicidad que tienes en ese universo, porque en este lamento decirte que ese tío es una perla. *Una de mucho cuidado* —canturreó Maica.

—No es como dicen.

—No es lo que dicen, son las fotos que aparecen cada dos por tres saliendo de *afters*, entrando en discotecas, rodeado de modelos y con una copa en la mano a las siete de la mañana.

—Son solo fotos. Y una foto no cuenta toda la historia.

—Cuando tienes quinientas iguales haciendo lo mismo, tienes la crónica de un golfo de campeonato. Sin embargo, Toni...

—¡No me gusta Toni! —exclamó Irene, negando con la cabeza.

—¿Te vas a pasar la vida entera hablando con una foto pegada en el frigorífico?

—No es una foto. Es él.

—¡La madre que te parió!

—Me voy, que llego tarde y me espera un cliente de última hora que exige discreción absoluta. Apuesto por un traficante de armas o un *influencer* con agorafobia.

—Uf. Me quedo con mis clientes del Mercadona —habló Maica, cruzándose de brazos.

—Ya te contaré. Y a ti también, mi amor —dijo Irene lanzándole un beso al frigorífico.

—Tía, esto vas a tener que superarlo.

—Me lo dice la chica que ha cambiado a los hombres por trastos viejos.

—Lo mío es sensato. Lo tuyo es...

—Es mío. Y no hago daño a nadie —repuso Irene, encogiéndose de hombros.

—Te lo estás haciendo a ti.

—Por mi no te preocupes que estoy feliz. ¡Me tengo que ir! ¡Nos vemos, chicos!

—¿Chicos? ¡Ah, claro! Mateo y yo —murmuró Maica, divertida.

—Mateo, tú y el retrato ese que estás restaurando del señor de bigotes.

Se despidieron entre risas y luego Irene se fue a la calle de atrás donde había aparcado la Vespa amarilla de la tía Casilda, se puso el casco y no hubo manera de que arrancara.

—No me hagas esto hoy —farfulló al tercer intento.

La Vespa tosió como si necesitara más argumentos para convencerla.

—Hay un tío muy tocapelotas esperándome a las siete en la otra punta de la isla. Y tengo una jefa que da miedo hasta cuando sonrío —le explicó nerviosa.

Después, le dio una patada y el motor rugió de repente, como si la Vespa hubiera reflexionado al respecto y por fin cedido.

—¡Sabía que no me ibas a fallar!

Irene puso rumbo a Santa Eulalia bajo la luz temprana de primeros de junio, el aire salado y la calma rara de antes de que la vida despertara del todo.

A las siete y dos minutos aparcó delante de la puerta de La Escondida que estaba en una zona discreta, elevada, con vistas al mar y un portón automático que se abrió después de que Irene introdujera el código correcto al cuarto intento.

Se quitó el casco, se quedó mirando la villa y una vez más confirmó que no podía ser más bonita. Era blanca, geométrica, llena de cristal, con una piscina infinita que parecía cortarse justo antes del horizonte.

Era la villa más cara y lujosa que disponía su jefa. La de los peces gordos y el suyo no parecía estar por ninguna parte.

O eso creía porque al momento apareció un coche negro, carísimo y muy de alguien que no usaba Vespas con carácter como la suya.

Bajó la ventanilla y entonces lo vio.

Pelo castaño, algo revuelto, ojos azules, nariz recta, boca perfecta, mandíbula cuadrada y ese lunarcito en el pomulazo inconfundible.

¡Era Mateo!

Su Mateo.

El de la nevera, el que tenía sujeto con ocho imanes de corazones. El mismo con el que en un universo paralelo tenía dos hijos y un perro.

El hombre con el que llevaba años diciendo que se iba a casar y que, para su más absoluto alucine, después de mirarlo y remirarlo ocho veces, confirmó que estaba allí a las siete y cuatro de la mañana, mirándola con cara de haber dormido poco y estar harto de todo.

Irene se pellizcó el brazo para confirmar que no era un sueño y luego escuchó que él pronunciaba su nombre:

—¿Eres Irene Soler? ¿De Villas Sol y Luna?

Irene quiso responder algo, pero no le salió nada. Toda la vida esperando ese momento y no podía ni asentir con la cabeza.

Era como si no estuviera ahí, como si aquello le estuviera pasando a otra y no a ella.

Casi igual a como si estuviera viendo una película.

Es que no podía ni parpadear ni dejar de mirarlo hasta que al final musitó juntando las manos:

—Dios, Dios, Dios.

Mateo la miró un segundo, chasqueó la lengua y le aclaró convencido de que esa chica estaba rogando a Dios que le apartara tremendo mal, como si él fuera el mismísimo diablo:

—¡Tranquila, mujer! No vengo de un *after*, ni estoy puesto hasta las orejas, ni tampoco hay tres mujeres en los asientos de atrás dispuestas a hacer realidad mis más oscuras fantasías...

Capítulo 2

Irene logró parpadear un par de veces y replicar sin pensarlo ni un segundo:

—Lo sé.

Él frunció el ceño y replicó muy extrañado:

—¿Lo sabes?

—Sí.

—¿Cómo?

—Porque no eres como dicen.

Mateo la miró un segundo.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—De la misma manera que sabía que iba a entrar en el concierto de Bad Bunny cuando me fui a Madrid sin entrada.

—¿Perdón?

—Es una historia larga.

Mateo se quedó perplejo. Él esperaba que le respondiera lo que todos: que le conocía de verlo en la tele, que sabía que era un futbolista famoso y todo lo demás.

Pero esa chica era tan diferente al resto que se quedó mirándola unos segundos. No parecía impresionada por el hecho de que fuera quien era. Más bien le observaba con una curiosidad tranquila, sin prejuzgarle lo más mínimo.

Y eso le desconcertó tanto que le preguntó:

—Espera, ¿tú sabes quién soy?

Irene lo miró y él sintió que le miraba distinto.

Era algo tan extraño que Mateo sintió un escalofrío que le subió por el cogote y más cuando la escuchó responder.

—Sí.

—¿De qué me conoces?

Irene pensó en los años que llevaba siguiéndole, leyendo sus entrevistas, viendo partidos, preocupándose por él, dándole los buenos días a la foto del frigorífico, contándole sus cosas, diciendo a los suyos que se iba a casar con él...

Sonrió y luego se percató de que debía tener los pelos horribles después de haberse quitado el casco, pero le dio lo mismo y

respondió:

—De toda la vida.

Y lo dijo de una forma que sonó tan íntima que pareciera que conocía algo de él que nadie más conocía.

Mateo se quedó callado unos instantes, luego arqueó una ceja y masculló:

—Suenan inquietante.

—Un poco —musitó Irene, que se mordió los labios porque era consciente de que había dicho demasiadas cosas en su primer minuto con el cliente.

Aunque fuera su futuro marido.

—¿Un poco? —inquirió Mateo, atónito.

Irene no encontró mejor forma de salir del brete que decir:

—Bastante si se saca de contexto.

—¿Qué contexto? ¿Hay un contexto? —repitió Mateo, absolutamente perdido.

Irene pensó que como le dijera que llevaba años convencida de que él iba a clavar la rodilla en el suelo, derretido de amor, para pasar el resto de su vida con ella, iba a salir por piernas.

Y con razón. Por mucho que estuviera ante el amor de su vida, Mateo Rivelles de momento era solo un cliente exigente que necesitaba discreción absoluta.

Y no podía decepcionar a Milda que le había dado la oportunidad de tener el mejor trabajo que había tenido nunca.

Así que se puso en modo profesional, le dedicó una sonrisa impecable, se recolocó el bolso sobre el hombro y le respondió:

—Olvidalo. De momento.

—¿Cómo?

—Nada. Soy Irene Soler —dijo tendiéndole la mano—. Trabajo para Villas Sol y Luna y vengo a entregarte las llaves y enseñarte la casa.

Mateo le estrechó la mano y siguió observándola unos segundos más, como si aún intentara averiguar qué demonios acababa de pasar allí.

—Mateo —atinó a decir.

Irene se echó a reír y asintió con la cabeza:

—Ajá.

—Quiero decir que soy Mateo.

—También lo sé.

Esbozó una sonrisa involuntaria, porque él no quería reírse, pero ahí estaba enseñándole todos los dientes a esa chica que le tenía descolocado.

—Vale.

—Y también sé que quieres discreción, así que yo no sé nada. No sé si me entiendes.

—Creo que algo.

—Algo ya es bastante —repuso ella.

—Genial.

—Perfecto. Prometo no volver a decir ninguna cosa inquietante durante los próximos diez minutos.

—¿Solo diez? —replicó él, mordaz.

—No quiero crear expectativas imposibles. Entremos en la villa, sígueme por favor. Yo soy la de Vespa amarilla.

Mateo volvió a sonreír, Irene se acercó a la moto, se puso el casco y trató de arrancar, pero nada:

—Vespa, por favor, que se supone que soy la imagen de una empresa de alquiler de villas de lujo. Pórtate, tía. Vamos, ¡arranca con estilo!

Pero la Vespa no estaba por la labor.

Mateo detuvo el coche junto a ella, se bajó, se agachó y soltó uno de los cierres de la tapa lateral.

—¿Qué haces? —preguntó Irene porque un cliente exigente no solía hacer eso.

Claro que él era Mateo. Su Mateo. Y en el universo paralelo sabía desatascar váteres con una pericia que daba gusto verlo.

—Voy a echar un vistazo —respondió él.

Retiró la tapa, observó el motor unos segundos y enseguida localizó el problema.

—Aquí está.

Metió la mano y encajó una pieza que parecía haberse aflojado.

—¿El qué está?

—La pipa de la bujía —contestó él, como si tal cosa.

—¿Eso es un insulto o es la avería?

—¿Cómo que un insulto?

—Suenas a eso, ¿no? A que te has frustrado y has dicho: ¡La pipa de la bujía! No sé, si alguien me gritara: «¡pipa de la bujía!» desde un coche, me sentiría ofendida.

Mateo se quedó mirándola unos segundos y soltó una carcajada inesperada y tan espontánea que Irene pensó que durante un instante él parecía que tenía cinco años menos.

—Te aseguro que es una pieza de la moto.

—¡Menos mal! Ya estaba pensando en incorporarlo a mi vocabulario.

—¿Para insultar a la gente? —quiso saber Mateo, divertido.

—Por supuesto. Tiene muchísimo carácter.

—Tenía una moto como esta y le solía pasar lo mismo. La pipa de la bujía no hacía bien el contacto.

Volvió a colocar la tapa, se incorporó y le pidió sin dejar de sonreír:

—Prueba ahora.

La Vespa arrancó a la primera, Irene dio un grito de pura alegría y se dirigió hacia el porche con Mateo que iba detrás con su coche.

Aparcaron. Ella se quitó el casco, se peinó con los dedos y le dijo:

—Muchas gracias, es que de estas pipas no sé nada. Solo sé de las de girasol. De las de Tarancón, que es el pueblo de mi abuela. Ella las sembraba en abril y las recogía en septiembre.

—Ya —replicó Mateo que estaba alucinado con la agente de las villas. En la vida había conocido nada igual.

Irene por su parte se mordió el labio para evitar seguir hablando de más y remató el tema diciendo:

—Y la moto la arreglo siempre a patadas, pero con cariño. ¿Sabes?

—Entiendo.

Él sonrió y ella pensó que esa sonrisa era de verdad. Sentida. No era una de esas, educada o de compromiso, que ponía cuando un fan le pedía una foto.

—La villa tiene un *parking* donde podría meterse un Boeing 747, pero mejor te enseño antes la casa. ¿Te parece?

—Por favor —asintió Mateo que estuvo a punto de soltar una carcajada otra vez.

Se dirigieron a la puerta principal, Irene abrió el bolso, sacó la tarjetita donde había apuntado los números de la clave secreta y se dispuso a teclear los seis números.

Pero la puerta no se abrió.

Ni a la primera, ni a la segunda, ni a la tercera.

—Creo que el cuatro es un nueve —le sugirió él.

—¿Tú crees?

—Mi hermana hace los nueve igual que tú: medio rapados.

Irene se rio mientras cambiaba el cuatro por un nueve y por fin la puerta se abrió.

—Pues tenías razón era un nueve rapado.

Empujó la puerta y Mateo le pidió que pasara. Irene por poco no se deshizo con su caballerosidad, pero al momento se metió de nuevo en su papel de profesional de las villas de lujo, entró con decisión y se tropezó con el felpudo de diseño minimalista tan grande, tan plano y tan gris que parecía una lápida colocada estratégicamente para acabar con los invitados.

—¡Cuidado! —exclamó Mateo, sujetándola por el codo.

Y eso evitó que acabara perdiendo tres dientes, como los borrachines en los bordillos de las piscinas.

—¡Dios! —farfulló Irene con el corazón acelerado.

No porque ese hombre hubiera evitado una tragedia y un roto en su economía porque los dientes en la isla estaban carísimos.

Es que tenía la mano de Mateo sobre su piel. Y qué mano. No pudo evitar mirarla, tan grande, tan fuerte, y con esos dedos largos y de manicura impecable.

Luego, lo miró a él que parecía tan preocupado por ella y sus dientes que creyó que iba a desmayarse.

Pero no podía hacerlo. Milda no se lo iba a perdonar jamás. Así que respiró hondo un par de veces y se apresuró a decir:

—¡Estoy bien!

—¿Seguro?

A Irene no se le ocurrió otra cosa que responder:

—Sí, es que el felpudo es un poco: «*Pick me*».

—¿*Pick me?*

—Busca con desesperación atención y validación. Como es algo en lo que la gente no suele reparar... Y así consigue que estemos hablando de él.

Él volvió a sonreír, esta vez un poco más y luego le soltó el brazo.

Irene pensó que no se iba a lavar esa parte de su piel en dos años y encendió las luces del recibidor, aunque no hacían ninguna falta porque toda la casa estaba bañada por la claridad azulada de la mañana.

—Huele muy bien —dijo él, en cuanto entró en la casa.

—Es un ambientador que ha sacado hace poco un arquitecto escandinavo —se inventó porque no tenía ni idea de qué ambientador habían puesto ese día.

—No es ese olor.

Y la miró de un modo que Irene se abanicó con la mano porque estaba hiperventilando.

—Ah. Entonces es Flower by Kenzo. Lo compré de oferta.

—Será ese olor.

—Bueno, pues una vez identificados los olores, te doy la bienvenida a La Escondida. Tiene cinco dormitorios, seis baños, una piscina climatizada, otra que se funde con el mar, acceso directo a la cala por un sendero privado, cocina equipada, sistema de sonido integrado, alarma...

Irene dijo todo aquello de memoria, intentando con todas sus fuerzas que no se notara que estaba enseñando la villa al hombre que llevaba años pegado a su nevera.

—Ajá —masculló él, que escuchaba atentamente.

Luego, Irene abrió el bolso y sacó otra tarjeta:

—La clave del wifi está aquí.

—A ver si hay suerte y no hay alguna A que parezca una C.

Él sonrió otra vez y se le marcaron unas arruguitas en las mejillas. Irene creyó que se moría. Se le cayó la tarjeta. Se agachó demasiado rápido a por ella, el bolso resbaló y acabó estampado en el suelo.

Mateo se inclinó para ayudarla y ella se excusó apurada:

—No hace falta. Ya lo cojo yo. Y lo siento. Lo siento mucho.

—¿Lo siento por qué? —replicó él tras coger el bolso—. Así me he percatado de la maravilla de estos suelos. Deben ser de lo mejor de la isla.

Irene recogió la tarjeta, le sonrió agradecida y él le pasó el bolso rozándole los dedos.

Ella creyó que esta vez sí que iba a perder el conocimiento. Aquello era insoportable. El corazón le iba a explotar. Mateo Rivelles estaba agachado delante de ella, con una sonrisa espectacular y una paciencia que no esperaba.

Pero luego pensó en todas las facturas que tenía que pagar y recordó las palabras de Milda:

—Espero que estés a la altura.

Se incorporó de un respingo y le pidió con un gesto de la mano que la siguiera.

Aparecieron en el salón que era enorme, blanco, con sofás de ocho plazas, ventanales al mar y una escultura abstracta sobre una peana que estaba valorada en quince mil euros.

Irene no entendía por qué. Le parecía un calamar con cabeza de oso, pero a su cliente no le importaba su opinión. Así que se limitó a decir tras coger la tableta que estaba sobre una mesa de cristal en la que descansaban tres libros de decoración que pesaban un quintal.

—La casa se controla desde esta pantalla. Luces, persianas, temperatura, música...

Tocó la pantalla, muy resolutiva ella, y sonó la última de David Guetta a todo volumen.

Irene se asustó, Mateo también.

—Perdón, perdón —musitó ella, tras echarse un mechón rebelde detrás de la oreja.

Con el corazón que se le iba a salir por la boca, intentó apagar el sonido. Pero subió el volumen más todavía.

—Me gusta David Guetta —dijo él, divertido, cruzando los brazos.

—Ah.

—Y esto está bien como prueba de sonido.

La música retumbaba por toda la casa, Irene no sabía cómo bajar el maldito sonido. Y tocó tres iconos más. Se bajaron las persianas, se encendió una luz violeta en el pasillo y la piscina empezó a burbujear.

—Madre mía —murmuró mientras pensaba que odiaba la domótica.

Esa tableta cabrona siempre le liaba alguna. Con lo fácil que era pulsar interruptores y bajar y subir las persianas tirando de la cinta gris y medio rota. Como en su casa.

—¿Puedo? —propuso Mateo que se acercó a ella por detrás.

Irene estaba tan agobiada que le pasó la tableta como si le quemara en las manos:

—Por favor.

Él tocó un botón, la música se apagó y el silencio volvió mientras le devolvía la tableta con una sonrisa preciosa.

—Gracias —musitó Irene convencida de que no iba a salir viva de ahí.

Le apartó la mirada y se fue hacia la cocina con él detrás:

—La cocina es tan grande que se podría vivir dentro y alquilar el resto de la casa a siete familias —le explicó.

—Ya veo.

Irene abrió el enorme frigorífico multipuerta y le informó también:

—Tiene una compra básica de bienvenida: agua, fruta, pavo, queso, café, bebidas...

Y tras decir esto, cerró de golpe la puerta, al recordar la suya con la foto de él y los imanes de corazones.

Mateo la miró y le preguntó:

—¿Todo bien?

—Sí, sí —respondió Irene dando la espalda al frigorífico.

—Has cerrado de golpe como si hubieras visto algo raro.

—Las neveras siempre esconden algo —replicó moviendo las manos.

—¿No será un paquete de mortadela de marca blanca?

—Ja, ja, ja. Qué gracioso.

—En serio. Me pirran.

—Mira, esto no lo sabía.

—¿Cómo que esto? —inquirió él, entornando la mirada.

—Da igual. Pero sí, las neveras esconden verdades. La verdad de lo que amas.

—Profundo —apuntó él, llevándose el dedo índice a la barbilla.

—Es lo que tiene trabajar en estos casoplones: te vuelve filosófica.

Irene siguió por el pasillo y le enseñó los dormitorios, los baños, el vestidor, las terrazas y el acceso al sendero.

Y en cada estancia le pasó algo bochornoso. Se golpeó la cadera con una mesa, casi tiró un jarrón, intentó abrir una puerta corredera empujándola en lugar de deslizándola y en el dormitorio principal tropezó con una alfombra de estampado animal y estuvo a punto de caer sobre Mateo.

Lo raro era que él parecía encantado con todo. Los clientes habituales solían molestarse por cualquier cosa. Una mota en el sofá, un pelo en el pasillo, una avispa flotando en la piscina o una toalla un pelín mal doblada.

A Mateo todo le parecía genial, incluso hasta su sucesión de torpezas:

—¿Siempre haces las visitas así? —preguntó él, cuando ya estaban de vuelta al salón.

—¿Así cómo? —replicó ella, toda digna.

—Con este riesgo físico.

—Esto lo reservo para los muy VIP.

—Vaya. ¡Me siento muy halagado!

—Deberías.

Él no pudo replicar nada porque su móvil empezó a sonar. Miró la pantalla y la expresión le cambió.

—Perdona.

—Claro.

Mateo se apartó hacia la terraza, pero no tanto como para que Irene no escuchara parte de la conversación mientras dejaba la vista fija en la escultura del oso-calamar que había quedado un poco torcida a su paso.

—Dime, Sergio —dijo Mateo al descolgar.

Era el representante.

En el salón Irene no quería escuchar. Su jefa se lo había exigido: discreción absoluta. Pero Mateo hablaba a pocos metros.

—Sí, ya he llegado... Sí, claro que puedo hablar.

Mateo miró de reojo a Irene y ella fingió estar profundamente concentrada en la obra de arte.

—Estoy viendo la casa.

La voz al otro lado sonaba rápida, insistente, como una ametralladora.

Mateo suspiró y le recordó:

—Todavía no son las ocho de la mañana.

Irene después de estudiar al oso-calamar empujó un milímetro la escultura y quedó más torcida:

—No voy a cenar con nadie. No insistas, por favor. He venido a desconectar. No quiero ver a nadie, Sergio. He dicho que no.

Mateo cerró los ojos y al momento saltó como un resorte:

—¿Gabriela? ¿Qué Gabriela?

Irene intentó no girarse, pero no pudo. Lo hizo un poco y vio cómo Mateo miraba el móvil.

Su representante le había mandado una foto. Se giró un poco más y vio a una chica espectacular, de piernas infinitas, sonrisa perfecta... y todo perfecto. Ni un grano, ni una arruga, ni una manchita en la piel, ni un tío pegado con imanes en la nevera.

—Una modelo brasileña, dices. No la conozco.

Irene agarró la escultura por los hombros de la ansiedad que tenía:

—¡Ponte recto, oso-calamar!

—Campeona de ajedrez —continuó él—. ¡Qué bien! Y con una fundación para la protección de los gorriones.

Irene apretó los labios. No debía estar escuchando ni mucho menos reírse, pero lo hizo, la escultura se resbaló y cayó sobre la peana de un golpe seco.

Mateo giró la cabeza, ella le sonrió y le dijo con gestos que lo tenía todo controlado.

—No es una buena idea, Sergio —habló Mateo sin dejar de mirar a Irene.

El representante alzó tanto la voz que ella le escuchó perfectamente:

—¡No me jodas! ¡Es la mejor idea! Necesitas una jodida novia *fake* y no vas a encontrar a nadie mejor. Además, ella está feliz de la vida con hacer el papelón.

Irene dejó la escultura de cualquier manera y él encontró que había doblado su valor.

Ahora era mucho más arte.

—Sí, es perfecta —replicó sin dejar de mirar a Irene—. Pero no necesito cenar con una modelo brasileña, campeona de ajedrez y protectora internacional de gorriones, porque ya tengo a la chica que sí que es perfecta.

Irene tardó un segundo en reaccionar y se le escapó un:

—¿Qué?

—Sí —dijo Mateo al teléfono—. La he encontrado...

Capítulo 3

La casa se quedó en silencio y el mar seguía brillando mientras a ella le temblaban hasta las pestañas.

Estaba tan nerviosa que dio un par de pasos hacia atrás no fuera a ser que volviera a liar otra con la escultura.

Mateo colgó, entró en el salón y durante un segundo ninguno de los dos habló.

Se guardó el móvil en el bolsillo y la miró como si acabara de tomar una decisión muy importante de la que no estaba seguro si iba a arrepentirse después.

—Era una llamada de trabajo.

—Ah.

—De Sergio. Mi representante.

—Vale.

—Soy futbolista —confesó él, encogiéndose de hombros.

—Ya —asintió Irene, tratando de que no se le notara que lo sabía todo sobre él. O por lo menos todo lo que se había publicado.

—Juego en la liga italiana y me he perdido los últimos partidos y el Mundial por una lesión en el tobillo. Una rotura de... Es un nombre muy complicado.

—Rotura parcial de la sindesmosis tibioperonea distal del tobillo izquierdo —soltó Irene del tirón porque en su día esa lesión le dolió casi tanto como a él.

Y había leído el diagnóstico tantas veces que se lo sabía de memoria.

Mateo se quedó estupefacto.

—Vaya.

—¿Qué? —replicó Irene, mordiéndose el labio a ver si así lograba no seguir hablando más de la cuenta.

—¿Te gusta el fútbol o la traumatología? —bromeó, asombrado.

—Me gusta el fútbol y tengo buena memoria, me quedo con los nombres de las lesiones. Es un placer culpable —respondió Irene con la primera tontería que se le ocurrió.

Él sonrió y al momento se puso serio para decir:

—Entonces también sabrás que la prensa dice que me lesioné durante una noche de fiesta.

—La prensa dice muchas cosas —repuso ella, sin darle importancia.

Mateo alzó las cejas, bufó y luego le siguió contando:

—Desde que llegué a Italia hace dos años parece que no hago otra cosa que ir de fiesta en fiesta.

—La última en la que saliste con el gorro de brócoli tuvo que ser... Irene se tapó la boca para no seguir pifiándola.

—No me hables.

Ella juntó las manos y se excusó sintiéndose fatal:

—Lo siento.

—No, no lo sientas. Yo también me arrepiento de aquel gorro —dijo él con una sonrisa tan graciosa que Irene se echó a reír.

—A ver, el gorro te quedaba bien —comentó Irene, divertida.

—Fue perfecto para acabar de hundir mi reputación.

—Pero antes tú eras tan...

Mateo terminó la frase por ella:

—Aburrido.

—O sea, quiero decir que no ibas a fiestas, te gustaba pasar tu tiempo libre en el campo con tu perro Curro.

Mateo se sorprendió de nuevo un montón y exclamó:

—¡Sí que tienes memoria!

—Lo de Curro lo sé porque lo leí cuando fui al dentista —improvisó haciendo gestos exagerados con las manos—. Ese día había mucha gente y me leí el reportaje entero que te hicieron el *iHola!* de seis páginas.

Reportaje que guardaba en los carpetones dedicados a él que escondía debajo de su cama.

—Curro murió justo antes de ir a Italia —recordó Mateo con pena.

—Leí la carta de despedida que le dedicaste en tu Instagram. Me cayó en mi *feed* de casualidad —mintió descaradamente.

Porque, obviamente, Irene se sabía de memoria la cuenta del Instagram de Mateo, que era la única en la que entraba varias veces al día.

—Gracias.

—Se le veía que era muy cariñoso y listo.

—Así era —asintió él.

—Imagino que lo echarás de menos.

—Mucho. Y, por cierto, me viene genial que sepas tantas cosas de mí.

—Ah, ¿sí? —replicó Irene, aliviada.

Más que nada porque a esas alturas estaba casi convencida de que había metido la pata hasta el fondo y ese hombre estaba a punto de confirmar que era una fan loca de atar.

—Sí, porque verás... —Mateo se quedó callado unos instantes, tomó aire y habló entre avergonzado y resignado—: Mi representante cree que necesito limpiar mi imagen, si quiero volver a jugar en España.

—Ajá —farfulló Irene, inclinándose un poco hacia él, como si así no se perdiera ni una sola palabra.

—Según él, la solución pasa por parecer un hombre serio y estable, con una novia formal con la que he sentado cabeza.

El corazón de Irene se desbocó, porque ella ya había sido su novia formal en otro universo paralelo. Y había sido tan perfecto...

—Entiendo —disimuló lo mejor que pudo.

—Detesto las mentiras. Pero según mi representante esta es la forma más rápida y eficaz de limpiar mi reputación. Y yo deseo volver a la liga española.

—Y yo. O sea... —corrigió al momento—. Todos queremos eso.

Mateo se pasó la mano por el cogote y con una cara de agobio tremenda confesó:

—Con la fama que tengo últimamente no solo se me han caído varios contratos publicitarios, sino que los clubes dudan de contratar a un lesionado al que le pillan a las cinco de la mañana bailando con un gorro de brócoli.

Irene lo miró y él no vio en su mirada lo que solía ver habitualmente:

—Lo que sé es que eres un gran defensa y que esa lesión fue una faena muy gorda.

—Te agradezco tus palabras y en cuanto a la lesión... tuve una mala suerte tremenda. Pero mi preparador me está dando mucha

caña y va muy bien. Estaré listo para la nueva temporada que ojalá sea en España. Para eso mi representante me está buscando novias falsas. Me parece absurdo, pero entiendo que es la forma más rápida de superar esta maldita crisis reputacional. El problema es que he perdido la cuenta de la de *influencers*, actrices, modelos y demás que según él serían la novia falsa perfecta. Porque ninguna me encaja —lamentó bajando la vista al suelo.

Irene sintió un cosquilleo recorriéndole la espalda y pensó que cómo iban a encajarle si la perfecta era ella y se le escapó:

—Normal.

—¿Cómo dices?

—Que esto de encontrar novia falsa es complicado —respondió batiendo las pestañas.

—Hasta que has aparecido tú.

—¿Yo? —replicó Irene haciéndose la sorprendida.

—A lo mejor te parece un disparate, pero pienso que eres la chica que estamos buscando.

El silencio se instaló entre ellos.

Mateo esperaba sorpresa, tal vez incredulidad, quizá una carcajada.

Lo que no esperaba era que Irene sonriera como quien acabara de confirmar algo que ya sabía.

Lo que él ni podía ni figurarse era que Irene en ese justo instante pensó en la foto pegada en la nevera, y en todas las veces que había dicho que aquello acabaría pasando y los demás la miraban como si estuviera como una cabra.

Y solo pudo responder:

—Lo soy.

Mateo frunció el ceño.

—¿No te parece un disparate?

—No.

—¿Eso es todo?

—Lo raro habría sido que no pasara.

—¿Cómo dices? —preguntó Mateo, sin entender absolutamente nada.

Irene se mordió mucho los labios porque la estaba pifiando a la grande y se justificó:

—En este trabajo me piden cosas tan variopintas que tu propuesta me parece de lo más normalita. Y si necesitas una novia falsa: cuenta conmigo —dijo llevándose la mano al pecho—. En Villas Sol y Luna hacemos de todo para satisfacer a nuestros clientes.

—¿De todo?

—Todo lo legal. Y todo lo decente.

—Ya. Ya. Lo pillo —le interrumpió, sonriendo.

—Si necesitas una novia falsa, aquí estoy —dijo envarándose.

—¿De verdad? A lo mejor tu novio...

—¿Novio? ¿Qué es eso? ¡Estoy solterísima!

—Mejor. Quiero decir, que así es todo más fácil.

—¡Por supuesto que sí! ¡Además, en Villas Sol y Luna lo estamos dando todo al cliente desde hace trece años!

—¿Llevas trece años en la empresa? —preguntó sorprendido.

—No. Solo dos. Mi jefa es la de los trece años.

—Es que por tu edad me parecía tan raro que llevaras tantos años.

—Tengo veintiocho. Como tú. Nacimos el mismo año. Tú el ocho de enero y yo el doce de marzo —soltó Irene, temiendo que, por su tendencia a hablar más de la cuenta, estuviera a punto de traspasar el límite de información que una persona normal recordaría—: Lo sé porque me encantan los horóscopos y el signo de Capricornio lo suelen ilustrar con tu foto y tu fecha de nacimiento debajo. Y como tengo tanta memoria fotográfica... —se justificó.

Y lo cierto fue que no estaba mintiendo del todo porque era una fanática de los horóscopos.

—Una memoria prodigiosa —matizó él, flipado.

—Nada, no es para tanto —musitó Irene, lamentando ser tan bocachanca desde el día que nació.

Y se prometió a sí misma que ese era el último dato enciclopédico que soltaba.

Menos mal que Mateo no parecía mosqueado, aunque el tema le despertó cierta curiosidad:

—¿Y qué tal compatibilidad tienen nuestros signos? Aunque no soy de horóscopos.

—Es muy típico de Capricornio ser descreído. Y en cuanto a la compatibilidad, los Capricornio y los Piscis hacen muy buena pareja. Nosotros somos muy intuitivos, solemos decir con frecuencia: «sabía que iba a pasar esto y lo otro», y los Capricornio soléis tener en la boca el: «esto no tiene sentido». Pero no pasa nada, porque al final los Piscis siempre tenemos razón —respondió entre risas.

—¿Tú crees?

—Siempre. Cien por cien. No falla. Y juntos hacemos una pareja ideal porque Capricornio protege a todo el mundo y Piscis entiende a todo el mundo.

—Ya —replicó pensando que lo había clavado, pero lo que añadió fue—: Yo es que estas cosas te repito que...

—Estás a punto de decir que no tienen sentido —soltó ella, sin parar de reír.

—Pues casi.

—Capricornio cree en los hechos, planifica, controla, es racional...

A Mateo no le quedó más remedio que asentir, porque acababa de leerle el pensamiento:

—Si te digo la verdad, ya estoy pensando en que deberíamos empezar cuanto antes con nuestro noviazgo falso.

—Vale.

—¿Vale? —repitió por la tremenda disposición que tenía esa chica.

—Los Capricornio sois de ejecutar rápido. Con vosotros las cosas funcionan así.

—¿Así de fácil?

—No exactamente —aclaró Irene—. A ver cómo se lo toma mi jefa.

—¿Por fingir ser mi novia?

—Por aceptar tan deprisa. Milda es Virgo. Considera que la improvisación es una enfermedad y sé que me va a decir que antes de darte el sí, teníamos que haberlo analizado fríamente juntas. Le gusta tenerlo todo bajo control, es de las que lleva una agenda para organizar la agenda.

—Si quieres hablarlo con ella antes...

Irene pensó que no tenía nada que hablar, que bastante tiempo llevaba esperando a que el amor de su vida apareciera y replicó:

—Mejor se lo voy a poner encima de la mesa como hecho consumado.

—¿Consumado?

—Por mí podemos empezar ahora mismo. Ahora que también se lo tendré que contar a Maica.

—¿Quién es Maica? —preguntó intrigado.

—Mi amiga. Vivo con ella en San Antonio. En el pisito que heredó de su tía soltera. Y tengo que contarle que soy tu novia falsa antes de que lo lea en la prensa.

—Claro, para que no se asuste, con la reputación que tengo... —supuso él, muy a su pesar.

—No es por ti. Ella es de las que cree que los hombres son una mala inversión y que las sillas antiguas tienen más futuro. Pero también te digo que, si lo leyera en la prensa, no se lo creería.

—Le parecería improbable.

—A ella sí —asintió Irene.

—Lo entiendo. ¿Qué persona normal querría estar conmigo?

Para ella aquello era tan inevitable que respondió:

—¿Y por qué no?

—¿Tú estarías?

—Yo tengo otra mentalidad —inventó—. Ah, y también se lo tendré que contar a mi familia, más que nada por mi madre. Si no la aviso, cuando la prensa publique las fotos, ya estará comparando restaurantes para la boda.

—Es una mujer muy eficiente.

Irene pensaba que más que eficiente estaba harta de escucharla decir que se iba a casar con él.

Como todo el mundo, pero lo que replicó fue:

—Muchísimo. No te puedes hacer una idea. Y ya estaría. Aparte de eso, discreción absoluta. Si quieres, firmo un contrato de esos llenos de cláusulas donde se estipule hasta la duración de los besos.

—No —dijo él, muy serio.

—Ah, que no va a haber besos —replicó ella sin saber dónde meterse.

Mateo la miró y pensó que si quería que lo de la novia colara a lo mejor sí que iban a tener que besarse y masculló:

—A lo mejor sí. Bueno, no sé.

—Dependerá del contexto —supuso Irene, con una sonrisa que no pudo evitar.

—Eso es.

—Las cosas hay que hacerlas bien. Y si por coherencia de guion hay que besarse, pues nos besamos y listo —zanjó ella.

—A eso me refería.

A Irene se le aflojaron las rodillas de solo pensar que iba a besarse con el hombre con el que llevaba años soñando y dijo en el tono más profesional que encontró:

—Perfecto.

—Y por supuesto que te compensaré por el tiempo y las molestias.

—No hace falta, lo hago encantada porque soy muy servicial —se apresuró a explicar—. Ya te digo que por mi empresa hago lo que sea. De hecho, el otro día me tuve que recorrer la isla entera buscando un pienso para un mastín leonés.

—¿Qué? —inquirió él, desconcertado.

—No estoy comparando hacer de novia falsa con buscar comida para perros.

—Ah.

—Lo que te quería decir es que estoy acostumbrada a dar respuesta a peticiones de todo tipo. Ese es mi trabajo. Mi misión es que el cliente se vaya de la estancia en Villas Sol y Luna plenamente satisfecho.

—No creo que mi petición sea muy frecuente.

Irene negó con la cabeza y de pronto se acordó de la última excentricidad de un cliente:

—Me han pedido cosas peores. Como una piedra que estuviera alineada con el *mood* del cliente. Y yo tenía ni idea de cuál era su *mood*. Era un tío que trataba a gritos a su asistente y le hablaba a susurros a los árboles. Me fui al campo que hay detrás de mi casa y le llevé la piedra más fea que encontré. Me miró muy raro y, cuando estaba convencida de que la iba a tirar por la ventana, me dijo que había acertado.

—Ya, pero hacer de novia falsa es otra cosa, vas a tener que emplear tiempo fuera del trabajo, te va a ocasionar molestias, apariciones públicas...

—Son gajes del oficio. Va con el sueldo.

—No, no va con tu sueldo. Eso hay que pagarlo aparte —De pronto sonó la notificación del móvil de Mateo, lo miró y le dijo a Irene—: Espera un momento que me ha escrito mi *repre* un ladrillo.

—Sí, claro.

Mateo leyó el mensaje y se lo resumió a Irene obviando el dato de que Sergio le estaba exigiendo que le contara quién era esa chica, de la que esperaba que tuviera muchas referencias.

Y no, no las tenía. Pero sin duda era la mejor de todas porque, entre otras cosas, había aceptado sin saber lo que iba a cobrar, no parecía interesada en el dinero, ni en hacerse famosa, le hacía reír y no tenía nada que ver con las modelos explosivas.

Tenía los ojos grandes y chispeantes, una sonrisa preciosa, un cuerpo bonito y algo que no había visto en su vida: era una patosa *sexy*.

—Pues mira, mi representante me acaba de comentar que tenemos que hacer un contrato donde quede reflejada la duración del acuerdo, la confidencialidad, las apariciones públicas, la compensación económica, qué pasa si la prensa descubre la verdad... Todas esas cosas. Para mí no hace falta, pero él insiste en que sí.

—De repente no sé si estoy en una entrevista de trabajo, en una novela romántica o en un banco hablando de plazos para la hipoteca —bromeó ella.

—Lo entiendo. Lo siento —comentó apurado.

—No pasa nada, si por algo salen siempre los contratos estos en las novelas románticas.

—Lo van a redactar sus abogados y si estás interesada... —propuso Mateo, temiéndose que se echara para atrás.

Y también lo entendía, lo del contrato con un montón de cláusulas que hablaban de dinero, de tiempo y de advertencias sonaba fatal. Sin embargo, cuál no fue su sorpresa que a ella le faltó tiempo para exclamar:

—¡Claro que lo estoy! Por mí como si empezamos ahora mismo.
¡Tengo mucho sentido del deber!

Mateo sonrió aliviado y, a la vez que le entraba un nuevo mensaje de Sergio, dijo:

—Tu jefa tiene que estar muy contenta contigo.

—Depende del día.

Mateo leyó el mensaje y le informó a Irene:

—Sergio dice que a las dos de la tarde tendrá listo el contrato. Si no tienes otra cosa que hacer, te invito a comer y firmas.

—Perfecto.

—Convendría que nos vieran en un sitio de moda.

A Irene se le iluminó la mirada.

Conocía el mejor sitio del mundo para que los vieran y para que alguien incrédula viera que los sueños se cumplen:

—Yo tengo el sitio.

—¿Cuál?

—El Mercadona de San Antonio.

Capítulo 4

Mateo sonrió convencido de que le estaba vacilando y replicó:

—¿Cómo que el Mercadona? ¿Quieres que vayamos a comprar comida para llevar?

Irene se puso muy seria, asintió y además afirmó:

—Te haría parecer cercano. Además, puedes ir a comprar mortadela.

Mateo contrarió el gesto porque, por desgracia, él no podía ir a comprar mortadela sin que pasara nada.

—Ya me imagino los titulares: «Así se cuida un deportista de élite y luego vienen las lesiones». «Gana millones de euros, para comer mortadela». «Por eso se estropeó el tobillo, tiene al nutricionista al borde del ataque de nervios».

Irene dio un paso atrás de lo mucho que la agobiaron aquellos titulares y zanjó el tema:

—Tranquilo. Yo compraré la mortadela y me pasearé por el Mercadona con ella. El titular dirá: «Acompaña a una misteriosa desconocida a comprar mortadela: lo que hace el amor».

—¿Misteriosa desconocida? —repitió él, divertido.

—A ver, no soy como la sofisticada modelo brasileña de los gorriones.

—¡Menos mal que no!

—Soy una chica...

—Original —le interrumpió, porque era así como la veía. No había conocido nadie igual en su vida.

Irene lanzó un suspiro un poco tonto, pero lo arregló al instante:

—La alergia.

—Ah. ¿Estás bien?

—Sí. Ya está. Se pasó —dijo tras soltar el aire—. Debe ser alguna partícula que ha arrastrado el aire de alguna ventana que debe estar abierta por ahí.

—Me alegro. Y nada, pues eso, que me encanta que seas normal.

—Bueno, normal lo que se dice normal...

—¿No eres normal? —preguntó él, arrugando el ceño.

—Soy normal porque no me conocen más que en mi casa, pero la isla está llena de paparazzi. Te adelanto que van a tardar doce minutos y medio en averiguar quién soy.

—Mejor. Una chica con un trabajo normal y unos ojos bonitos.

Mateo lo dijo con la misma naturalidad con la que habría enumerado cualquier otro dato objetivo y precisamente por eso Irene estuvo a punto de sufrir un colapso.

—También tengo más cosas —replicó, muy nerviosa—. Dos manos, dos pies, un bazo precioso...

—Seguro que sí —asintió él, sonriendo.

Irene se tenía que haber detenido ahí, pero no lo hizo y soltó:

—Tú también tienes los ojos bonitos.

—Gracias.

—En las fotos lucen preciosos, pero en persona son...

Se quedó callada al sentir que acababa de ponerse al filo de un precipicio verbal.

—¿Son?

—Un tema que no debería estar comentando —reconoció tras morderse los labios.

—Ahora tengo curiosidad.

—Azules.

—Ya lo sabía —replicó él, divertido.

—Pero no de un azul normal.

—¿No?

—Son de ese azul que hace que la gente tome malas decisiones.

Mateo soltó una carcajada y pensó en lo bien que se lo estaba pasando precisamente porque Irene no tenía nada que ver con las *influencers* y las modelos que Sergio le presentaba.

Todas parecían demasiado conscientes de quién era él. Y no veían más que al futbolista.

Irene, en cambio, parecía olvidarlo cada treinta segundos.

Hablaba de mortadela, del Mercadona, de su jefa lituana, de los paparazzi y de un bazo del que, al parecer, se sentía especialmente orgullosa.

No intentaba impresionarlo ni seducirlo. Tampoco parecía estar interpretando ningún papel.

Simplemente se limitaba a ser ella misma.

Y encontrar a alguien así se había vuelto tan raro en su vida que, cuando terminó de reírse, decidió seguirle el juego:

—¿Existe esa categoría?

—Estoy improvisando. No me presiones —bromeó ella.

—Hay que improvisar de vez en cuando.

—Yo, desde luego, no me voy a curar nunca de esa enfermedad.

Mateo negó con la cabeza, resignado:

—Yo soy de improvisar cuando no queda otra. Mi idea era encerrarme a descansar durante unos días en la villa, pero voy a tener que meterme en el Mercadona.

—Le va a venir genial a tu imagen que te vean haciendo cosas normales a horas normales junto al amor de tu vida —habló Irene, que se llevó la mano al pecho de la emoción que le dio escuchar semejante cosa.

—¿Tú crees que va a colar? —preguntó él, arqueando una ceja.

—No veas tú lo intenso que miro cuando me pongo. Hago algo como así...

Irene recortó la distancia que había entre ellos, se quedó apenas a un paso y le clavó la mirada como si quisiera hipnotizarle, sin pestañar, sin moverse y sin la menor vergüenza.

Mateo aguantó cinco segundos y murmuró:

—Da un poco de agobio, ¿no?

—Lo sé.

—Parece que estés intentando leerme el alma.

—También sé hacerlo —dijo ella muy seria.

—Vale. Te creo —replicó Mateo, porque de verdad que estaba sintiendo que su mirada podría llegar a causar estragos.

—Gracias —soltó Irene, entre risas y luego se apartó de él—. Y después del Mercadona, podemos ir a comer a un sitio de moda y caro, para que se vea que no escatimas. Tranquilo, que me los conozco todos.

Por su trabajo se lo conocía todo, pero ella jamás pisaba uno de esos sitios. Y qué mejor que hacerlo con él, pensó.

—Solo tengo fama de golfo. De momento, no me han colgado la etiqueta de tacaño.

—Nunca está de más potenciar lo bueno. Voy a reservar en el mejor restaurante. Tengo hilo directo. Una llamadita y me hacen un hueco en el rincón más romántico —le informó Irene que no podía creer que esa mañana, en la que se había despertado renegando, se estuviera poniendo tan emocionante.

—Y discreto —añadió él—, que tenemos que tratar el asunto del contrato.

—Los rincones románticos suelen ser discretos por definición. No los ponen junto a la puerta, debajo de un foco y al lado de los baños. No te preocupes por nada, está todo controlado.

—Eso me preocupa —replicó él, irónico.

—Pero si es un desastre, será maravilloso.

—Eso sí —asintió completamente en serio.

—Ni lo dudes. ¡Vamos a organizarnos entonces! A ver... —murmuró Irene, rascándose la coronilla—. Tengo el día complicado, pero te puedo venir a buscar a las dos y media y nos vamos a Mercadona.

—¿En la Vespa? —inquirió Mateo, que se lo temió.

—Es lo mejor para moverse por Ibiza en verano.

—No puedo montar en moto. La aseguradora me lo tiene prohibido.

—¿Y sí te permite tener novia falsa? —repuso Irene, con retranca.

—Me parece que todavía no han redactado esa cláusula, pero supongo que una visita al Mercadona es un riesgo asumible.

—Eso es porque nunca has ido conmigo —confesó Irene—. La última vez que fui a comprar unas aceitunas, me giré y tiré una torre de gazpachos.

—Tengo buenos reflejos —masculló alzando las cejas—. Soy defensa. Podremos remontar ese marcador.

Irene se puso tan nerviosa al escuchar a Mateo utilizar el nosotros por primera vez que murmuró:

—Seguro. Tú lo montas todo... —Mateo se quedó espantado y ella rectificó al momento—: Remontas. Remontas, quiero decir.

—Con lo que dicen de mí, entiendo el chiste.

—No era un chiste. Y te repito que no creo en las habladurías.

—Te lo agradezco.

—A cambio me vienes a buscar a Talamanca que tengo que hacer el *check out* de unos clientes. A las dos ya estoy libre.

—Perfecto. Y como esto está plagado de prensa, lo más prudente es que si nos meten un micrófono no hagamos declaraciones.

—No abro el pico. Sé hacerlo, aunque no lo parezca —aseguró Irene, muy convencida.

—Ja, ja, ja.

—En serio. Confía en mí. Si yo te contara lo que he visto y he escuchado desde que trabajo en Villas Sol y Luna... ¡Y me lo voy a llevar todo a la tumba!

—Vale. No hace falta que te quedes muda. Puedes saludar y ya está. Pero nada de inventarnos historias sobre cómo nos conocimos, que nos podemos liar.

Mateo le pidió un imposible porque Irene tenía la imaginación desatada:

—¡Ya lo tengo! ¡Por un tiburón!

—¿En Ibiza? —replicó él, burlón.

—La típica tintorera despistada.

—¿Te salvé?

—No. Te salvé yo. Obviamente. Los hombres suelen derretirse por mujeres que hacen cosas que jamás han hecho por ellos.

—No lo había pensado nunca.

—Hay estudios —afirmó Irene.

—No sabía.

—O quizá es lo que opina alguien al que escuché en TikTok.

—Da lo mismo. Aunque lo de la tintorera sea muy romántico, lo mejor será no decir nada sobre cómo nos conocimos. Solo tenemos que parecer una pareja normal.

—Define un poco pareja normal —le pidió Irene—, porque hay tantas formas de ser normal.

—¿Tantas?

—Hay parejas que se comunican poniéndose notas en la nevera.

—Estoy pensando en pasear, comer juntos y cogernos de la mano.

Irene tragó saliva de solo pensar que le quedaban horas para pasearse por el Mercadona de la mano del chico de sus sueños.

—Ah —masculó con la voz temblorosa—. Vale. Esa clase de normalidad.

Mateo le notó el quiebre repentino en su voz y le preguntó:

—¿Te parece bien?

—Sin problema.

—Y también convendría algún beso en la mejilla, por una cuestión de credibilidad.

—Y verosimilitud. Sí, sí, completamente de acuerdo.

—¿Todo te parece bien? —repuso él, extrañado.

—Sí.

—No estás negociando nada.

Irene pensó que cómo iba a negociar si estaba dispuesta a decir sí hasta irse con él al fin del mundo, pero lo que dijo fue con una sonrisa enorme:

—Es que me parece razonable. Y en Villas Sol y Luna somos así: proactivos y resolutivos. No creamos problemas, los resolvemos.

Mateo se quedó mirándola unos segundos y luego dijo:

—Es increíble.

—¿El qué?

—Cada vez que pongo una nueva condición, te pones más contenta.

—Tiene una explicación muy sencilla.

—A ver.

—Es por protocolo corporativo.

—Ah. Será eso.

—Claro, ¿por qué otra cosa iba a ser?

—Me choca que aceptes ser mi novia falsa sin exigir compensación económica o una evaluación psiquiátrica previa.

—Se te ve psiquiátricamente dentro de lo normal.

Mateo volvió a mirarla y soltó una breve carcajada:

—Eres rarísima.

—Me lo tomo como cumplido. ¡Gracias!

—Es lo que es.

—Gracias otra vez. Luego, te mandaré la ubicación de Talamanca para que vengas a buscarme.

—Allí estaré.

Irene se fue flotando de la villa.

Y así estuvo toda la mañana, que se le pasó tan deprisa que apenas la recordaría después.

Atendió llamadas, contestó correos, reservó un coche para una familia alemana, estuvo un buen rato buscando una carpeta, miró el reloj cada diez minutos y casi se tiró un café encima cuando le sobrevino por enésima vez el mismo pensamiento: era la novia falsa de Mateo Rivelles.

Cada vez que lo pensaba se le ponía una sonrisa tan boba en la cara que agradeció que Milda esa mañana no hubiera pisado aún la oficina porque la habría mirado una sola vez y habría concluido que estaba bajo los efectos de alguna sustancia.

Estaba en una nube tan grande que le mandó a Mateo la ubicación de una calle de Tanzania.

No daba pie con bola.

Al final, logró mandarle la correcta y, a su hora, el Mercedes negro y brillante apareció al final de la calle.

Irene se retocó el moño, mientras su cuerpo temblaba entero.

Mateo se detuvo a su lado y en ese momento fue cuando casi se olvidó de respirar.

Llevaba una camisa blanca impecable, unas gafas de sol negras de Versace y una expresión que Irene pensó que debería estar prohibida.

—¡Hola! —saludó él.

—¡Hola!

—¿Llevas mucho esperando?

—Acabo de llegar —respondió Irene, aunque era mentira.

Más que nada porque llevaba esperándole desde que le vio debutar en primera con diecisiete años.

Total, nada. Once años que llevaba esperando.

Pero la espera había merecido la pena.

Entró en el coche, que olía tan bien como él, y aquello tampoco ayudó.

Luego Mateo volvió a sonreírle y ella creyó que se moría, pero no lo hizo y él condujo tranquilo hasta el *parking* del Mercadona.

Una vez allí, apagó el motor y le preguntó algo inquieto:

—¿Preparada? ¿Estás nerviosa?

—Supongo que estoy preparada y en cuanto a los nervios llevo un rato repitiéndome que solo voy a comprar mortadela.

—Conmigo.

—Ya, la idea es que nos vean —replicó Irene intentando que él no notara que estaba a dos mil revoluciones por minuto.

Mateo asintió, salió del coche, le abrió la puerta y le tendió la mano:

—Madre mía. —Se le escapó a ella.

Irene miró la mano, después a él, volvió a dejar la vista clavada en la mano, finalmente la agarró y sintió que acababa de enchufarse a la corriente.

—¿Estás bien? —preguntó él, después de ver la cara que había puesto.

—Sí. Solo es que tu mano me ha dado calambre.

—No he notado nada.

—Yo sí, un chispazo. Pero está todo bien —dijo Irene, quitándole importancia.

—¿Cómo es eso?

Irene, que ni loca iba a decirle que acababa de sentir una descarga emocional porque era su *crush*, respondió con lo primero que se le ocurrió:

—Es por la electricidad estática.

—¿Seguro? —replicó él, con la mirada puesta en las manos entrelazadas.

—Completamente. Es por el plástico.

—¿Cuál? ¿El de la bolsa de Mercadona que aún no hemos comprado? —bromeó él.

—El de *zapas* —aclaró Irene, que levantó un pie para mostrarle la zapatilla.

—Ah.

—Son muy traicioneras.

—¿Entonces qué hago con mi mano? —preguntó Mateo, risueño.

—¡No me sueltes! —exclamó Irene que al momento añadió—: ¡En Villas Sol y Luna estamos siempre al servicio del cliente!

Mateo sonrió y pensó que él tampoco quería soltar su mano...

Capítulo 5

No lo entendía, pero se quedó callado un segundo y luego dijo:

—¿Seguro? ¿Y las chipas?

—Son chispas llevaderas —respondió Irene, poniendo el pie en el suelo.

—Me quedo más tranquilo.

—No te preocupes por nada. En Villas Sol y Luna somos así. Tú necesitas una mano falsa y nosotros te la damos.

—Ja, ja, ja. ¿Una mano falsa? —repitió Mateo, muerto de risa.

Irene pensó que no tenía falso ni el moño, pero se rio también y replicó tirando suavemente de la mano de él:

—Tú me entiendes. Entremos.

Mateo se echó a andar de la mano de Irene y se sorprendió de lo sencillo que era. Es que ni tenía que fingir, era como si aquello fuera algo natural que llevaran haciendo desde hacía tiempo.

Irene sintió lo mismo, pero ella ni se sorprendió porque estaba harta de pasear de su mano por el universo paralelo aquel.

Cuando por fin pasaron al supermercado, ella se fue directa a la caja número dos.

Levantó el brazo para mostrar las manos entrelazadas y gritó con una sonrisa que no le cabía en la cara:

—¡Maica!

Maica levantó la cabeza, miró a Irene, luego a él, después a las manos y se quedó entre el infarto y la incredulidad.

Tanto fue así que volvió a mirarlos, sobre todo él, para asegurarse de que no era un doble y no pudo seguir pasando productos por el lector.

La clienta que iba con prisa, le preguntó torciendo el gesto:

—Perdona, pero no puedo esperar.

—Un momento, por favor.

—No tengo momentos —replicó la señora, muy borde.

Maica pasó los productos a toda velocidad, le cobró y aprovechó que no había nadie más esperando, para salir de detrás de la caja y exclamar reprimiendo las ganas de zarandear a Irene:

—¡No!

—¡Sí, tía! ¡Sí! —susurró Irene que no podía tener los ojos más brillantes.

—¡No! —musitó Maica, tras mirar a Mateo otra vez y comprobar que era él.

Mateo se colocó las gafas de sol en la cabeza, a modo de diadema mientras seguían:

—¡Sí!

—¡No!

—¡Sí, sí, sí! —canturreó Irene.

—¡No puede ser! —exclamó Maica, llevándose las manos a la cara.

—Te dije que pasaría.

Mateo arqueó una ceja porque ya no podía más con la intriga y preguntó:

—¿Qué iba a pasar?

Las dos amigas se quedaron calladas, Irene negó con la cabeza y respondió:

—Nada.

—Absolutamente nada —confirmó Maica—. Son tonterías nuestras.

—Eso es. ¡Bobadas! —zanjó Irene, agitando la mano libre—. Mira, Maica, te voy a presentar: él es Mateo, Mateo ella es Maica.

Maica le dio dos besos sin creer que aquello estuviera pasando y escuchó una voz grave que decía:

—¿Aquí no atiende nadie?

Maica se excusó, pero antes de regresar a su caja, apartó un poco a Irene y le cuchicheó:

—¿Qué le has hecho para llevarlo de la mano?

—Ya te contaré —respondió Irene con una sonrisita nerviosa.

Maica abrió mucho los ojos, se puso seria y le preguntó:

—¿No le habrás dado algo?

—Una pócima —bromeó Irene.

Maica se quedó patidifusa y preguntó:

—¿Le has drogado?

—¿Por quién me tomas? —repuso Irene, bajando más la voz.

—Entonces, ¿qué es esto? Como sea una cámara oculta, te dejo de hablar.

—No es una cámara oculta.

—¿Una alucinación colectiva? —inquirió Maica, sin dar crédito.

—Tampoco.

—Pues yo sí que alucino. Y en carne y hueso está más buenorro que en el frigorífico.

—Ya, tía. ¿Qué me vas a contar? —replicó Irene, que estaba exactamente igual que ella.

—Cajera... —interrumpió el cliente, un hombre de cincuenta años, con las gafas de sol puestas, la camisa negra arrugada y el pan de molde en la mano.

Maica juntó las manos y le suplicó:

—Caballero, esto es una emergencia.

—¿Qué emergencia? —preguntó el señor, mirando a todas partes porque no veía ningún peligro.

—Llevan años preparándome para este momento y no quería creerlo.

—¿Han entrado los extraterrestres a comprar protector solar o qué? —se guaseó el cliente.

—No puedo hablar. Vaya a la caja tres, por favor, que está libre.

El señor se fue de mala gana con el pan de molde en ristre y Maica le susurró a su amiga:

—Escúchame una cosa.

—¿Qué?

—¿Te acuerdas de todas las veces que dijiste que acabarías con él?

—Sí.

—Retiro oficialmente todas las veces que te llamé flipada.

El cliente, que aún no se había ido a la caja tres, de pronto se fijó en algo:

—¿Ese no es Mateo Rivelles?

—Señor, caja tres, si es tan amable... —le rogó Maica.

Sin embargo, Mateo sonrió, asintió y sacó de dudas al señor:

—Soy yo.

—¡No puedo creerlo! ¡Te admiro muchísimo!

—¿Sigues la liga italiana? —supuso Mateo.

—Paso de fútbol —negó el hombre—. Sigo la prensa del cotilleo. Y soy de los tuyos. Festero total. ¿Me firmas un autógrafo en el pan de

molde, por favor?

—Cómo no —respondió Mateo, sin perder la sonrisa.

—Cajera, préstame un rotulador! —exigió el cliente festero.

Maica volvió a su puesto, le pasó un rotulador azul, Mateo le firmó el pan de molde y el cliente se fue tan contento.

—¡Oiga, que no ha pagado! —le gritó Maica.

—Yo invito —le dijo Mateo a Maica—. Luego, lo cargas a mi cuenta. ¿Entramos? —le pidió a Irene a la que le tendió la mano otra vez.

Ella le agarró de la mano, pasaron al supermercado, aunque tampoco pudieron avanzar demasiado.

La primera foto llegó en la sección de lácteos, la segunda en la de los yogures, la tercera delante del congelador de las tartas.

—¿Eres Mateo Rivelles? —le preguntó una señora que arrastraba a un niño de seis años que parecía venir de pelearse con siete.

—Sí.

—Pregunto porque eres mucho más guapo y más alto que en el cromo.

—El cromo del álbum de este año es criminal.

Irene no estaba de acuerdo, estaba tan enamorada de él que hasta en esa foto le parecía que estaba espectacular. Pero no dijo nada, fue la señora la que habló:

—Es el favorito de mi nieto. Eres su ídolo. ¿Verdad, Dieguito?

El niño se medio escondió detrás de su abuela de lo impresionado que estaba y susurró:

—Sí.

—Quiere ser futbolista de mayor. De momento, ya me ha roto seis veces el cristal de la ventana de la cocina.

Mateo miró al niño con una complicidad que a Irene le estremeció y dijo:

—Yo era igual. Esa es muy buena señal.

—¿Has escuchado, Dieguito? ¡Que vas para figura! —Luego, se dirigió a Mateo otra vez y le rogó—: ¿Le puedo pedir a esta chica que nos haga una foto?

—Es mi novia —aclaró Mateo.

La señora le miró extrañada y le preguntó frunciendo el ceño:

—¿Pero tú tienes de eso?

—Ahora sí, señora.

—Evelina —se presentó la señora, llevándose la mano al pecho.

—Es mi novia, señora Evelina —insistió Mateo, mirando a Irene de un modo que ella tuvo que apoyarse en el congelador de las tartas para no caerse de lo que le temblaban las rodillas.

La mujer los miró de arriba abajo y sonrió:

—Se nota que hay chispas.

Irene, que aún no se había recuperado de escuchar de labios del hombre de su vida que era su novia, abrió la boca para decir:

—Es la electricidad estática de las zapatillas.

—Ay, ¡qué graciosa! —exclamó la señora, entre risas—. ¡Toma, guapa! —le pidió pasándole el móvil—. Haznos unas cuantas fotos. Si no te importa, Mateo Rivelles...

—Las que quiera —dijo él, con una sonrisa arrebatadora.

Irene agarró el teléfono, la señora se enganchó del brazo de Mateo, el niño se puso delante de la abuela y los tres no pararon de decir: *cheese*.

Irene les hizo un montón de fotos sin dejar de pensar que Mateo no podía ser más mono y más cañonazo y tras despedirse pasaron por la sección de panadería.

Allí les abordó otra señora de unos sesenta años, con el móvil en la mano, que le preguntó directamente a Mateo:

—¿Te importa saludar a mi prima? En cuanto te he visto pasar por donde los dentífricos, le he hecho una videollamada y la tengo aquí al borde del parraque.

—Pásemela, por favor.

—Mariiiiiiiii —chilló la señora tanto que casi los deja sordos.

—¿Qué? —replicó Mari, desde el otro lado.

—Mira.

—¿Qué miro?

—La pantalla, leñe.

La mujer enfocó a Mateo y al otro lado hubo un grito:

—¡Madre de Dios!

—¡Hola! —saludó Mateo alzando una mano.

—¡Estoy en Toledo! —exclamó la señora, a grito pelado también.

—Me alegro mucho, Mari —replicó Mateo, sonriendo.

Y de pronto se escuchó en todo Mercadona cómo la señora gritaba desde Toledo:

—¡Y yo más que me voy a tener que poner tirantes para sostenerme las bragas!

Irene tuvo que apartarse para soltar una carcajada y Mateo replicó como si aquello fuera un encuentro diplomático:

—¡Encantado, Mari! Que tenga un buen día.

Irene se tronchó otra vez y luego les abordó un grupo de italianos que le reconocieron al instante:

Luego les abordó un grupo de italianos que lo reconocieron al instante.

—¡Mateo!

—¡*Capitano!*

—No soy capitán —protestó él entre risas.

—Para nosotros sí.

Le pidieron una foto y uno de ellos señaló el tobillo.

—¿Cómo va la recuperación?

—Mucho mejor.

—Te necesitamos. La defensa es un desastre sin ti.

—No exageres —le pidió Mateo.

—No exagero. Mi *nono* dice que eres el alma del equipo.

—Dale recuerdos a tu *nono*.

—Se los daré. Y le diré que te he visto muy bien.

Los italianos se hicieron la foto y, antes de marcharse, uno de ellos señaló a Irene.

—Aunque dicen que quieres jugar en España, ¿la razón no será ella?

Mateo e Irene intercambiaron una mirada.

—Ella es la razón de todo —respondió él, encogiéndose de hombros y pensando que, aunque odiaba mentir, con ese teatrillo se lo estaba pasando genial.

—¡Por fin! —gritó el italiano.

—¿Por fin qué? —preguntó Mateo.

—Nada. Era evidente que necesitabas novia. ¡Convéncele para que no se vaya de Italia! —le pidió a Irene.

Después de ese grupo, apareció otro de inglesas de treinta que no sabían cómo habían acabado en la isla, pero sí que reconocieron a Mateo junto a la sección de cervezas.

Montaron tal jaleo que se acercó mucha más gente y Mateo los atendió a todos.

Hasta un par de jubilados que no tenían ni idea de quién era él, pero querían una foto igualmente:

—¿Y usted quién es? —inquirió el señor del sombrero.

—Un futbolista —respondió Mateo.

—¿Muy famoso? —quiso saber el otro.

—Algo.

—Pues coge el móvil, majo, y haznos la selfi.

Mateo se colocó entre ellos, agarró el teléfono y les pidió:

—Venga, péguense bien.

Mientras tanto Irene había cogido tres paquetes de mortadela.

Cuando le dejaron seguir comprando, Mateo se fijó en que Irene llevaba tres paquetes de mortadela en la mano y preguntó:

—¿Por qué llevas tanta?

—Para que se vea bien en las fotos que te metes en el Mercadona para darme el capricho de la mortadela.

Mateo resopló y comentó porque aquello se había ido completamente de madre:

—De verdad que no sé si esto va a acabar por hundirme.

—¡Qué va! ¡Es al revés! ¡Sígueme! —le pidió Irene, que parecía entusiasmada.

Ella se dirigió a la sección de frutas y verduras.

Mateo se fue detrás.

Y detrás de Mateo, media tienda.

Irene caminó hasta que se paró frente a los brócolis y una idea maravillosa se le cruzó por la cabeza.

Cogió uno, lo levantó y se lo entregó a Mateo con una sonrisa gigante:

—Toma.

—El brócoli no me trae buenos recuerdos —le recordó en voz baja.

—Este es el brócoli bueno.

—¿Cómo que el bueno? —inquirió él, sin entender nada.

—El que te va a ayudar a arreglar tu reputación. ¡Cógelo!

Mateo suspiró resignado, agarró el brócoli del tallo, como si fuera un ramo de flores y veintiocho móviles immortalizaron el momento.

—¡Viva el novio! —gritó alguien.

—¡Tira el ramo, que da suerte! —exclamó una señora con un fuerte acento francés.

—¡Ramo, ramo, ramo! —corearon un grupo de japoneses.

—¿Ves? —susurró Irene—. Ya no eres el chico del gorro de brócoli.

—¿No?

—Ahora eres el novio del brócoli.

—¿De verdad crees que hemos mejorado la situación? —preguntó él, que no soltaba el brócoli.

—Yo creo que sí. Tiene más recorrido mediático.

—Porque ahora parezco idiota.

—Pareces comprometido con las verduras —bromeó Irene, muerta de risa.

—Mi agente me mata.

—¿Por qué? ¡Ni que tuvieras una metralleta en la mano!

—Después de esto nadie va a creer que soy una persona seria —replicó él, agitando el brócoli al aire.

—Yo sí.

Mateo la miró y durante un segundo volvió a sentir como si Irene lograra ver mucho más allá del futbolista.

Y eso le hizo sentir menos imbécil.

Cuando por fin llegaron a la caja de Maica, el Mercadona entero sabía que Mateo Rivelles estaba allí, con la novia, la mortadela y el brócoli.

Maica seguía sin recuperarse del *shock*:

—Te juro que aún no me creo —murmuró mientras Mateo se hacía una foto con el señor que estaba detrás de ellos en la fila.

—Tendrás que acostumbrarte —le adelantó Maica.

—¿En qué momento este tío ha pasado de estar en la nevera a ir contigo de la mano? —preguntó Maica, que no podía más con la intriga.

—¡Calla! Ya te contaré.

—No me lo explico —insistió Maica.

—Luego te digo.

—Es que no me cabe en la cabeza.

—Te cabrá —le aseguró Irene.

—No.

—Sí.

Mateo apoyó la compra sobre la cinta y les preguntó divertido:

—¿Siempre habláis como en clave?

—No, lo que pasa es que tú te has incorporado a una historia empezada —respondió Maica, alzando las cejas.

—Ni caso —murmuró Irene.

Maica sonrió y le pidió algo Mateo, ya que estaban metidos en faena:

—Oye, ¿te importa hacerte una fotito conmigo? No quiero ser la única que se quede sin ella.

Mateo la agarró por el hombro y Maica, sin abandonar su puesto en la caja, le pidió a su amiga:

—¡Hazme la foto que tengo el móvil en la taquilla!

Maica puso unas caras muy graciosas y su amiga inmortalizó el momento muerta de risa.

Luego, Irene volvió a lo suyo, pasó la mortadela por el lector y mientras tres personas más le pedían una foto, Mateo llegó a la conclusión de que, si después de aquello alguien seguía dudando de que tenía novia, tendría que plantearse pasearse por la isla con una pancarta...

Capítulo 6

Después de la comida, Mateo la acercó al trabajo y, a las cinco en punto, Irene se sentó a su mesa sin saber todavía si aquello había sido realidad, un sueño o una insolación particularmente creativa.

Y justo cuando estaba reviviendo en su mente el momento en que Mateo había retirado la silla del restaurante carísimo y de moda, en el rincón más romántico y coqueto, y ella, de los nervios, había trastabillado hasta acabar chocando la espalda contra el pecho firme y maravilloso de ese hombre que olía como los dioses... Milda la llamó.

Y Milda casi nunca lo hacía en la oficina.

Milda escribía correos, a veces enviaba wasaps o la llamaba a través de recepción, pero solo descolgaba el teléfono ella misma cuando pasaba algo.

Sin embargo, esa tarde, a Irene le dio lo mismo lo que fuera que tuviera que decirle.

Se levantó y cruzó la oficina intentando parecer una persona normal, pero era muy difícil porque tenía la absurda sensación de estar flotando y no podía dejar de sonreír.

Sobre todo cuando, antes de llegar al despacho, recordó a Mateo sujetando el brócoli como si fuera un ramo de novia y tuvo que morderse los carrillos para no soltar la carcajada.

—Ay.

Respiró hondo, se puso todo lo seria que pudo y llamó a la puerta.

—Pasa.

La voz de Milda sonó tan seca que a Irene se le borró la sonrisa al instante. Entró y comprendió que la situación era peor de lo que imaginaba.

Milda estaba sentada detrás de la mesa, tenía el portátil abierto, el móvil al lado, tres cafés vacíos y la expresión de quien está considerando cortar alguna cabeza.

—Siéntate.

Irene obedeció, Milda giró lentamente la pantalla y le exigió:

—Explícame esto.

Era una fotografía borrosa de ellos entrando a Mercadona cogidos de la mano que alguien había subido a X.

Luego, siguió bajando por el hashtag #Mateoliándolaotravez y apareció empuñando el brócoli y ella al fondo con las piernas cruzadas para no hacerse pis encima.

Después se pasó a TikTok para enseñarle a las inglesas cantando junto a las cervezas y a la señora de Toledo gritando que seguía con las bragas en el suelo.

Siguió con Instagram donde aparecía un reel entrando en el restaurante y otro saliendo. Y acabó con un montaje musical con corazones de ellos dos con todo el material que había.

Mientras su jefa le enseñaba el apocalipsis mediático, Irene solo podía pensar en que en cuanto regresara a su mesa iba a guardarse ese vídeo de miradas robadas, brócoli y mortadela... en favoritos para verlo cincuenta veces antes de dormir.

—Anda —dijo Irene.

—¿Qué te parece?

—El vídeo ha quedado muy mono. Y esa canción es taaan romántica. Lleva semanas sonando en todas partes.

Milda cerró los ojos y le advirtió tras abrirlos al instante:

—¡No me vaciles!

—Te estoy diciendo la verdad.

—¿Me quieres decir qué es esto? —preguntó señalando la foto del brócoli.

—Esa foto ha quedado bien. La luz está genial.

—Estás a un tris de agotar mi paciencia. ¡Responde de una maldita vez! ¿Qué diablos es todo esto? —inquirió Milda señalando con rabia la pantalla con ambas manos.

Irene decidió que lo mejor era recordarle a Milda lo profesional y sería que era y respondió:

—Todo esto es que en Villas Sol y Luna hacemos las cosas bien. Porque mira la repercusión que ha tenido.

—¡Toda la isla está hablando de vosotros!

—A lo mejor es un poco exagerado decir eso.

Milda agarró el móvil y replicó con un enojo que iba en aumento:

—He recibido veintisiete mensajes.

—¿Veintisiete? —repitió Irene, porque no tenía ni idea de qué decir.

—Diez de clientes que te conocen.

—Qué majos.

Milda la fulminó con la mirada y siguió hablando:

—Cinco de colaboradores y tres de mi madre que lo está siguiendo todo por TikTok.

—¿Tu madre tiene TikTok?

—¡Eso no es lo importante! —gritó Milda estampando el móvil contra la mesa.

Irene se frotó el cuello y durante unos segundos solo se escuchó el aire acondicionado.

—¿Recuerdas la norma que te di cuando llegaste aquí? —le recordó Milda tras apretar fuerte los dientes.

Irene estaba tan nerviosa que en ese momento no se acordó más que de una norma:

—¿La de que vaya muy preparada con los alemanes que son los que más preguntan?

—La de que *donde tengas la olla no metas...*

—Ya. Ese refrán te lo enseñé yo. Tú me dijiste uno lituano que no recuerdo.

—Deberías habértelo tatuado en la frente, porque aquí sales cogida de la mano de un cliente —bufó señalando la pantalla.

Irene negó con la cabeza y replicó cruzándose de brazos:

—Esto no es un *donde tengas la olla* en estricto rigor.

—¿Y qué es? ¡Explícamelo!

Irene tomó aire, descruzó los brazos y le contó, convencida de que tenía la respuesta que iba a desactivar su cabreo en un segundo:

—Mateo Rivelles me comunicó que necesitaba una novia falsa y yo...

Milda le clavó aún más la mirada y le interrumpió más enfadada todavía:

—¿Qué?

—Una novia falsa. *Fake*. Trucha. De pega.

—¡Sé lo que es una novia falsa! —gritó Milda, dejándose caer contra el respaldo—. Y me estás poniendo de una mala leche que

voy a necesitar algo más fuerte que café.

—¿Te traigo un pacharán? —propuso Irene, solícita.

Tan solícita que su jefa entró en erupción:

—¡Irene! ¡Deja de tocarme los ovarios y justifícame esta mierda de cualquier manera que no sea que has aceptado ser su novia falsa!

—He aceptado. Y vengo de firmar el contrato —replicó Irene, como si aquello fuera algo de lo más sensato.

—¡O sea que el desastre ya es total! ¿Me quieres explicar la razón por la que has firmado una locura ante abogados?

—Porque era lo que el cliente necesitaba —contestó Irene, parapetándose detrás de la profesionalidad.

—¿Y si mañana necesita un riñón?

—Depende cuál.

—No estoy de humor —repuso Milda, airada—. ¿Todavía no ves el humo que estoy echando por las orejas y el fuego que sale de mis ojos?

—Vale. Olvídalo.

Milda se masajeó las sienes, bebió un poco de agua y le preguntó:

—¿Y cuánto te paga?

—No lo sé —respondió Irene, encogiéndose de hombros.

Milda se quedó a cuadros y volvió a preguntarle:

—¿Cómo es que no lo sabes?

—No me he fijado en lo que he firmado.

—¡No me fastidies! ¿En serio que firmas cosas sin leerlas antes?

Irene pensó que estaba como para fijarse en nada, en su primera cita... aunque fuera falsa con el amor de su vida.

—Yo solo quiero ayudar.

—¿Ayudar? —preguntó Milda, atónita.

—Sí.

—¿Y cuánto te paga por ayudar?

—No lo sé. ¡Ya te lo he dicho!

—¡Esto es el colmo! —exclamó Milda haciendo grandes aspavientos con las manos.

—Pero el contrato es mío. Villas Sol y Luna no tiene nada que ver —aclaró Irene, para que su jefa se calmara un poco.

—Perfecto. Entonces la única que puede arruinarse la vida eres tú. Dame ese contrato que quiero saber exactamente hasta dónde te va a llegar la mierda.

Irene se fue a su mesa a buscarlo, regresó con él, se lo pasó, Milda se puso las gafas de pasta roja, empezó a leer a toda velocidad y a medida que iba pasando páginas cada vez parecía más indignada.

—¿Qué pasa? ¿Por qué pones esas caras tan raras?

—Porque tienes menos instinto de supervivencia que un conejo cruzando la autopista.

—¿Ese es el resumen del contrato? —quiso saber Irene, sin poder creer que Mateo le hubiera hecho firmar un contrato leonino.

—Es el resumen de la situación. Tenías que haber pedido el triple para pagar la terapia cara que vas a necesitar.

Tras decir esto, Milda se detuvo, volvió atrás, leyó otra vez y levantó lentamente la cabeza:

—¿Cómo has podido firmar sin leer la página veintitrés?

—Me fio de Mateo —respondió Irene, sin pensarlo.

—Al que conoces desde hace seis horas. Aquí pone que: «La participación en el presente acuerdo no implica obligación alguna de mantener relaciones sentimentales, afectivas, sexuales o íntimas».

A Irene le pareció algo tan razonable que respiró aliviada y replicó:

—Pues me parece bien. Esto es una operación de imagen. Cualquier cosa que ocurra fuera de eso tendrá que ser voluntaria. ¡Nadie está obligado a nada!

Milda lanzó el contrato sobre la mesa y habló a grito pelado:

—Pero tú habrías firmado igual si hubiera puesto lo contrario. ¡Ese es el problema!

Irene pensó que Milda tenía razón, pero lo que dijo fue:

—Lo importante es que la cláusula me protege y demuestra que Mateo está haciendo todo de manera correcta.

Milda volvió a agarrar el contrato, lo agitó al aire y le dijo muy seria:

—Estos hombres son peligrosos.

—Mateo no.

—Todos los ricos y famosos tienen abogados que pueden arruinarte la vida con un solo chasquido de dedos.

—¡No creo que sea para tanto!

Milda le pasó el contrato a Irene y le contó bajando la voz:

—Soy lituana y sé bien cómo funcionan los imperios.

—No estamos hablando de Rusia —habló Irene que cogió el contrato y lo dejó sobre la mesa.

—Siempre estamos hablando de Rusia. Lo quieren todo. Y sé que pronto vendrán a por nuestros puertos.

—¿Qué puertos?

—¡Los de Lituania! Con ellos nunca estamos a salvo. Y los abogados de los poderosos son igual.

—No tengo puertos. ¡Estoy a salvo! —canturreó Irene, sonriente, alzando las manos y moviendo los dedos.

Milda la taladró con la mirada y le dijo muy seria, como si una gran amenaza se cerniera sobre ella:

—No lo estás. Porque él posiblemente quiera tu corazón.

—Ah, sí es por eso... ¡Ya lo tiene! —exclamó Irene, dando un manotazo al aire.

—¿Cómo que ya lo tiene? —inquirió Milda, revolviéndose en la silla —. ¿En seis horas has firmado un contrato y le has entregado tu corazón? —Luego, se quedó dos segundos callada y volvió a la carga —: ¿Dónde te lo has follado? ¡Solo espero que no tenga también que ver imágenes de eso!

Irene resopló y decidió que había llegado la hora de contarle su historia a Milda aun a riesgo de que acabara de confirmar que la tragedia no tenía remedio.

—Milda, por favor... No ha pasado nada entre nosotros. Pero llevo enamorada de él desde los diecisiete.

Milda puso una cara de incredulidad tremenda y replicó convencida de que solo podía ser un chiste sin gracia:

—¿Cómo?

—Llevo toda la vida enamorada de él.

Milda la miró espantada y cabreada a partes iguales y soltó:

—¿Y me lo dices ahora?

—Porque pensaba que no tenía ninguna importancia.

—Ya ves que sí. Entonces, eres una fan de este tío.

Irene negó con la cabeza, sonrió y dijo:

—No. Soy más que eso.

—Si piensas que así me estás tranquilizando...

—Te estoy diciendo la verdad. Siempre he sabido que esto iba a pasar.

—¿El qué? —preguntó Milda, mosqueadísima.

—Que acabaríamos juntos.

Milda la miró espantada, agarró una estilográfica, la estranguló y reconoció:

—No soporto el pensamiento mágico.

—Es una certeza emocional —matizó Irene con la voz un poco quebrada—. Es algo que siempre he sabido en lo más profundo de mi corazón.

Milda soltó la pluma, se llevó las manos a la nuca, luego alzó la barbilla para señalar el contrato y precisó:

—No estás con él. Él solo quiere utilizarte para limpiar su reputación.

—Ya, pero él no es un tío que use a las personas y luego las deje tiradas.

—Los hombres así las usan, las estrujan como un limón y las tiran.

—Él no es así.

—No me discutas lo que pone por escrito, Irene —le ordenó señalándola con la estilográfica que agarró otra vez.

—Esto es un contrato.

—Que has firmado sin leer —le recordó Milda, alzando las cejas.

—Vale. Sí. No debería haberlo hecho. Pero una cosa es el contrato y otra la realidad.

—¿Y cuál es la realidad? —preguntó Milda, dándose golpecitos en la barbilla con la pluma.

—Que él no es como dicen.

—¿Y por qué lo sabes?

—Porque lo sé.

—Ese no es un argumento de peso —concluyó Milda dejando la estilográfica junto al móvil.

—Lo es para mí.

Milda suspiró y por primera vez no parecía enfadada, sino agotada:

—Escúchame bien, quiero que tengas cuidado.

—Lo tendré.

Irene sonrió porque su jefa tenía una preocupación que ya era casi de amiga:

—Gracias por preocuparte tanto por mí. Y quiero que sepas que me llega a la patata —aseguró Irene, con una sonrisa agradecida.

—Tampoco vayamos a ponernos moñas ahora —dijo Milda, en un tono de regañina.

—Me quedo con que sé que te importo.

—Escucha —replicó Milda, tras apretarse el puente de la nariz—. Tú formas parte de mi proyecto. Y en el fondo estoy protegiendo los intereses de la empresa.

—Claro, pero también los míos.

Milda soltó el aire que tenía contenido y no le quedó más remedio que decir:

—Sí.

—Ajá —masculló Irene con una sonrisa gigante.

—¿Quieres dejar de sonreír así?

—¿Así cómo?

—Como si quisieras abrazarme —contestó Milda, como si aquello fuera algo asqueroso.

—¿Puedo? —bromeó Irene.

—No es el momento. Y hazme caso, cuídate mucho.

—Mateo no me va a hacer daño.

—No estoy hablando de Mateo —aclaró Milda.

—¿Entonces de quién? ¿De sus abogados?

—De ti. Tú puedes llegar a hacerte más daño a ti misma que una legión de abogados.

—¿Yo? —murmuró Irene, pestañeando deprisa.

—Llevas años imaginando cómo es ese hombre. No le conoces.

—He leído y he visto todo lo que hay publicado sobre él. Y cuando digo todo, debe ser todo.

—¿Todo? —repitió Milda, patidifusa.

—Hasta los podcast más random.

Milda se quitó las gafas y la miró con una preocupación añadida:

—A ver si por quien voy a tener que preocuparme es por Mateo.

—No estoy obsesionada, Milda. Si estuviera obsesionada, me habría presentado en Italia, me habría colado en los entrenamientos y tendría una colección de toallas sudadas en un armario.

Milda se quedó pensativa un momento y luego habló:

—Es un tanto inquietante que tu referencia para una obsesión sea esa.

—Insisto en que lo mío no es obsesión. Estoy enamorada de él.

—¿Crees que lo conoces porque te sabes de memoria lo que publican de él? —contraatacó Milda.

—Lo que tengo claro es que lo último que están publicando es todo mentira.

Milda la miró como si estuviera en serio peligro:

—Uf.

—Sé que él no es como lo pinta la prensa. Y esta es la oportunidad perfecta para conocerlo de verdad.

—Es la oportunidad para que descubras si el hombre real se parece al que llevas casi media vida construyendo en tu cabeza. Y me temo que el chasco va a ser morrocotudo.

—Sé que se parece, de verdad que creo que Mateo es un buen tío.

—Ojalá que tengas razón —repuso Milda, sin ningún convencimiento.

—La tengo.

—Y si no la tienes...

—Mateo no va a romperme el corazón —afirmó Irene, convencidísima.

—Podría hacerte un daño que ni puedes imaginar.

Irene notó un quiebre muy pequeño en la voz de Milda que le llevó a deducir:

—Milda, lo dices de un modo como si te hubiera pasado a ti.

—No estamos aquí para hablar de mí —dijo Milda, cerrándose en banda.

—Lamento que pasaras por eso.

—¡Preocúpate por ti, que menuda tienes encima! —exclamó Milda, agitando una mano.

—¿Te cuento una cosa?

—Me temo lo peor —bufó Milda.

—Es bonita. ¿Tú crees en la existencia de los universos paralelos?

—Por favor, dime que me vas a hablar de física cuántica —le rogó Milda, echando la vista al techo.

—De Mateo y yo —respondió Irene, con una sonrisita que Milda encontró de lo más boba.

—Me olía que había una trampa en la pregunta.

—Siempre he tenido la sensación de que, en algún universo paralelo, Mateo y yo ya estamos juntos.

—¿Y en ese universo lees los contratos antes de firmarlos? —inquirió Milda, mordaz.

—Milda...

Milda clavó la vista en la puerta y le exigió en un tono que no admitía enmienda:

—Vuelve al trabajo y ándate con mucho ojo. Yo desde luego que no pienso quitártelo de encima. Y como bajes el rendimiento, aunque solo sea un poquito...

—Ahora que Mateo por fin está en mi vida en este plano de la realidad voy a ser mejor. Ya lo verás.

—No puedo más —soltó Milda tras apurar el vaso de agua—. Me agotas tanto que creo que voy a tener que tomarme la tarde libre.

—¿Tú? —replicó Irene, porque Milda era de las que iba al trabajo con cuarenta de fiebre.

—¡Fíjate si me tienes frita!

—Perdóname, pero es que estoy tan feliz...

Milda no le dejó terminar la frase, señaló la puerta y gritó:

—Fuera de mi despacho. ¡Ya! ¡Y no me líes ninguna!

Milda gritó tanto que se le escuchó en el otro universo donde Irene y Mateo eran tan felices...

Capítulo 7

Irene llegó a casa todavía sin creerse que hubiera paseado por Mercadona de la mano de Mateo y que luego hubiera comido con él tan embelesada que hasta podía haber firmado su propia sentencia de muerte.

Aunque según Milda, aquello era exactamente lo que había hecho.

Maica estaba tirada en el sofá, bajo el ventilador de techo renqueante, con el mando en una mano y una bolsa de patatas fritas en la otra.

En cuanto la vio, saltó y media bolsa salió disparada por los aires:

—¡Cuéntamelo todo! ¡Me tienes en un sinvivir!

Irene dejó el bolso colgado en la silla y respondió tras resoplar:

—En un ratito.

—No puedo esperar. Tía, no puedo más. Necesito saber. ¡Me urge, más bien!

—Déjame que me relaje un poco que he tenido que aguantar a Milda hablándome durante una hora de abogados, de Rusia, de puertos lituanos y de corazones pisoteados.

—Ahora estoy más intrigada todavía.

Irene se fue a la cocina a beber agua y Maica la siguió:

—Solo dime dónde le has conocido.

Irene saludó a la foto de Mateo como hacía siempre que abría la nevera, sacó el agua y se sirvió un vaso grande hasta arriba.

—Era el cliente con el que he quedado a las siete de la mañana —le contó Irene tras beberse el agua del tirón.

—¿Y qué pasó después? ¿Un flechazo tan grande que os entraron ganas de comer brócoli y mortadela? —ironizó Maica—. Respóndeme, tía, que me va a dar algo.

—Necesitaba una novia falsa y yo me he postulado como candidata —dijo Irene, como si aquello fuera una cosa muy normal.

—¡La madre que te parió! ¡Venga, dime la verdad!

—Esa es la verdad.

—No, tía.

—Sí, tía, sí —afirmó Irene, tras servirse más agua y sonreír sin querer.

—¿Y esa cara que estás poniendo?

—¿Qué cara?

—Esa de «me he metido en un lío de tres pares de narices y estoy feliz de la vida».

Irene se bebió el agua, se sentó en el taburete y, sin parar de mirar la foto de su *crush*, se lo contó todo.

La llamada de su representante, las otras candidatas y la propuesta que la dejó anonadada como a Maica, que escuchaba con los ojos cada vez más abiertos.

—¿Y aceptaste sin reparo? —preguntó, sin dar crédito.

—¿Qué reparo voy a poner si llevo toda la vida enamorada de él?

—Precisamente por eso.

Irene se molestó un poco con el comentario porque ya había tenido bastante por ese día con la chapa que le había dado su jefa.

—Ya estamos —murmuró.

—Me preocupo por ti. Solo te digo que tengas cuidado.

—Milda me ha puesto la cabeza como un bombo con lo mismo. Pero todo está bien. He firmado un contrato.

—¿Leíste bien la letra pequeña antes de firmar? —preguntó sabiendo que no.

—Ni la grande ni la pequeña. Lo ha leído Milda cuando ya estaba firmado.

Maica fue a replicar algo, pero no pudo porque sonó el móvil de Irene, que sacó del bolso, y al instante comprobó que en la pantalla ponía Mateo.

—Es él —dijo Irene, con el corazón que se le iba a salir por la boca.

—¡Cógelo!

—Ya sé que tengo que cogerlo, pero estoy que me cago —murmuró Irene, llevándose la mano al vientre.

—Vete al baño y habla allí mientras plantas el pino.

—¿Cómo voy a hablar con él mientras edifico?

—Igual se piensa que estás orgasmado.

—¡Calla! —estalló Irene, entre risas—. ¡No me pongas más nerviosa! Madre mía, lleva cinco tonos. ¡Va a colgar! —exclamó atacada.

—¡Cógelo!

Irene descolgó, carraspeó un poco y saludó intentando sonar normal:

—¡Hola!

—¡Hola, Irene! Siento molestarte...

—No, tú nunca molestas —dijo mientras Maica corría al salón a por la bolsa de patatas fritas.

—Eres muy amable —repuso Mateo con un tono de voz que Maica encontró tan *sexy* que por poco no se licuó—. Pues verás, te cuento... Mi representante se ha plantado en Ibiza de urgencia. Tiene casa aquí también. Resulta que quiere conocerte. Ha visto las fotos de Mercadona y tal y tiene mucha curiosidad por saber quién eres. Ya sé que está siendo todo muy rápido...

—No pasa nada —mintió Irene como una bellaca, porque le estaba pasando de todo.

—Él es así. No te lo tomes a mal. Solo quiere confirmar que está todo en orden.

—Lo entiendo.

—Tiene tantas ganas de conocerte que quiere que cenemos en una hora.

—¿Una hora? —replicó Irene, que estaba tan ansiosa por verlo que le sobraban minutos.

—¿Tenías algún plan?

—El tuyo es mejor —se apresuró a decir.

—Te lo agradezco. Y si la situación te resulta demasiado intimidante, tráete a una amiga y así, de cara a la galería, parecerá una cena informal con amigos.

Maica, que había vuelto a la cocina y estaba escuchando mientras zampaba patatas sin parar, negó con la cabeza:

—Sí, claro. Llevaré a Maica.

Maica puso una cara de pánico tremenda mientras Mateo decía:

—Perfecto. Te mando la ubicación.

Colgaron y Maica le informó antes de que Irene dijera nada:

—De aquí no me mueve nadie.

—Por favor.

—No pienso ir.

—No me dejes sola con el representante, te lo ruego. Milda dice que estos tíos son lo peor.

—Por eso me niego a cenar con un tiburón.

—Maica...

—No —repitió hablando con la boca llena.

—Te necesito más que nunca.

Maica tragó, aguantó tres segundos callada y luego exclamó porque en el fondo sabía que Irene estaba tan colgada por Mateo que de verdad sintió que la necesitaba:

—¡Vale! Voy, pero con la intención de meterle lo primero que pille por las branquias cuando te intente morder.

—Gracias —musitó Irene, abrazándola.

—Te lo digo en serio. Si ese tío me cae mal, no pienso disimular —le advirtió tras deshacer el abrazo.

Irene sonrió y se fue directa al baño a darse una ducha rápida. Después se puso rímel, colorete y pintalabios, dejó que el pelo se secara al aire y le pidió a Maica un vestido rojo, corto y entallado, que era *sexy* y elegante.

—¿Y tú qué te vas a poner?

—Yo ya estoy vestida —respondió Maica, que llevaba unos Levi's cortados por la ingle y la camiseta blanca de tirantes que ponía Patatas Sánchez con la que estaba por casa.

—¿Vas a ir con la camiseta de Patatas Sánchez?

—Es *vintage*.

—Mil años debe tener, sí —bromeó Irene, tras leer un mensaje que acababa de entrarle—. Ya tengo la ubicación y nos van a invitar al mejor sitio de Santa Eulalia.

La noticia no impresionó lo más mínimo a Maica:

—Yo no voy a pagar. Y tampoco me voy a poner tacones y un vestido que me impida respirar para impresionar a un tiburón.

—Por lo que sé de él por la prensa, es un tío serio, pero no parece una mala persona.

—Me da igual cómo sea, no me pienso poner de punta en blanco por nadie. Y si no te gusta como voy, me quedo en casa.

Irene cogió el bolso y la empujó hasta la puerta, después se subieron a la Vespa y llegaron un poco tarde porque había tráfico y

Maica se equivocó con los atajos.

El restaurante era bonito, elegante y todo el mundo parecía vestido para un anuncio de perfume carísimo.

—Soy la única que va vestida como si hubiera venido a cambiar una bombilla —dijo Maica, en cuanto entraron.

—Ya te advertí de que este sitio era muy elegante.

—Me da lo mismo. Solo estaba comentando el hecho.

Maica no pudo seguir hablando, porque Mateo se levantó al verlas y a Irene por poco no le dio algo.

Estaba guapísimo, con una camisa oscura, unos pantalones de lino y una sonrisa que la derritió.

A su lado estaba Sergio Beltrán. Era alto, guapo, estiloso, controlado y con esa seguridad típica de los hombres que creen que el mundo funciona mejor cuando ellos lo gestionan.

Mateo fue a saludarlas y las acompañó hasta la mesa donde les presentó a Sergio.

Sergio saludó a Irene muy correcto, pero con Maica fue distinto.

La miró de arriba abajo y le preguntó con una sonrisa mordaz:

—¿Vienes directamente de regar las plantas de tu abuelita? ¿O se te ha olvidado cambiarte?

Maica sonrió despacio y replicó con la misma mala baba que ese tío que iba vestido como para una portada de Forbes:

—¿Y a ti se te ha olvidado traer la amabilidad de casa?

Irene y Mateo se miraron temiendo que esos dos se engancharan, pero Sergio lo que hizo fue arquear una ceja y responder:

—Interesante.

—Ya veremos lo interesante que te parece después de la cena, majo —le previno Maica, divertida.

Se sentaron en la mesa...

Mateo intentaba suavizar la tensión, Irene hacía esfuerzos ímprobos para no parecer demasiado feliz y flipada, Sergio observaba a Irene como si fuera una operación de alto riesgo y Maica miraba a Sergio como si fuera un mueble bonito, pero carcomido por dentro.

Cuando acabaron con los entrantes, Sergio rompió un silencio incómodo preguntándole a Maica:

—¿A qué te dedicas?

Y la verdad era que esa chica menuda, de media melena, castaña y lisa, sonrisa afilada y tan expresiva que se le podía leer el pensamiento en la cara antes de que abriera la boca, le había despertado curiosidad desde el primer momento.

Había que tener mucha personalidad para plantarse con esas pintas en un restaurante de gente guapa vestida de lino del bueno.

Aparte de que no se arredraba, le mantenía la mirada desafiante, como justo en ese instante en que respondió:

—Trabajo en Mercadona. Una de las fotos que me he hecho con Mateo con la lengua fuera y los ojos en blanco la han sacado en un programa de la tele.

—¿Qué dices? —inquirió Irene, alucinada.

—Como te cuento.

—Lo del Mercadona ha sido... —habló Sergio, poniendo el grito en el cielo.

Sin embargo, Maica terminó la frase por él:

—Perfecto.

—¿Perfecto? —repuso Sergio, perplejo—. ¡El resultado ha sido tan escandalosamente público que parecía que Mateo estaba en una campaña electoral! Como sigamos así, esto se va a convertir en una patochada. Y es lo que menos necesitamos en este momento.

—Queríamos un impacto rápido y lo mejor era Mercadona —se justificó Mateo.

—Pero a partir de ahora no más numeritos en el Mercadona —zanjó Sergio. Después, volvió a interpelar a Maica—: Y tú, ¿cómo es que trabajas allí?

—Siempre soñé con trabajar en un supermercado.

—¿En serio? —replicó Sergio, incrédulo.

—De pequeña no jugaba a las muñecas, jugaba a los supermercados. Tenía mi caja registradora, mi carrito de la compra, mis hortalizas de plástico...

—O sea que eres cajera vocacional.

—También estudié Restauración y Conservación. Es mi otra pasión, restauro muebles, cuadros y cualquier cosa que la gente normal tira.

Sergio la miró sorprendido, porque no esperaba ese giro y encontró que hasta tenían algo en común:

—Entonces te dedicas a algo parecido a lo mío, ambos vemos tesoros donde otros ven trastos.

—Gracias por llamarme trasto, era lo único que te faltaba decirme —bromeó Mateo.

Maica, sin embargo, negó con la cabeza y le aclaró a Sergio:

—Yo soy la que trabaja con trastos. Tú te dedicas a vender personas.

—No, perdona. Yo organizo carreras —precisó él, molesto.

—Eso es lo que dicen todos los que venden personas.

Irene por poco no se atragantó, Mateo se rio por lo bajo y Sergio prefirió no replicar nada, tan solo sostuvo la mirada sobre Maica unos segundos.

Aquello la desconcertó más que cualquier réplica, porque por primera vez encontró un brillo divertido en sus ojos.

El tiburón parecía estar divirtiéndose.

La cena siguió, todo estaba buenísimo, aunque Irene apenas podía comer de los nervios que tenía.

Y más cuando Mateo la miraba a ratos como si no supiera muy bien qué hacer con ella.

Si retirarle un mechón del pelo, agarrarle la mano un segundo o hacerle una caricia en un brazo.

Así llegaron los postres, riquísimos también.

Cuando terminaron, Sergio dejó la copa sobre la mesa y fue al grano:

—Necesito entender una cosa, Irene. ¿Por qué estás haciendo esto?

Irene se enderezó, sonrió y respondió como si aquella fuera la respuesta más lógica:

—Por ayudar.

—No me lo creo. Lo siento, pero no creo en el altruismo. Eso no existe —replicó Sergio, sin pestañear.

—Claro que existe —insistió ella.

—Yo creo que también —apuntó Mateo que miró a Irene un segundo y ella creyó que se moría.

Maica, por su parte, fulminó a Sergio con la mirada y le dijo tras colocarse bien el tirante de su camiseta Patatas Sánchez:

—Yo era como tú, tampoco creía que existiera hasta que la conocí.

—Gracias —dijo Irene, que bajó la cabeza del corte que tenía.

—No me des las gracias —replicó Maica—. Es la pura verdad. Tú eres así. Tienes la absurda costumbre de hacer cosas por la gente sin pedir nada a cambio.

Sergio observó a Maica unos segundos.

Llevaba media vida rodeado de gente que quería algo de los futbolistas: agentes, marcas, periodistas, oportunistas y hasta familiares lejanos que aparecían de repente.

Por eso mismo sabía reconocer la sinceridad cuando la tenía delante.

Y Maica parecía sincera, pero con todo, miró a Mateo y después a Irene a la que le preguntó:

—¿No es por dinero?

—No —insistió Irene.

—¿Dinero? —repitió Maica—. Pero si Irene es de las que da hasta lo que no tiene. No es como yo. Cuando salimos, ella siempre vuelve sin un euro y yo con el mismo billete con el que salí de casa. Irene es de las que invita a todo el mundo. Yo soy una rata. Nos complementamos.

—¿Fama quizá? —insinuó Sergio.

Maica soltó una carcajada y dio tal manotazo en la mesa que la copa no se cayó gracias a los reflejos de Mateo.

—Sí, claro —ironizó—. El sueño de Irene siempre ha sido entrar en Gran Hermano como ex de un futbolista y con tres paquetes de mortadela en la mano.

Irene le dio una patada por debajo de la mesa porque ya no podía más con su forma tan encendida de defender su reputación. Ella estaba enamorada, pero no era tan pava como su amiga estaba dando a entender.

A ver, que sí, que todos los enamorados eran un poco panolis o un mucho tal vez en su caso, pero sabía defenderse bien sola:

—¡Auch! —se quejó Maica, tras la patada.

—Sergio me ha preguntado a mí —habló Irene—. Y no. No quiero fama. Tampoco dinero, ni aprovecharme de Mateo. Él necesita ayuda y yo puedo brindársela. Además —añadió para quedar como una chica muy seria y profesional—, es un cliente de Villas Sol y Luna y nosotros lo damos todo por el cliente.

—Proporcionar una novia falsa excede un poco las peticiones habituales de un cliente —opinó Sergio.

—Nos piden de todo. Es que ni os podéis hacer una idea.

—Ni quiero saberlo —dijo Sergio, tras dar un sorbo a su copa de vino.

Luego guardó silencio unos segundos. No creía que Irene estuviera allí por dinero. Tampoco por fama. Después de escucharla hablar y de observar cómo interactuaba con Mateo durante toda la cena, estaba bastante seguro de eso.

Sin embargo, seguía sin comprar del todo aquella historia del altruismo.

Había algo más.

Algo que se le escapaba.

No parecía una oportunista, ni una cazafortunas, ni una fanática dispuesta a cualquier cosa por acercarse a un futbolista. Pero tampoco una mujer que aceptara convertirse en novia falsa de un desconocido únicamente por espíritu de servicio.

Había una pieza que faltaba en aquel puzle.

Aun así, después de las últimas semanas, Irene seguía pareciéndole la mejor candidata con diferencia.

Y probablemente la menos peligrosa, a pesar de la tocapelotas de la amiga.

Mateo, por su parte, parecía haber llegado a una conclusión mucho más sencilla: Irene era exactamente lo que aparentaba ser. Una buena chica que estaba intentando echar una mano.

Sergio decidió dejar el asunto ahí.

Ya tendría tiempo de descubrir qué se escondía detrás de aquella historia.

—Bien —dijo al fin—. Entonces vamos a hablar del plan. Vuestra historia de amor es sencilla. Os conocisteis hace un par de veranos por el alquiler de una villa. Os caísteis bien, mantuvisteis el contacto

y empezó una amistad que ha seguido hasta que hace unos pocos meses que os disteis cuenta de que había algo más. Así que ya sabéis, nada de flechazos repentinos, ni de amores locos. Lo vuestro es algo tranquilo, serio y estable. Y esta es la versión que debéis de dar a todo el mundo.

—¿A mi preparador y a mis amigos en la prensa también?

—También. No podemos correr riesgos.

Maica levantó el dedo índice y le preguntó a Sergio:

—¿Puedo decir una cosa?

—Preferiría que no —respondió Sergio.

—Lo voy a decir igual. Esta historia es un peñazo.

—Exactamente —afirmó Sergio, satisfecho—. Eso es lo que necesitamos: aburrimiento.

Irene asintió muy seria, pero pensó que para ella cualquier plan que fuera con Mateo le parecía de lo más emocionante, incluso mirar una pared recién pintada.

—La historia de amor está clara. Entonces, ¿qué hacemos? ¿Nos dejamos ver haciendo qué? —quiso saber Mateo.

Sergio se recostó en la silla, satisfecho consigo mismo, y continuó desarrollando aquel plan que llevaba días rumiando:

—Por supuesto que nada de fiestas, ni de discotecas, ni de *afters*, ni de conciertos, ni de salidas de madrugada, ni de alcohol en la mano, ni de entrar en sitios raros. Tenéis que mostrar que lleváis una vida tranquila, de pareja sólida y estable. —Sergio cogió la copa, dio un sorbo de agua y siguió enumerando actividades—: Hablo de preparar comida sana en casa, paseos, deporte, lectura, playas discretas, restaurantes elegantes, pero no escandalosos, compras muy puntuales en mercadillos con encanto, alguna foto cariñosa y poco más.

A Irene el corazón de nuevo se le aceleró de imaginarse haciendo todas esas cosas que ella encontraba apasionantes.

Sin embargo, Maica apoyó la barbilla en la mano y preguntó con guasa:

—¿Van a fingir que son pareja o dos opositores a registradores de la propiedad que se han tomado unos días de descanso?

Sergio la ignoró y siguió detallando su plan perfecto para limpiar la imagen de su representado:

—Lo del deporte es muy importante. Y sería muy conveniente que os vieran practicándolo juntos.

Maica miró a Irene a punto de troncharse de risa y repitió:

—¿Has dicho que Irene tiene que hacer deporte?

—Puedo intentarlo —aseguró Irene, convencida.

—La última vez que intentaste correr, dijiste que el pulmón izquierdo no te respondía.

—Eso fue un chiste.

—Un chiste, pero te tumbaste en el banco y me pediste que siguiera sin ti.

Sergio tomó nota mental y propuso en su lugar:

—Entonces, algo suave. Una caminata a primera hora.

—¿Quieres matarla? —replicó Maica, escandalizada—. Si se pasa el día caminando de aquí para allá buscando cosas estúpidas para sus clientes caprichosos. El mejor deporte para ella sería algo tipo petanca.

Irene estaba dispuesta a todo, menos a salir en la prensa jugando a la petanca como si tuviera cien años.

—No voy a practicar la petanca.

—Es muy de vida tranquila —bromeó Mateo.

—Estoy hablando muy en serio —dijo Sergio.

—Ya, pero es que dices cada cosa... —murmuró Maica, entre resoplidos.

—¿Tú siempre interrumpes? —le preguntó Sergio.

—Solo cuando alguien está diciendo cosas mejorables.

Sergio hizo como que no la había escuchado y siguió hablando:

—Bueno, pues si lo del deporte se os hace muy cuesta arriba, que os vean leyendo en sitios tranquilos.

—Eso le va bien, porque Irene lee mucha romántica —apuntó Maica.

—Pero también puedo coger un ensayo sobre macroeconomía. No tengo problema.

—Lo de la romántica nos viene bien —aseguró Sergio—. Da imagen de chica normal, romántica y tranquila.

—Yo me alegro de ser todo lo contrario —comentó Maica, muy orgullosa—. Prefiero los muebles viejos a los hombres.

Sergio ladeó la cabeza y comentó tras echarse el pelo hacia atrás:

—En este particular... estamos de acuerdo. Me pasa algo parecido con las mujeres.

—¿Las prefieres viejas? —inquirió Maica, mordaz.

—Las prefiero lejos cuando complican demasiado las cosas, que es siempre.

Maica lo miró como apiadándose de él y exclamó espantada:

—¡Qué frase tan triste para alguien con los zapatos tan caros!

Sergio comprobó la hora en el móvil como si el comentario no hubiera tenido ningún efecto, Irene pensó que ahí pasaba algo y Mateo bajó la vista para ocultar la sonrisa.

Acto seguido, Sergio terminó de rematar el plan:

—Tenéis que ser la pareja más aburrida del mundo. Una pareja sana, discreta, estable y sin sobresaltos. Dos personas que comen bien, duermen pronto, hacen planes tranquilos y no salen en los titulares por motivos bochornosos.

Maica bufó, alzó las cejas y comentó con una sonrisa enorme:

—Lo veo complicado. No llevan ni un día y ya han revolucionado un Mercadona, a una señora de Toledo, a una panda de italianos y a medio TikTok.

Sergio respiró hondo, porque muy a su pesar la amiga rarita de la novia falsa tenía razón y dijo:

—Por eso mismo empezamos mañana.

—Ah, que lo de hoy no cuenta —dijo Maica, con guasa.

—Hoy no conocían el plan. Pero ya sí. Mañana empieza el aburrimiento —sentenció Sergio.

Irene miró a Mateo intentando disimular que mañana empezaba lo que llevaba deseando tanto tiempo.

Y Mateo la miró a ella, pensando en la suerte que había tenido de encontrar a una chica tan adorable que aceptaba de buena gana el patético plan de su representante.

—Por mí, perfecto —asintió Mateo, serio.

—Por mí también.

—¿Lista para ser la novia de Mateo Rivelles? —preguntó Sergio.

—Llevo toda la vida preparada para esto.

—¿Cómo? —inquirió Sergio.

—Porque soy así. Soy de natural servicial —aclaró Irene.

—Ah.

—Y en Villas Sol y Luna puedo dar rienda suelta a este afán de servicio que tengo.

Maica tuvo que morderse los labios para no troncharse y luego farfulló:

—Os deseo suerte.

—Gracias —replicó Sergio.

—No hay de qué. Es solo un pésame anticipado por todo lo que os vais a tener que aburrir.

Sergio esbozó una sonrisa mínima, casi imperceptible, pero Maica la vio y él también se dio cuenta de que la había visto.

Y, por primera vez, ambos se miraron durante unos instantes como dos personas que acababan de encontrar a alguien capaz de devolverles los golpes.

Mientras, Irene solo podía pensar en que, si aburrirse implicaba pasar tiempo con Mateo Rivelles, estaba dispuesta a convertirse en la mujer más aburrida de toda Ibiza...

Capítulo 8

Al día siguiente, a las siete en punto de la mañana, Irene recibió un mensaje y tardó medio segundo en incorporarse de golpe sobre la cama porque el mensaje era de Mateo.

Buenos días. He pensado que podríamos desayunar juntos. Sergio quiere que empecemos a mover las redes y se me ha ocurrido hacer unas fotos de desayuno saludable. Si te apetece, claro.

Irene leyó el mensaje tres veces, luego una cuarta y una quinta por si había cambiado.

Y respondió tan rápido que por poco no se lo mandó a su madre, pero en el último instante pudo enmendar la pifia:

Claro que sí. Me parece buena idea. Entro a trabajar a las nueve, pero tengo tiempo. ¿Voy para la villa?

A su madre aún no le había contado nada de su romance falso. Obviamente se había enterado como todo el mundo, le había llamado cinco veces y le había escrito dieciocho mensajes, pero ella de momento solo le había respondido con un lacónico:

Está todo bien. Ya te cuento en cuanto esté menos liada.

De momento, no le apetecía escuchar otra voz que le dijera que tuviera cuidado y que podían patearle el corazón.

Irene solo quería que la dejaran vivir el momento y nada más. No quería consejos, advertencias ni recomendaciones.

Solo vivir cada segundo con intensidad junto a Mateo.

Y justo cuando estaba pensando en eso, la respuesta de Mateo llegó:

Perfecto. Te espero. Nos vemos ahora.

Irene soltó un gritito pequeño, pero suficiente como para despertarse del todo.

¡Mateo quería verla y zamparse con ella una tortilla de zanahoria y muesli de avena integral!

Trece minutos después estaba duchada, peinada y maquillada con la raya, el rímel, el colorete y el gloss.

Treinta segundos después rebuscaba en el armario su lencería más *sexy*.

Solo era un desayuno saludable donde lo más sensual que iba a pasar era que él le partiera un aguacate, pero decidió ir con todo.

Estaba tan nerviosa como si fuera una primera cita, aunque no lo era. Se recordó a sí misma que en el fondo era una reunión de trabajo, pero ni ella misma se lo creyó.

Después de probarse varios vestidos, acabó eligiendo uno amarillo de tirantes, sencillo y fresco, que le gustaba y le hacía un tipo bonito.

Se miró en el espejo y pensó que a lo mejor se había arreglado demasiado para un desayuno saludable.

Pero también era verdad que, no todos los días, una se levantaba para desayunar con Mateo Rivelles.

Así que se perdonó el exceso de rímel.

Cogió el bolso y, cuando estaba a punto de salir apareció Maica en bragas, con un top, bostezando y sospechando también que estaba ocurriendo algo interesante.

—¿Dónde vas?

—A desayunar.

—Tú siempre desayunas en casa y nunca a estas horas.

—No pasa nada por hacer un día algo distinto.

—Venga, tía. Menos rollos que me caigo de sueño. Es Mateo, ¿no?

—Sí. Quiere que desayunemos juntos algo para subir a las redes.

—Llévale un chocolate con churros.

—Voy con prisas.

—El otro día compré panceta. Os lo ponéis con unos huevos.

—¡Me piro!

—No sabes divertirte, nena.

Irene salió disparada antes de que Maica siguiera sugiriendo formas de subirle el colesterol al pobre de Mateo.

Cogió la Vespa que, gracias al truquito de Mateo, arrancó a la primera y durante todo el trayecto tuvo el corazón desbocado porque era la primera vez que iban a estar completamente solos como novios... falsos.

Cuando llegó a la villa, Mateo ya la estaba esperando haciendo unos estiramientos ligeros en el porche.

Sonrió al verla y ella pensó que esa sonrisa debería estar prohibida porque acababa de medio matarla.

Además, estaba haciendo unos movimientos de caderas con unos pantalones tan cortos que se le marcaba todo.

Y aquello era demasiado, pensó Irene.

—¡Buenos días! —saludó él.

—¡Buenos días!

—Has venido rápido.

Él paró con los movimientos, se quedaron frente a frente y ella se sorprendió a sí misma diciendo:

—Tengo hambre.

Sin saber bien qué tipo de hambre tenía más...

Porque le estaban entrando unas ganas de abrazarle que se moría.

—Yo también —dijo él, mientras pensaba que ese día Irene estaba preciosa.

El vestido dejaba a la vista la piel bronceada, el escote precioso, el cuello largo, los brazos bonitos...

Durante unos segundos ninguno supo qué decir. Luego, Mateo la hizo pasar y la condujo hasta la cocina, donde Irene se quedó alucinada al ver el desayuno.

Aquello parecía una campaña publicitaria del Ministerio de Sanidad para promover la comida saludable.

Había fruta cortada, fresas, arándanos, melón, piña, yogur griego, pan integral, aceite de oliva, tomate rallado, calabacín, huevos cocidos, leche, café, zumo natural, un bol enorme con frutos secos...

—Madre mía —soltó Irene, impresionada—. Parece que vas a alimentar al equipo entero de fútbol.

Mateo se metió las manos en los bolsillos de ese pantalón tan corto y dijo:

—Mejor que sobre que no que falte.

La vista de Irene, durante un nanosegundo, se fue justo ahí, a la entrepierna. Luego, volvió a mirar la comida y masculló:

—Ya veo, ya.

Mateo sacó el móvil y le contó una idea que se le había ocurrido con cierto reparo, por si a ella le parecía una chorrada.

—He pensado una cosa. No sé qué te parecerá.

—Dime. Seguro que es una idea estupenda.

—Gracias por la confianza. Pero tú escucha primero.

—A ver.

—Quiero hacer una foto del desayuno.

—Vale.

—Y que tú salgas al fondo un poco desenfocada.

—Me parece bien. Y así sin texto.

—No. Se me había ocurrido poner algo como: «Los desayunos contigo son mejores».

Irene estuvo a punto de caerse redonda, literalmente. Tuvo que agarrarse a una silla y empezar a hacer respiraciones profundas.

—¿Estás bien?

—Perfectamente.

—Te has puesto blanca.

—Bueno, a lo mejor se me ha bajado un poco la tensión o el azúcar.

O las bragas, pensó Irene, pero eso no lo dijo.

—Eso va a ser porque no hemos desayunado.

Cinco minutos después Irene estaba sentada frente a él con una tostada de pavo y aguacate en la mano, que Mateo le había preparado.

La mejor de su vida.

Irene no sabía qué había hecho ese hombre con la tostada, que no había probado nada igual.

Por no hablar de lo mala que se había puesto mientras la preparaba, porque no podía ser más *sexy*.

—Come.

—Estoy comiendo —dijo ella, tras probar esa delicia.

—Más.

—Estoy haciendo lo que puedo.

—Pareces mareadilla —comentó Mateo, preocupado.

—Se me va a pasar. Esto está tan rico que resucita a un muerto.

—Las materias primas son de calidad.

—Y tus manos.

—¿Qué? —replicó Mateo, risueño.

—O sea, que la elaboración también cuenta.

Se quedaron sonriendo y luego siguieron con el desayuno.

La conversación fue sorprendentemente fácil y natural, como si se conocieran desde hacía mucho tiempo.

Y, cuando estaban terminando, Mateo se puso un poco más serio y le dijo:

—Gracias.

—¿Por qué? —replicó Irene tras apurar su zumo.

—Por querer ayudarme.

—No tienes que darme las gracias —dijo Irene tras coger un arándano.

—Sí que tengo.

Mateo miró al mar y luego le clavó la mirada para decirle:

—Sergio está hablando con varios equipos españoles y todos están dispuestos a pagar lo que pide mi club.

—Vas a volver a jugar en España —aseguró Irene, con una convicción absoluta.

Mateo respiró hondo y le confesó algo que sabía solo su círculo más íntimo:

—Mi sueño es jugar en el Real Madrid.

—Lo intuía —soltó Irene y luego se metió otro arándano en la boca porque para variar estaba hablando más de la cuenta.

—¿Cómo?

—No hay fotos tuyas de pequeño con la camiseta de ningún equipo, pero...

—Pero ¿qué? —le interrumpió Mateo, intrigado.

—No, nada. Sigue —dijo Irene, como si aquello no tuviera ninguna importancia.

Sin embargo, para Mateo sí que la tenía y mucha:

—Sigue tú, ¿qué intuías?

—Que quieres jugar en el Real Madrid —respondió Irene, encogiéndose de hombros.

—Es mi sueño desde que me dedicaba a romper los cristales de la casa de mis abuelos en Rascafría a balonazo limpio.

—Ja, ja, ja.

—Desde pequeño siempre decía que iba a jugar en el Real Madrid y todos pensaban que era una bobada, que un niño de pueblo jamás llegaría tan lejos. Todos me decían que era un sueño imposible... excepto mi abuelo. Mi abuelo siempre creyó en mí. Era el que me llevaba a los entrenamientos, a los partidos, aunque tuviéramos que ir al quinto pino. Siempre estuvo ahí. La pena es que ya no esté.

Irene sabía lo de su abuelo porque le había dedicado un post muy emotivo cuando falleció y le dio muchísima pena porque sabía lo unido que estaba a él:

—Lo siento.

—Fue el año pasado. Lo pasé fatal —confesó Mateo, con los ojos vidriosos.

A Irene le entraron ganas de cogerle de la mano para reconfortarlo, pero en su lugar dijo:

—No me extraña. Adoro a mis abuelos y tiemblo de solo pensar en que un día no estarán. Aunque en el fondo nunca se van, de alguna manera creo que siguen con nosotros y que sé que tu abuelo te verá desde el cielo cumplir tu sueño.

—¿Tú crees? —preguntó Mateo, con un nudo en la garganta de la emoción.

Porque estaba teniendo con esa chica una intimidad que hacía mucho que no tenía con nadie.

—Sí.

—Ojalá —masculló Mateo—. Y te confesaré algo: siempre he tenido el convencimiento de que mi sueño se va a cumplir. Es algo que sé, no sé si me entiendes.

Irene asintió y solo pudo replicar con la verdad:

—Demasiado.

—¿Y eso?

Irene se mordió los labios y en vez de confesarle que ella llevaba años soñando que se iba a casar con él, para que no pensara que

era una loca peligrosa, decidió contarle algo que también era verdad:

—Vengo de familia de farmacéuticos. Mis abuelos lo eran, mis padres lo son, mi hermano también y todos esperaban de mí que estudiara Farmacia. Pero no es lo mío. Puedo estar un rato vendiendo caramelos para la garganta y ya. Cuando me matriculé en ADE a mis padres por poco no les dio algo y aún hoy siguen esperando a que vuelva a la farmacia. Nunca lo voy a hacer, mi sitio es otro.

Mateo asintió porque sabía bien de lo que estaba hablando:

—Mi familia se dedica a la carpintería.

—Lo sé.

—¿Por?

Irene pensó que, porque se sabía hasta su grupo sanguíneo, si bien en su lugar respondió:

—Bueno, lo leí en algún sitio... —Luego, cogió una fresa para salir del brete y añadió—: Las fresas son una pasada y eso que ya no son de temporada.

—Están muy buenas —dijo él tras probar una.

—Deliciosas —insistió Irene, comiéndose otra.

—Te has manchado aquí —comentó él, que no pudo evitar que la vista se le fuera a la boca de Irene por enésima vez.

No sabía qué le pasaba, pero no podía dejar de mirar los labios carnosos.

Irene tocó la comisura derecha con el dedo índice y preguntó:

—¿Aquí?

Mateo se acercó a ella y le señaló con un tono de voz que a Irene le puso cardíaca:

—Un poquito más abajo.

Irene se frotó la zona, mientras Mateo no podía dejar de pensar en lo sedosos que parecían sus labios.

—¿Ya? —preguntó Irene, tras pasarse la lengua por los labios.

—Sí —respondió Mateo, que estaba como absorto mirándola. Luego, pestañeó unas cuantas veces y siguió con el tema—: Pues lo que te decía, yo tenía que haber sido carpintero. De hecho, siempre

que voy al pueblo ayudo a mi padre y sé que también en lo más profundo desea que un día vuelva a montar estanterías.

—Antes tendrás que jugar en el Real Madrid —dijo Irene con una sonrisa enorme.

—De momento, tienen reparos en fichar a alguien que creen que se pasa las noches de fiesta.

—Eso es absurdo.

—Por eso te agradezco tanto que me estés ayudando.

Irene tragó saliva y musitó sin poder aguantarle la mirada:

—Haré todo lo que pueda.

—Hasta venir a verme con el estómago vacío.

—Ya estoy bien.

Se quedaron mirándose, sonriendo y justo cuando aquello empezaba a parecer peligrosamente una cita, sonó el timbre.

Mateo se sobresaltó y preguntó tras beber un poco de agua:

—¿Esperas a alguien?

—No.

Mateo fue a abrir y segundos después Irene escuchó una voz femenina que decía:

—¡Hola, hola, parejita!

Mateo puso cara de resignación y apareció detrás de él una chica rubia, bajita, con curvas y vestida con un mono negro que le dejaba parte de los glúteos al aire, arrastrando un maletón fucsia y detrás de ella un perro pequeñísimo, un bichón maltés blanco, que se lanzó sobre Mateo.

—¡Archi! ¡Déjame tranquilo! —gritó Mateo, porque el perro le estaba mordiendo los tobillos.

La chica se tronchó, dio dos besos a Mateo mientras el perro seguía dándole tarascadas y después se presentó a Irene:

—Soy Lola, la hermana de Mateo. Y él es Archi.

Irene besó en las mejillas a Lola y luego se agachó con cierta prudencia para saludar a Archi.

—¡Tranquila! —exclamó Lola—. Archi solo muerde a Mateo. Le cae fatal por aguafiestas.

Irene saludó al perro y lo cierto fue que con ella resultó de lo más cariñoso:

—¡Hola, Archi!

—Es lo que te digo. Tiene una tirria tremenda a mi hermano.

—¿Y tú qué haces aquí? ¿No estabas en Rascafría estudiando? —preguntó Mateo, ceñudo.

Lola tenía veintiún años y estaba en tercero de Derecho.

—Sí, hasta que he visto que mi hermanito se ha echado novia y he tenido que cogerme un avión con carácter de urgencia para conocer a mi futura cuñada.

—No es mi novia —aclaró, en un tono de lo más radical.

—¡Pero si os han pillado! —exclamó Lola, incrédula.

—Te lo digo en serio —insistió Mateo.

—Y yo también. ¡Hacéis una pareja monísima! —opinó batiendo rápido las pestañas.

—No somos pareja —repitió Mateo.

—Vale, os estáis conociendo.

—¡Qué pelma eres! —farfulló Mateo, cansado.

—¡Y tú que asquerosamente reservado eres para tus cosas! —exclamó Lola—. Archi, ¡muérdele otro poco hasta que diga la verdad!

Archi no obedeció, lo que hizo fue salir disparado al salón y al momento se escuchó un ruido muy fuerte.

—¡Ya ha liado alguna! —gritó Mateo, cabreado.

—Luego dices que te tiene manía, pero te lo ganas a pulso.

Los tres se fueron al salón y comprobaron que el pequeño Archi había tirado al suelo la escultura del oso-calamar.

—¡Coge a tu gremlin antes de que destroce la casa! —le exigió Mateo.

Lola cogió a su perro, le dio besito en la cabeza y le habló como si fuera un bebé:

—No hagas caso al tío, mi amor, que ya sé que lo has hecho sin querer.

—Te advierto que la escultura se pasa más tiempo en el suelo que en la peana —le contó Irene, que empatizó con Archi.

Lola miró a Irene con complicidad y luego su hermano al que le dijo:

—Nunca te había visto tan feliz y no me extraña porque Irene es un encanto.

—¡No me toques las narices! ¡Estoy que trino! ¡No acabas ni de poner un pie y ya está liada!

—Mateo, deja de disimular —le pidió Lola—. ¡Me he visto todas las imágenes y los vídeos! ¡Esta chica te tiene loquito! ¡Y mamá piensa lo mismo! Dice que es la primera vez en su vida que no te ve renegando en el Mercadona y eso es por Irene.

—No inventes.

—Estás pilladísimo por ella, porque es tu tipo.

—¿Qué estupideces estás diciendo? —inquirió Mateo, agobiado.

—Es igual que Mafalda.

—¿Qué Mafalda? ¿La de los dibujos? —preguntó Mateo, extrañado.

—La chica aquella que vino a Rascafría un verano y no te hizo ni caso. Era muy parecida a Irene. Aunque Irene es más guapa. Pero vamos, que es como te gustan.

Mateo no pudo más y no le quedó otra que contarle la verdad:

—Para ya de hablar, porque no hay nada entre nosotros. Irene es mi novia falsa.

Mateo le contó todo el plan para limpiar de una vez su reputación y su imagen y le pidió discreción absoluta.

Lola escuchó muy atenta, aferrada a Archi que parecía poner la misma atención, y cuando terminó dijo:

—No me lo creo.

—¿Qué no te crees?

—¡Nada! —exclamó Lola.

—Lo que dice es cierto —intervino Irene.

—No insistáis.

—¿Por qué no nos crees? —quiso saber Mateo.

—Porque antes de entrar he estado cotilleando un poco desde fuera y estabais a punto de comer los morros en la cocina.

—¡No, no! ¡Para nada! —exclamaron los dos a la vez.

—¿A ti no te gusta mi hermano? —soltó Lola a bocajarro.

—Yo estoy aquí para ayudar.

—Ya, guapa, pero le miras de un modo, que no sé. Yo creo que hay tomatón —aseguró Lola.

—¿Puedes dejar de...?

—Y tú calla que la miras igual —le interrumpió Lola.

—No tienes ni idea de lo que dices.

Lola soltó una carcajada y entonces vio algo en el jardín que le llamó la atención.

—¿Y ese quién es?

Irene siguió su mirada y respondió porque no había nadie más:

—¿Te refieres al jardinero?

—Sí.

—Es Archi.

—¿Archi? ¿Archi de Archibaldo?

—Sí.

Lola se quedó inmóvil y soltó mientras su hermano la escuchaba temiéndose lo peor:

—¡No me jodas!

—¿Qué pasa ahora? —preguntó Mateo.

—¿Qué va a pasar? Que mi bebé se llama Archibaldo.

—¿Y?

—Es una señal.

—Lola, no empieces —le exigió Mateo.

—El universo acaba de poner otro Archibaldo en mi camino —canturreó Lola, tan feliz.

—El universo lo que quiere es que apruebes las cuatro asignaturas que has suspendido. ¡Y por eso te vas a volver a Rascafría!

—Me concentro más en una habitación con vistas al mar —dijo Lola, alzando las cejas.

—Aquí no puedes quedarte. Necesito tranquilidad.

—¿Y a qué crees que he venido? Voy a estudiar y a trabajar a favor de obra. ¡Contad conmigo como cuñadísima falsa!

—No, necesitamos para nada una cuñada falsa —zanjó Mateo.

—¡Te equivocas! —protestó Lola—. Tenemos que organizar unas salidas tranquilas para que vean que Irene está integradísima en la familia.

—Lola...

—¡No se hable más! Así todos ganamos —habló Lola, sin dejar de mirar al jardinero—. Yo desde luego no pienso moverme de aquí y más ahora que acabo de conocerle. ¿Habéis visto lo que acaba de hacer?

—Está podando los setos —respondió Mateo, borde.

—No. Está haciendo magia —le corrigió Lola—. No puedo definirlo de otra manera. Y luego es tan guapo... ¿Me lo puedes presentar, Irene?

—¿A quién quieres que te presente? —inquirió Mateo, para que se dejara de tonterías.

—Tú puedes llamarlo mi futuro problema —respondió Lola.

Mateo bufó y comprendió que cualquier esperanza de tranquilidad que tuviera se acababa de desvanecer...

Capítulo 9

Cuando faltaban unos minutos para las dos, Irene estaba respondiendo un correo a un cliente, aunque realmente la cabeza la tenía en otro sitio.

Llevaba así toda la mañana, intentaba concentrarse, pero era muy difícil después del desayuno con Mateo.

Mateo.

Volvió a repetir su nombre una vez más y justo entonces entró un mensaje.

Cogió el móvil que estaba sobre la mesa y sonrió incluso antes de leerlo.

Era él.

Hola. A Lola le ha entrado antojo de pizza. He visto que hay un italiano cerca de la villa. Si te apetece venir...

Irene tenía en la nevera de la oficina una ensalada de pollo del día anterior que pensaba comerse. Pero luego volvió a mirar el mensaje y pensó que no había color.

¡La pizza siempre me apetece!

La respuesta llegó al instante:

Perfecto. Te mando ubicación.

Al momento apareció el mapa y a Irene se le puso tal cara que Milda se lo olió:

—El futbolista.

—Sí, pero no.

—¿Cómo que sí pero no?

—Que está todo bien, que no hay peligro. Voy a comer pizza con él y con su hermana. Todo de *chill*.

—Muy *chill* sí. Se te ve super *chill*. Cuídate y te quiero aquí a las cinco en punto.

—¡Como un clavo, Mil!

—Sabes que odio que me llamen Mil.

—Ya, pero a veces se me olvida.

—¿Dónde tendrás la cabeza? ¡No respondas! ¡Ya lo sé!

Irene sonrió y se fue directa al cuarto de baño. Se retocó y salió pitando en la Vespa a la pizzería.

No la conocía y le pareció que era una preciosidad. Tenía paredes blancas, madera clara, macetas enormes, buganvillas fucsias y el mar brillando detrás de la terraza.

Mateo y Lola estaban esperándola junto a la entrada.

Lola la saludó agitando los brazos como si llevaran meses sin verse. Mateo simplemente sonrió y a Irene le pareció más que suficiente.

—¡Hola, chicos!

—¡Hola! Has venido —dijo Mateo, que no podía dejar de sonreír.

—Pues claro que ha venido, tonto. ¿No ves que está aquí? —bromeó Lola.

—Me encanta la pizza. ¿Cómo no iba a venir?

—Nadie rechaza una margarita —soltó Mateo.

—No solo es la margarita —insinuó Lola.

—Ah, ¿no? —replicó Mateo.

—Tío, paso de explicártelo —respondió Lola.

Mateo miró a su hermana de una manera muy graciosa y durante un segundo Irene volvió a olvidar que aquel hombre era famoso, que estaban fingiendo una relación y que ella llevaba años enamorada de él.

—Mejor entremos —dijo Mateo.

Lola se puso en medio de ellos, les cogió de las muñecas y les forzó a darse la mano:

—Vosotros de la manita. ¡Si lo estáis deseando!

Irene no sabía dónde meterse, Mateo tampoco pero carraspeó y afirmó tras agarrar la mano de Irene:

—En esto tienes razón.

—¡Lo sabía! ¡Lo estabas deseando! —exclamó Lola.

—Tienes razón en que tenemos que dar la imagen de pareja.

—Sí, sí, lo que tú digas —farfulló la hermana.

Lola se metió en el restaurante. Ellos fueron detrás de ella, de la mano, y entonces ocurrió.

Lola se quedó parada de repente y habló como si acabara de ver un fantasma:

—No puede ser.

Mateo se colocó a su lado y preguntó extrañado:

—¿Qué pasa?

Lola señaló a alguien con un gesto de la cabeza y Mateo lo vio.

Irene se fijó en que caminaba hacia ellos un hombre con absoluta tranquilidad y seguridad, de unos treinta y cinco años, alto, moreno, perfectamente peinado, atractivo, con la camisa remangada y la sonrisa de italiano peligroso.

—¡Hola, Lola! —saludó cuando estuvo frente a ella.

Lola se llevó la mano a la boca y solo pudo exclamar:

—¡No me lo creo! ¿Qué haces aquí?

Se saludaron y él respondió sin quitarle la vista de encima:

—Yo estaba preguntándome exactamente lo mismo.

Mateo dio un paso más y saludó a ese hombre sin mostrar demasiada efusividad.

—Michele.

—Mateo.

Y se estrecharon las manos de un modo que parecía más un pulso que un saludo.

Luego, le presentó a Irene y después habló Lola:

—¿Qué haces en Ibiza?

—La pregunta correcta es qué haces tú en mi restaurante.

—¿Esto es tuyo? —replicó Lola, alucinada.

—Este y otro.

Michele no pudo seguir hablando porque en ese momento apareció otro hombre. El socio de Michele, que era más bajo, más robusto y con una sonrisa enorme:

—¡Lola!

—¡Salvatore! —gritó Lola, abrazándose a él.

—¿Cómo estás?

—¡Ya me ves! ¡Divina como siempre! ¿Y tú? ¿No te ibas a volver a Siracusa?

—Me ha enredado Michele en este nuevo proyecto. ¡Y es un exitazo!

Salvatore saludó a Mateo. Y este ni se molestó en disimular que no le agradaba para nada ese encuentro y, a regañadientes, le presentó a Irene.

Segundos después, Salvatore se disculpó con una sonrisa porque le acababa de entrar una llamada.

Sacó el móvil, se alejó unos pasos y los demás escucharon perfectamente cómo decía:

—Sí, soy yo.

Acto seguido, hubo una pausa.

—No, no. Ese pedido entra esta noche.

Mateo levantó una ceja.

—Sí, pero que no os vea nadie descargando por la puerta principal.

Mateo se envaró y entornó la mirada, como si así pudiera escuchar mejor.

—Entrad por detrás, como siempre.

Lola siguió hablando con Michele y con Irene, pero Mateo no perdía ripio:

—No, el blanco va arriba.

Mateo tragó saliva.

—Y las piezas grandes las escondéis debajo.

Mateo miró lentamente a Michele, a ver si reaccionaba, pero seguía tan tranquilo.

—No, no quiero ni una sola caja rota. Si alguien pregunta, aquí no ha llegado nada.

Mateo carraspeó.

Salvatore terminó la llamada, guardó el teléfono y volvió sonriendo.

—Perdonad. Los proveedores.

Mateo lo señaló con el dedo.

—Una pregunta.

—Dime.

—¿Qué demonios descargáis por detrás?

Salvatore lo miró y respondió como si fuera algo de lo más habitual:

—Mozzarella.

Mateo frunció el ceño, porque seguía sin creérselo:

—¿Mozzarella?

—Sí.

—¿Y las piezas grandes?

—Las hormas de parmesano.

—¿Y por qué las escondéis debajo?

—Debajo de las cajas de tomate. Si no, se aplastan.

Mateo se quedó callado y Lola empezó a reírse.

Michele negó con la cabeza.

—Siempre piensa que somos mafiosos —le contó a Irene.

—Porque habláis demasiado raro —se justificó Mateo.

—Hablamos de queso.

—Pues parece otra cosa —murmuró Mateo.

—La última vez en Italia creyó que estábamos traficando —recordó Michele.

—¡Porque dijiste que había que mover quinientos kilos sin levantar sospechas!

—Eran quinientos kilos de harina.

—Eso no lo aclaraste.

—Pensé que era evidente.

—No lo era.

Todos se rieron menos él y cinco minutos después estaban los tres sentados en la mejor mesa del restaurante.

Una con sombra, brisa, vistas al mar y una pizza pasando por delante de ellos cada treinta segundos.

Irene percibió la incomodidad de Mateo y comentó como la que no quiere la cosa:

—A Michele y a Salvatore... ¿los conocéis de Italia?

—Michele es mi ex —dijo Lola.

Mateo resopló, porque se temía lo que venía después.

—No estoy para escuchar historias larguísimas que ya conozco.

—Tú sí, pero Irene no. Verás —explicó Lola, acomodándose en la silla—. Cuando Mateo se fue a Italia, yo me marché con él.

—A estudiar Derecho. El plan era estudiar —puntualizó Mateo.

—Sí.

—Pero luego hiciste muchas más cosas que estudiar.

—Porque Italia es un país muy completo.

—Sí, seguro que fue por eso.

—Tiene cultura, historia, gastronomía, playas...

—Y chicos —añadió Irene.

—¡Eso lo que más! —exclamó Lola.

Irene soltó una carcajada y Lola la miró divertida:

—Gracias por entenderme.

—No la animes —pidió Mateo.

—Mi hermano no paraba de decirme a todas horas que como suspendiera me volvía a Rascafría y eso ayudó a que estudiara a ratos. Porque Italia tiene algo... ¿Has estado, Irene?

—Un par de veces.

—Entonces, lo sabrás. La vida se vive de otra manera, más intensamente y es tan fácil enamorarse que me dio por las relaciones abiertas. Era un desperdicio quedarse con uno, cuando había tantos chicos increíbles.

—Es todo muy normal —ironizó Mateo.

—Tú es que eres muy convencional. Yo no. Y tú Irene tienes pinta de que te enamoras de uno y vas a piñón con él. Me da que lo tuyo es amar para toda la vida. ¿Me equivoco?

Irene agradeció que apareciera el camarero para tomar nota de las bebidas porque así se libró de responder.

Pero no fue así, porque en cuanto el camarero se fue, Lola continuó:

—Supongo que las relaciones abiertas no son lo tuyo.

—No.

—¿Eres tipo pingüino, con una sola pareja para toda la vida? —insistió Lola.

—Me da que sí —respondió Irene.

—¿Nunca se te ha pasado por la cabeza tener relaciones abiertas? —quiso saber Lola.

Mateo estaba tan intrigado que se inclinó un poco esperando la respuesta.

—Ni de broma —contestó Irene, tajante.

—Te pega mucho —replicó Lola.

Cómo no iba a pegarle, pensó Irene, si tenía la foto de su hermano pegada en la nevera desde la noche de los tiempos.

Claro que en su lugar lo que comentó fue:

—Creo que existe un amor para toda la vida.

—Es bonito. Reconozco que bonito... es bonito —reconoció Lola.

—Y sé que está aquí —remató Irene.

Lola se frotó las manos y replicó divertida:

—¿Aquí? ¡Es Mateo! ¡No puede ser otro!

Mateo estaba que no salía de su asombro, mientras Irene trataba de justificarse:

—Aquí, lo que se dice aquí mismo no. Quiero decir... aquí, en este universo.

Lola se rio y Mateo también, aunque mucho menos.

—Ah, te refieres al universo. Ya. Pero ¿cómo es tu pareja ideal? —preguntó Lola, que siguió presionando.

El camarero llegó con las bebidas, las sirvió y Lola le apremió a Irene para que respondiera la pregunta que se había quedado en el aire.

Irene bajó la vista al vaso, para evitar la mirada de Mateo que escuchaba con una atención increíble, y describió a su hombre ideal así:

—Buena persona, trabajador, protector, familiar, responsable, divertido...

Vamos, que describió a Mateo.

Lola pegó un manotazo cariñoso a su hermano en la espalda y exclamó:

—¡Aquí tienes a tu hombre!

Mateo protestó con una especie gruñido y le pidió encarecidamente:

—Deja de decir tonterías, por favor.

Si bien Lola insistió y le aseguró a Irene:

—¡Tú hombre es clavadito a mi hermano! Bueno, realmente, solo te ha faltado añadir que sea un poco gruñón para que sea un calco.

—Gracias por lo de gruñón.

—Lo eres, pero en las distancias cortas eres un capibara de peluche.

—¿Un capibara? —repitió Mateo.

—Eso es.

—¿No has encontrado un animal más ridículo? —refunfuñó Mateo.

—¡Es adorable! Y es como te veo... Entonces, Irene, cuéntame: ¿tú nunca has sido enamoradiza?

—No. Cuando me enamoro, me centro en esa persona. Para mí el resto desaparece.

—A mí nunca me había pasado eso, hasta que conocí a Michele.

Lola señaló a Michele que estaba hablando con unos clientes al otro lado del local.

—Y no le conoció en una biblioteca —ironizó Mateo.

—Michele tiene treinta y cinco años, ya había dejado la universidad hacía tiempo. Cuando le conocí, yo estaba con varios a la vez, pero al poco los dejé a todos y empecé una relación cerrada con Michele. Me enamoré hasta las trancas o eso creía en ese momento. Él era muy apasionado, muy fogoso, muy entregado... Fueron seis meses increíbles, pero no pudo ser. Michele quería casarse y tener hijos ya mismo.

—Desde el primer día te lo advertí. No sé qué hacías con un tío que tenía muchos más años que tú.

—Solo catorce —le recordó Lola.

—Y todavía te parecerán pocos.

—Lo importante es cómo son las personas por dentro. Y Michele es pura vitalidad.

—Estaba tan lleno de vida que se pasaban las noches de fiesta —contó Mateo.

—Mateo cogió un día por banda a Michele y le pidió que me dejara en paz. Hasta se pensaba que era un mafioso porque es muy generoso y me hacía regalos carísimos. Bueno, lo cierto es que lo sigue pensando. Ya has visto antes —murmuró Lola.

—No me fío. Por mucho que digan no me fío. Y te recuerdo que tú fuiste a Italia a estudiar, no a quemar la ciudad.

—Salíamos mucho, pero cumplíamos.

—Cumplías tanto que te quedaron casi todas para septiembre.

—¡Y las aprobé! Como lo haré también este año. Y Michele es festero, pero muy trabajador. Es ideal, lo que pasa es que quería un compromiso muy serio para el que no estaba preparada. Yo soy aún muy joven y tengo que vivir mucho. Me agobié y le dejé. Lo que ocurre es que él sigue enamorado de mí, me dijo que no me iba a olvidar nunca y que siempre va a estar para mí. Uy... Voy a callarme que viene...

Michele apareció junto a la mesa con una libreta en la mano y una sonrisa profesional que se volvió un poco menos profesional al ver a Lola.

—¿Os tomo nota, amigos? ¿Lo tenéis ya?

—Yo sigo intentando entender la mitad de las palabras —reconoció Irene.

—Dime qué no entiendes.

—Mejor recomiéndonos algo —le pidió Lola.

—Os recomiendo la burrata. La traemos de Italia. Y pizza. Un clásico, pero es la mejor. El tomate es San Marzano. La mozzarella llega dos veces por semana y la piedra del horno la trajimos expresamente de Sicilia.

—¿De Sicilia? —repitió Lola, sorprendida.

—Del Etna.

—¿Y eso se nota? —preguntó Irene.

—Claro que se nota.

—¿En qué? —inquirió Mateo, incrédulo.

—En todo.

—Eso no explica nada —replicó Mateo.

—Porque hay cosas que no se explican. Se sienten —aseguró Michele, llevándose la mano al pecho.

—Madre mía —murmuró Lola, que le echó una miradita a Irene como diciendo: «así es de intenso».

—Nápoles es así —masculló Michele, sacando pecho.

Lola asintió y le preguntó con un dedo apoyado en la sien:

—¿Y por qué acabaste montando un restaurante en Ibiza?

Michele se encogió de hombros y respondió:

—Porque es el lugar perfecto para crecer. Mucha gente, mucho turismo, mucho dinero, oportunidades...

—¿Y vas a pasarte el verano en Ibiza? —quiso saber Lola.
—Sí —respondió con cierta desgana.
—Eso ha sonado poco convincente —apuntó Lola.
—Porque nada es como Nápoles.
—¡Ya estamos! —soltó Lola, risueña.
—El aire es distinto.
—El aire es aire en todas partes —dijo Mateo, borde.
—No, en Nápoles es mucho mejor.
—Es su Nápoles. Él lo vive así —comentó Lola.
—No es que yo lo viva así, es que el sol napolitano es distinto —afirmó Michele como si no hubiera más verdad que esa.
—Es el mismo sol en todas partes —insistió Mateo.
—No es el mismo. Nada es lo mismo. —Michele hizo una pausa—. Ni las papeleras.
—¿Las papeleras también son especiales?
—Las papeleras de Nápoles son las mejores del mundo.
—¡Estás fatal! —murmuró Mateo.
—Eso dicen algunos, yo solo digo la verdad. ¿Entonces, marchamos lo que os he dicho?
Le dijeron que sí, Lola sonrió mientras él anotaba y le preguntó:
—¿Y qué tal va el restaurante?
—Muy bien. Muchísimo trabajo.
—Pareces cansado.
—Un napolitano siempre está cansado —reconoció Michele.
—Eso no vende mucho el negocio —opinó Mateo.
—Se cansa, pero siempre está trabajando —apuntó Lola.
—Y si esto fuera mal, haría otra cosa —aseguró Michele.
—¿Así de fácil? —inquirió Mateo, tras dar un sorbo a su copa de agua.
—Claro.
—¿Y si tampoco funcionara?
—Pues otra cosa.
—¿Y después?
—Otra.
—¿Y después? —insistió Mateo, desafiándole cada vez más con la mirada.

—Otra.

—Empiezo a detectar un patrón.

Michele sonrió.

—Porque un napolitano siempre lucha.

Lola lo observó unos segundos y no pudo evitar soltar:

—¿Lo dices también por mi corazón?

La sonrisa de Michele se suavizó.

—También.

Ella bajó la vista.

—Michele...

—Un napolitano cuando da el corazón, lo da para siempre.

Lola sintió una pequeña punzada de culpa.

—Lo siento.

—No tienes que sentir nada.

—Sí que tengo.

—No.

Michele negó despacio.

—Tú decidiste. Y yo respeto tu decisión. Siempre la he respetado.

—Gracias.

—Además, me alegra verte tan bien.

Durante unos segundos se quedaron mirándose. Entonces Michele cerró la libreta y antes de irse lanzó una propuesta:

—Esta noche vamos al Ushuaïa a ver a Calvin Harris. Tenemos mesa, si queréis venir...

Lola ni se lo pensó, se le iluminó la mirada y exclamó:

—¡Por supuesto que voy! ¡Y estos dos también!

Mateo por poco no se atragantó y se apresuró a aclarar:

—Nosotros nada de fiestas, ni de discotecas, ni de problemas, ni de titulares.

—Por un día no va a pasar nada —dijo Lola, entusiasmada—. ¡Una fiesta y ya está! Para matar el gusanillo. Luego, me escribes, Michele, y ya me dices dónde quedamos.

En cuanto Michele se fue, Lola le contó a Irene:

—Ahí donde le ves a Michele tan trabajador y centrado, cuando se divierte es imposible seguirle el ritmo. ¡Monta unos fiestones que ni imaginas! ¡No te lo pierdas, porque tú no sabes lo que este hombre!

—¿De verdad que vas a quedar con él? —preguntó Mateo, atónito.

—¿Por qué no? Es mi amigo y le tengo mucho cariño.

—Sigue enamorado de ti. Y seguro que ha montado el restaurante en Ibiza porque sabe que es donde veraneas.

—A lo mejor sí. Pero tiene buen encaje y es una buena persona.

—Esa es tu opinión —repuso Mateo, con cara de contrariedad—. Y que te quede claro que nosotros no vamos a ir a fiestas ni a nada. Hay que estar tranquilos.

—No va a pasar nada por ir un rato a ver a Calvin Harris —insistió Lola—. El concierto dura hora y media y luego para casa.

—Las otras veces tampoco iba a pasar nada —dejó caer Mateo, en un tono de reproche.

—Te agradezco que te preocupes tanto, pero mi vida es solo mía. Y Michele es historia. Así que hablemos de otra cosa más actual: Archi.

—¡No me lo puedo creer! —farfulló Mateo, llevándose la mano a la cara.

—Calla, que necesito que Irene me cuente.

—Dime —le dijo ella.

—Necesito saber algunas cositas sobre él. Por ejemplo, así para empezar: si es jardinero vocacional, si trabaja todo el año o solo es algo estacional, si estudia, si tiene pareja, si vive cerca, su edad, si gusta el mar, si lee, si cocina, si tiene perro, si cree en las señales... ¡Cuenta, *cuñi fake*! ¡Cuenta!

Mateo bufó desesperado y miró a Irene con cara de la que nos ha caído...

Capítulo 10

Mientras el sol empezaba a esconderse sobre Ibiza, Mateo terminaba la última llamada del día estirando la pierna sobre la esterilla del salón.

Al otro lado de la línea estaba Dani Cabrera, su preparador físico y amigo desde que ambos compartían vestuario en categorías inferiores.

Los dos habían soñado con llegar juntos a Primera División, pero una lesión de rodilla cuando Dani apenas tenía dieciocho años lo obligó a cambiar las botas por la preparación física.

Ahora trabajaba readaptando deportistas de élite y era una de las pocas personas en las que Mateo confiaba ciegamente. No solo conocía cada una de sus cicatrices físicas, sino también las que nunca salían en los periódicos.

—¿Qué tal con la fisio? —preguntó Dani.

—Mucho mejor. Hemos trabajado estabilidad y cambios de apoyo y cada semana noto el tobillo más seguro.

—No tengas prisa.

—No la tengo. Aunque te confieso que empiezo a sentirme futbolista otra vez.

—Te acabo de mandar una tabla nueva de ejercicios. Vamos a aumentar la carga poco a poco. Si todo sigue como hasta ahora, vas a llegar perfecto al inicio de temporada.

—Cada día lo veo más cerca y... Espera, por favor...

Mateo no pudo seguir hablando porque le entró un mensaje de Lola que leyó al momento:

Necesito que vengas al Ushuaia. Me ha pasado algo terrible.

Mateo leyó el mensaje otra vez y resopló tanto que Dani se preocupó:

—¿Ha ocurrido algo?

—Lola.

—¿Qué ha hecho esta vez?

—Dice que vaya al Ushuaia, que le ha pasado algo terrible.

—¿Cómo?

—Voy a enterarme. Luego hablamos.

—Espero que no sea nada.

Mateo marcó el número de Lola que aceptó la llamada al primer tono:

—¡Mateo!

—¿Qué ocurre?

—¡He perdido la falda!

Mateo bufó porque no sabía cómo se las apañaba su hermana que siempre lograba sorprenderle.

—¿Cómo que has perdido la falda?

—Pues lo que oyes. He entrado al local y cuando iba en dirección a la mesa de Michele, se me ha enganchado la falda con algo, he pegado un tirón, la falda se ha caído al suelo y hay tanta gente que ha desaparecido.

—Es imposible que desaparezca una falda. ¡No me fastidies!

—Me he agachado, me he puesto a palpar el suelo y nada. Le han debido dar una patada y lo mismo anda por Formentera.

—¡No puede ser! —exclamó Mateo, sin dar crédito.

—Como te cuento.

—Y ahora, ¿dónde estás?

—Pegada a una pared.

—¡No estoy para bromas! —farfulló Mateo.

—¡Te estoy hablando en serio! Llevo un tanga hilo dental y no quiero cruzarme medio Ushuaia enseñándole el culo a todo el mundo. Y mucho menos presentarme así delante de Michele. Le generaría expectativas.

Mateo se llevó la mano a la frente.

—Lola...

—¿Me vas a echar la bronca? Porque no creo que sea el momento. ¡Ven a buscarme!

Lo siguiente que escuchó fue un ladrido y, después, a su hermano gritar:

—¡Ay! ¡Serás cabrón!

—¿Qué ocurre?

—Tu maldito gremlin me acaba de morder el tobillo.

—¡Bien por mi bebé! —gritó Lola.

—No celebres eso.

—Mi bebé sabe que su mami está en apuros y es su forma de decirte que muevas el culo. ¡Ven, ya!

—¿No le puedes pedir a alguien una toalla o algo? Esas situaciones seguro que están previstas —supuso Mateo, apelando a la sensatez.

—Me niego a ver el concierto con una toalla enroscada en la cintura. ¡No voy a poder bailar ni moverme!

—No puedo aparecer por allí.

—¿Me vas a dejar tirada en tanga?

Mateo se quedó callado un segundo y respondió:

—Sabes que no.

—¡Por eso eres mi hermano favorito! —exclamó Lola, lanzando un gritito.

—Ojalá tuviéramos más hermanos y les cayera a ellos el marrón.

—¿Y lo bien que te lo pasas conmigo? Le voy a pedir a Michele el QR de las entradas.

—No —le exigió Mateo, espantado.

—¿Seguro? ¿Y cómo vas a entrar?

—Ya me busco yo la vida.

—¡Te quiero, *bro*!

—Ya...

Mateo colgó porque además le estaba entrando una llamada de Sergio:

—¡Buenas! ¿Cómo va todo? Acabo de ver unas fotos que os han hecho comiendo en una pizzería con tu hermana. Han quedado bonitas y muy familiares. Así sí.

—Pues voy a tener que ir al Ushuaia esta misma noche. Ya sé que dijimos que nada de fiestas. Pero no me queda otra.

—¿Qué? —replicó Sergio, seguro de que no había escuchado bien.

—Lola ha perdido la falda.

—¿Me estás tomando el pelo?

—Ojalá.

—Escúchame. Ve, rescátala y sal de allí cuanto antes. Si alguien te reconoce, que sea con Irene. Nada de fotos solo. Nada de alcohol.

Nada de bailar encima de una mesa. ¿Estamos?

Mateo fue a cambiarse de ropa y cuando estaba casi listo recibió la llamada de Julio Sanz, periodista y amigo suyo desde que debutó.

—¡Mateo! ¿Cómo va la vida?

—Me pillas con muchas prisas.

—No te preocupes. Hablamos en otro momento. Solo quería comentarte que parece que tienes novedades sentimentales. ¡Se te ve muy bien! ¿Quién es la chica?

Mateo dudó un instante y repitió exactamente la versión que Sergio había preparado.

—Se llama Irene. Trabaja en una empresa de alquiler de villas. Nos conocemos de hace un par de veranos.

—No me habías comentado nada de ella.

—Bueno, soy muy reservado para mis cosas. Ya sabes. Ella y yo hemos estado hablando todo este tiempo, y últimamente hemos descubierto que hay algo más.

Mientras hablaba Mateo sintió un pequeño pinchazo de culpa. No le gustaba mentir y menos a Julio, pero estaba convencido de que más adelante acabaría entendiendo por qué tuvo que hacerlo.

—Me alegro por ti. Se te ve tranquilo.

—Lo estoy. Pero tengo que dejarte porque mi hermana está metida en otro lío.

—¿Otro lío? —preguntó Julio, sin que le extrañara para nada.

—Ha perdido la falda en el Ushuaia y me voy para allá.

Julio se echó a reír y luego exclamó mientras Archi no paraba de ladrar:

—¡Cómo es nuestra Lola! ¡Nunca decepciona!

Mateo se despidió de su amigo, se terminó de vestir y lo siguiente que hizo fue llamar a Irene.

Ella, al ver que le llamaba, se levantó del sofá y se humedeció un poco los labios:

—¡Hola, Mateo! Dime... ¿Cómo estás?

—Más o menos. Mi hermana acaba de llamarme, ha perdido la falda en el Ushuaia y está con el tanga pegado a una pared.

—Ja, ja, ja.

—Esto es...

—Perdona que me ría.

—No hay nada que perdonar. ¡Esto es un chiste! Tengo que llevarle una falda, pero no quiero que me vean entrando solo en una fiesta. Lo he hablado con Sergio y piensa como yo. Si hay que hacer una excepción, lo mejor es que parezca una noche de concierto con mi novia y...

Irene aceptó antes incluso de que terminara de hablar:

—¡Claro que voy!

—¿Y podrías conseguir dos entradas? —le pidió Mateo.

—Las mejores.

—¿Y una falda?

—Ja, ja, ja. Perdona, perdona... ¡Cuenta con la falda también!

—Muchas gracias. ¡Quita, aparta! ¡Fuera! —gritó Mateo, desesperado.

—¿Cómo?

—Es el perro de mi hermana. Está mordiéndome los zapatos. ¡Tengo que salir cuanto antes!

—Conmigo Archi es un amor.

—¡Lo es con todo el mundo, menos conmigo!

—Oye, ¿y cómo vamos? —quiso saber Irene.

—En tu Vespa. Es imposible aparcar allí.

—Pero no decías que...

—Ya, pero esto es una emergencia.

—¡Me visto y voy para allá! —replicó Irene, intentando disimular lo contenta que estaba.

—Gracias de verdad. No paro de molestarte y siempre eres amable, cuando esto excede bastante las funciones de una novia falsa.

—¡En Villas Sol y Luna somos muy flexibles con las funciones! —exclamó Irene, intentando sonar lo más profesional que pudo.

—Creo que me estoy tomando demasiadas libertades con el contrato.

—¡De verdad que no! ¡Y me encanta Calvin Harris!

Era verdad. Le encantaba Calvin Harris. Aunque la realidad era que habría ido igual, incluso si el plan hubiera consistido en acompañarlo a comprar tornillos en un polígono.

—¡Te espero entonces!

Colgaron e Irene llamó a Milda mientras sacaba del armario el vestido de lentejuelas que solía ponerse en Nochevieja y una falda roja de lunares.

—¡Buenas noches, Milda! Perdona que te moleste...

—Pues no lo hagas.

—Ya, pero es que necesito dos pases para la zona Vip del Ushuaia.

—¿Vas a verte otra vez con el futbolista? —supuso Milda.

—Es una emergencia.

—Lo vuestro va tan deprisa que vais a descarrilar antes de llegar a la primera estación.

—No va a pasar nada —aseguró Irene, con el corazón desbocado.

—¿En qué mundo vives? ¡Vas a pasar un rato pegada a tu *crush*, sudando, bailando, cantando y haciendo el idiota!

—Me ha pedido el favor de que le acompañe a llevarle una falda a su hermana.

—¡Es la excusa más peregrina que jamás he escuchado para invitar a alguien a un concierto!

—Es verdad. Su hermana ha perdido la falda.

—Mira, estoy metida en la piscina con un copazo intentando relajarme. No me rayes más. Te mando los códigos y mañana te quiero puntual en tu puesto de trabajo.

—¡Como siempre!

—¡Como siempre no! Que esta noche como te descuides pierdes la falda... y lo que no es la falda.

—Va a estar todo bien —dijo Irene en un tono que no le convenció ni a ella.

—No, no lo va a estar. Solo espero que no afecte a tu trabajo.

Irene colgó. Se vistió, se maquilló a toda velocidad y Maica apareció justo cuando ya se iba...

—¿Te ibas a ir sin decirme nada?

—Ahora iba a entrar a la cocina a contarte.

Maica la miró de arriba abajo y comentó divertida:

—Y hay mucho que contar, porque te llevas ropa de recambio.

—Es para Lola. Ha perdido la falda en el Ushuaia.

Maica estalló en una carcajada porque tampoco se lo creyó:

—¡Vaya invento más estúpido para sacarte otra vez de casa! Pero si has firmado un contrato: que te llame y listo. ¿Para qué tiene que inventarse estas historias? ¿Quién pierde una falda?

—Lola. Lo entenderás cuando la conozcas. Es muy divertida y muy de perder faldas. ¡Y me voy que no llego!

Irene llegó unos minutos después a la villa. Mateo la estaba esperando fuera con una gorra calada hasta las cejas, unas gafas oscuras y una sudadera con capucha.

Ella detuvo la Vespa justo delante de él y se quitó el casco.

—¿No crees que vas algo disfrazado? —preguntó risueña.

—Bastante —respondió Mateo, encogiéndose de hombros.

—Parece que vas a robar un banco.

—No puedo correr el riesgo de que me reconozcan. Me juego mucho.

Irene le tendió el casco de repuesto y le dijo:

—En el concierto la gente va a lo suyo. No te van a reconocer. ¡Sube!

Mateo obedeció y al principio apoyó solo las manos en el asiento de la Vespa, procurando guardar cierta distancia. Después, cuando Irene arrancó, y la moto dio el primer tirón, tuvo que sujetarse un poco mejor.

Ella sintió el roce de sus brazos. Y durante unos segundos dejó de escuchar el motor, el tráfico y el viento que le revolvía el pelo. Solo notaba que él estaba allí. Muy cerca.

Tanto que podía notar el calor de su cuerpo detrás del suyo.

Cada vez que la Vespa cogía un bache, él se pegaba un poco más y a Irene el corazón le daba un vuelco.

«Por favor, que haya muchos badenes», pensó, mientras se mordía el labio para que no se le escapara una sonrisa completamente boba.

Suspiró y procuró concentrarse en la carretera, aunque resultaba bastante complicado cuando el hombre del que llevaba media vida enamorada la sujetaba por la cintura con una naturalidad que amenazaba seriamente con fundirle las pocas neuronas que aún le seguían funcionando.

Lo peor era que Mateo ni siquiera parecía darse cuenta del efecto que tenía sobre ella.

O eso creía, porque él tampoco salió mucho mejor parado.

La cintura de Irene era estrecha y cálida bajo la tela ligera del vestido. Sus manos apenas la sujetaban, solo lo justo para no perder el equilibrio, pero aun así el contacto le resultaba sorprendentemente agradable.

El perfume de ella se mezclaba con el aire salado que llegaba del mar y, cada vez que Irene giraba ligeramente la cabeza para mirar el tráfico, un mechón de pelo le rozaba la mejilla.

Aquello era una tontería.

Solo iba sentado detrás de una chica en una Vespa.

Y, sin embargo, no podía evitar pensar que llevaba mucho tiempo sin sentirse tan a gusto.

«Concéntrate», se ordenó.

Pero le estaba costando bastante más de lo que estaba dispuesto a reconocer.

Quiso pensar que era la Vespa, la noche de verano o el aire del mar. Cualquier cosa menos Irene.

Lo cierto era que se sentía bien. Demasiado bien. Libre y feliz como no recordaba haberlo sido en mucho tiempo.

Estaba tan a gusto que no le habría importado pasarse la noche entera dando vueltas a la isla.

Por primera vez en mucho tiempo, no tenía prisa en ir a ninguna parte.

Lo que él ignoraba era que Irene estaba pensando exactamente lo mismo.

Pero llegaron al aparcamiento y la música ya retumbaba desde afuera.

Había mucha gente entrando sin parar, Irene sacó el móvil y buscó los códigos.

Llegaron al control y pasaron rápidamente.

Irene se sentía flotar.

Ni en sus mejores sueños podía haber imaginado que el día iba a acabar con una pulsera VIP en el Ushuaïa y al lado de Mateo Rivelles.

Pero ahí estaba.

Dentro por fin. Y con él de la mano.

Porque lo primero que hizo Mateo al entrar, además de ponerse la capucha, fue darle la mano como si fuera algo natural. Como si fueran pareja de verdad.

Se sentía tan bien así que no le soltó la mano ni cuando tuvo que coger el móvil.

Era Lola.

—¿Dónde estáis? ¡Va a empezar la actuación y yo en tanga! — exclamó a grito pelado.

A pesar del ruido y del follón, Mateo logró escucharla y respondió:

—Dentro.

—Estoy al lado de la columna enorme que ahora tiene las luces azules.

—¡Hay muchas columnas!

—¡La azul! Azul solo hay una.

Mateo localizó la columna y levantó una mano que los viera:

—¡Estamos aquí!

—¡Ya os veo! ¡Tú eres el único que va con el uniforme de famoso de incógnito!

Mateo se abrió paso entre la multitud sin soltar a Irene la mano. De vez en cuando giraba la cabeza para comprobar que seguía detrás de él y ella, cada vez que él la miraba, le sonreía.

No podía creerlo. Mateo parecía estar pendiente de ella porque le nacía, no porque el contrato lo dijera.

Así llegaron hasta el lugar donde Lola seguía pegada a la pared, sin moverse ni un centímetro.

—¡Me ha pasado de todo en la vida, pero esto es la primera vez!

Irene sacó la falda del bolso y se la tendió:

—Es la que creo que va más con tu estilo.

—¡Ni tan mal! ¡Me chiflan los lunares! ¡Y además queda perfecta con la camiseta que llevo! ¡Sois mis salvadores! ¡Gracias, chicos!

Y, en un arrebató de gratitud y felicidad, no se le ocurrió nada mejor que plantarle la falda en la cabeza a su hermano.

—¿Qué haces, loca? —chilló Mateo, sin ver nada.

—¡Como gorrito también te queda bien! ¡Otro día que te la preste Irene! ¡Así no te tienes que asar de calor con la capucha de la sudadera esa!

Mateo se quitó con rabia la falda y entonces vio que las chicas estaban muertas de risa.

—Póntela tú mejor y deja de incordiar.

Lola se puso la falda y las luces se apagaron...

La actuación estaba a punto de empezar.

—¡A la zona Vip! ¡Vamos!

Lola se echó a correr y ellos fueron detrás mientras Mateo le decía a gritos:

—No pienso compartir mesa con los italianos. ¡Nosotros vamos a la nuestra!

—¡Como quieras!

Accedieron por fin a la mesa, que estaba a escasos metros de la de Michele.

Desde allí llegaban las risas y vieron cómo levantaba la copa al ver a Lola.

Ella respondió con un saludo exagerado y Mateo se puso de los nervios.

—Ya está. Esta se va a quedar con ellos toda la noche.

Y así fue.

La actuación empezó y Lola acabó sentada con Michele y toda la panda de italianos.

Cantaban absolutamente todas las canciones, aunque no se supieran la letra, tocaban silbatos, brindaban cada cinco minutos, hablaban todos a la vez, se abrazaban como si llevaran veinte años sin verse y hacían más aspavientos que el propio Calvin Harris con los brazos.

Uno agitaba una servilleta blanca sobre la cabeza, otro intentaba enseñar a bailar a un grupo de inglesas y un tercero convenció a media mesa para hacer un brindis que nadie entendió muy bien, pero que terminó con todo el mundo gritando:

—¡Salute!

Lola se había integrado por completo.

Reía, bailaba y gesticulaba exactamente igual que ellos.

Mateo contempló la escena resignado, entre bufidos:

—Cinco minutos y ahí la tienes soplando el pito.

Irene lo miró.

—¿Qué?

—Cinco minutos y Lola ya es una más. Ahí la tienes con el silbato.
No me gusta nada esa gente.

—Parecen majos —opinó Irene.

—Es lo que quieren que pienses.

—¿De verdad que crees que son mafiosos?

Mateo se tapó la boca con la mano, por si los supuestos mafiosos sabían leer los labios y respondió:

—Contraté un detective hace meses.

—¿En serio?

—No encontré nada.

—Entonces, ¿por qué desconfías de ellos?

—Porque si no encontré nada es porque son muy buenos.

Irene rompió a reír, puesto que no veía peligrosa a esa gente:

—O porque de verdad que no tienen nada que esconder.

—¿De dónde sacan la pasta para tanto coche bueno, tanta fiesta, tanto reloj caro...?

—Los negocios parece que les van bien.

—Los restaurantes son tapaderas. Por eso se pasan el día enganchados al móvil.

—Hablando de pedidos de tomate, mozzarella y aceite de oliva. Al menos, fue lo que yo escuché.

—Hablan en clave. Como todos los mafiosos. Solo espero que no metan a Lola en líos.

—Eso ya está más complicado, Lola parece traer los líos de serie.

Mateo sonrió sin poder evitarlo y dijo:

—Creo que como tiene una familia muy normal y estructurada va buscando líos fuera.

A Irene le gustaba tanto cómo era Mateo que no pudo decir bien la siguiente frase:

—Y tú le sacas de ellos como buen *Caprichornio*.

—¿*Caprichornio*? ¿Eso qué es? ¿Una mezcla de capricho y unicornio?

—Capricornio —corrigió, risueña—. Siempre tan protectores...

Mateo sonrió al comprobar una vez más que esa chica no le veía como el resto y cuando iba a replicar algo, empezó a sonar uno de los temas más conocidos de Calvin Harris.

Todo el público levantó los brazos, Irene se arrancó a bailar y Mateo tras observarla unos segundos masculló:

—Gracias por haber venido.

—No tienes que darme las gracias —replicó Irene que dejó de bailar.

—Sí, porque me has salvado la noche.

—Ha sido un placer ayudarte. Y me encanta estar aquí.

Mateo la miró y se sorprendió a sí mismo preguntando:

—¿Conmigo?

Irene sintió que el corazón le daba un vuelco y se apresuró a precisar:

—Aquí... con Calvin Harris.

Mateo soltó una carcajada y en ese momento el tipo de la mesa de al lado se acercó mirándolo fijamente:

—Perdona...

Mateo bajó un poco la visera de la gorra y poniendo voz grave replicó:

—Sí.

—¿Tú eres Mateo Rivelles?

—No.

—Te pareces muchísimo.

—Me pasa a menudo. Pero yo soy Enrique y estoy con mi novia.

El hombre volvió a mirarlo, claramente poco convencido.

Mateo comprendió que, como hiciera una pregunta más, en menos de un minuto tendría medio Ushuaia alrededor pidiéndole fotos.

Tenía que hacer algo.

Y lo hizo.

Sin pensarlo siquiera.

Miró a Irene.

Ella todavía sonreía, ajena a lo que estaba a punto de ocurrir.

Mateo le pasó un brazo por la cintura y la atrajo hacia él.

Irene sintió que el mundo entero dejaba de moverse.

Lo miró a los ojos.

—Dime... —susurró ella, sin entender.

—Es por el contexto.

—Ya. El contexto —replicó Irene con un hilillo de voz y sin tener ni idea de lo que estaba hablando.

—Creo que hay que seguir.

—Vale —musitó Irene, por decir algo.

Mateo le clavó la mirada, acarició apenas la mejilla con el pulgar y, antes de que ella pudiera preguntarse qué estaba pasando, apoyó los labios sobre los suyos.

Fue un beso breve.

Lo justo para que cualquiera que estuviera mirando pensara que eran una pareja de verdad.

Pero también lo bastante largo para que Irene olvidara dónde estaba, quién cantaba sobre el escenario y hasta cómo se respiraba.

Cuando Mateo se apartó apenas unos centímetros, los dos tardaron un instante en volver a abrir los ojos.

El tipo de la mesa de al lado carraspeó.

—Perdona, Enrique. Me he confundido.

—No te preocupes —respondió Mateo, todavía con un brazo alrededor de la cintura de Irene.

Ya solos, ambos se quedaron mirándose.

Los dos tenían exactamente la misma pregunta en la cabeza.

¿Aquello había sido fingido?

La respuesta parecía tenerla Michele.

Desde la mesa de al lado levantó la copa hacia ellos con una sonrisa de oreja a oreja y brindó en silencio.

Mateo desvió la mirada como si aquello le diera vergüenza y, sin saber muy bien por qué, empezó a moverse al ritmo de la música.

—¿Estás bailando? —preguntó Irene, divertida.

—No.

—Mateo...

Él miró sus propios pies.

—Pues parece que sí.

Irene rompió a reír y se acercó un poco más.

Acabaron bailando frente a frente.

Luego cada vez más cerca.

Y, sin que ninguno de los dos recordara quién había dado el primer paso, terminaron moviéndose al mismo compás.

Unas canciones más tarde, Mateo notó que empezaba a darle demasiado calor su atuendo.

Se quitó primero la gorra.

Después las gafas de sol.

Por último, se desprendió de la sudadera y se la anudó distraídamente a la cintura.

—¿Mejor? —inquirió Irene.

—Un poco.

Pero no era verdad.

Porque el calor no tenía nada que ver con la noche de Ibiza.

Tenía que ver con ella.

Con su perfume.

Con la manera en que sonreía.

Con la cercanía de su cuerpo cada vez que la música los empujaba a encontrarse otra vez.

Irene levantó la vista y, por un instante, volvió a quedarse atrapada en aquellos ojos azules.

No recordaba haberlos visto tan de cerca.

Y tuvo la sensación de que, si seguían bailando un minuto más, volverían a besarse.

Pero esta vez sin necesidad de fingir nada, sin ningún tipo de duda...

Capítulo 11

Lola siguió la fiesta después del concierto de Calvin Harris y llegó a casa a las ocho de la mañana.

En cuanto cruzó la puerta del jardín se encontró con Archi trabajando y se le escapó un gemidito de admiración.

Madre del amor hermoso, pensó.

Archi estaba buenísimo.

Alto, moreno, con los ojos grandes y oscuros, cejas pobladas, nariz griega, mandíbula potente, la piel tostada por el sol y de un mazado que daba gusto verlo.

Llevaba una camiseta blanca tan ceñida que le marcaba hasta músculos cuya existencia Lola desconocía, un sombrero de paja algo desflecado y un pantalón corto de trabajo.

Y ni se percató de la presencia de Lola.

Estaba tan concentrado revisando el riego que ni se enteró.

—¡Buenos días! —lo saludó Lola.

Él se giró, saludó y siguió a lo suyo porque allí estaba trabajando. Por eso le pagaban y por eso estaba ahí. No para hablar con una loquita sexy que venía de marcha.

—¡Me gusta mucho tu sombrero! —exclamó Lola, con una sonrisa gigante.

—Gracias —replicó él y se puso a podar.

—No a todo el mundo le quedan bien los sombreros. Y más esos de ala un poco ancha y desflecado. Pero a ti sí.

—Gracias —murmuró sin dejar de trabajar.

—¿Dónde lo compraste?

—Me lo encontré en la calle.

Lola sonrió porque para ella eso solo podía significar una cosa:

—Te estaba esperando.

Archi dejó las tijeras de podar en el seto y preguntó arrugando el ceño:

—¿Cómo?

—El sombrero. Creo en esas cosas. El sombrero estaba ahí para ti. Las personas y los objetos aparecen en nuestras vidas siempre por alguna razón.

Archi pensó que lo que menos necesitaba en su vida era una loquita, *sexy* y mística y volvió a la poda.

—Creo que alguien lo perdió. No hay más.

—Tú eres muy racional.

—Y me va muy bien así.

Lola se fijó en ese amasijo de músculos en tensión y murmuró encantada:

—Ya lo veo. ¿Y qué tal el trabajo? ¿Se porta bien el palmerín?

—Palmito —le corrigió sonriendo apenas—. Estos días necesita más agua, porque el viento lo castiga bastante.

—Ah. Tu trabajo es muy interesante y necesario.

—Me encanta. Prefiero estar con las plantas que con las personas.

—Pero no estarás todo el día trabajando. ¿Cuándo te diviertes?

—Ahora. Las plantas es lo que me divierte. —Lola se rio y él intentó despedirse—: Si no te importa...

—Ya me voy.

Pero no se fue, porque tenía una pregunta más que hacer:

—¿Este verano no tienes vacaciones?

—Me lo voy a pasar trabajando. Tengo que pagarme el máster.

Lola sabía lo del máster porque se lo había contado Irene, pero prefirió hacerse la tonta y preguntar:

—¿Cuál?

—Estudié Ingeniería de Caminos y quiero hacer un máster en el IE.

—Esos cuestan un riñón.

—De momento, prefiero conservarlo y trabajar duro en Ibiza.

—Yo estudio Derecho. Me han quedado algunas, pero este verano voy a darle mucha caña.

Él le miró la pulsera Vip y no pudo evitar ironizar:

—Se ve.

Lola bajó la vista y se justificó convencida de ello:

—Solo pensaba salir un rato y la cosa se complicó. A veces me pasa. ¿A ti no?

—No salgo. Solo trabajo. Soy jardinero mañana y tarde y por la noche pongo copas. Luego, duermo seis horas en la caseta del perro que me ha dejado un amigo y al día siguiente lo mismo.

—¿Vives en una caseta de perro? —inquirió Lola, patidifusa.

—Un perro grande y pijo.

Tal vez porque escuchó la palabra «perro» con su oído supersónico, el perro Archi apareció de pronto, se lanzó encima del jardinero y empezó a hacerle fiestas.

—¡Le has caído bien!

—Será porque duermo en una caseta.

—No. ¡Es porque sois tocayos! Os llamáis igual.

—¿Tu perro se llama Archi?

—Sí. ¿No te parece una señal?

Archi miró al perro, luego a Lola y replicó:

—No. Es una casualidad como cualquier otra. No creo en las señales.

—Pues yo creo que indica que debemos tener una conexión a otros niveles.

El perro se volvió hacia la casa, él sonrió un poco y al momento volvió a ponerse serio porque esa chica era la típica rubita tsunami y lo mejor que podía hacer era alejarse:

—No tengo tiempo para ir a más niveles. Es lo que pasa cuando no eres un VIP —dijo señalando la pulsera.

—Yo soy una chica normal de Rascafría.

—He ido a tu pueblo muchas veces en bicicleta. Soy de Madrid.

—Lo sé —se le escapó a Lola.

—¿Lo sabes?

—O sea, sé que a los de Madrid os gusta subiros a mi pueblo en bicicleta —respondió para no decirle que Irene le había contado un montón de cosas sobre él.

—Y eres una chica tan normal que veranea en una villa de lujo —ironizó él.

—Estoy invitada. El dinero es de mi hermano. Yo solo me dejo querer. Pero soy de gustos sencillos. Disfruto más de unas patatas bravas en la plaza de mi pueblo que de un aperitivo gourmet en un local de moda.

Él no se creyó nada, pero asintió y cerró la conversación diciendo:

—Me parece muy bien. Si me disculpas, voy a seguir trabajando.

Le dio la espalda, cogió la manguera, empezó a regar y Lola se quedó ahí... mirándolo y pensando que no había nada más sexy que un tío con una manguera. Si bien lo que dijo en un tono soñador fue:

—Me encanta el olor a tierra mojada.

Él que creía que ella se había ido, giró la manguera y, sin querer, la mojó.

Los dos se quedaron quietos y él se excusó con un apuro tremendo:

—Perdona. Creía que te habías ido.

—No pasa nada —dijo ella, con el pelo chorreando.

—Lo siento.

Ella lo miró y pensó que era tal cañonazo que solo pudo mascullar:

—Me mojo entera. —Archi se quedó completamente rígido. Entonces Lola abrió muchísimo los ojos y corrigió al instante—: O sea que está tan fresquita que no me importa que me mojes entera.

Él se mordió los labios para no troncharse y replicó:

—No puedo. Soy de los que siguen las normas y dicen que no puedo regar a los clientes.

Ella se retiró un mechón de pelo mojado, muy digna y le advirtió:

—Ya se te abrirán las entendederas, Archi, y ese día te invitaré a un helado para celebrarlo.

Lola se dio la vuelta, se metió en la casa, Archi la siguió con la mirada y sonrió muy ligeramente.

Cuando entró en casa, se encontró con Mateo que estaba con el móvil en la mano.

—¡Buenos días! —canturreó ella.

Mateo levantó la cabeza y replicó con un cabreo tremendo:

—Buenos días serán para ti. ¿Y por qué vienes así?

—¿Así cómo?

—Con el pelo mojado y esa cara de flipada. ¿Te han obligado a consumir algo esos impresentables?

—Pero si sabes que soy antidrogas. Me chuto con la vida. Y Michele igual.

—Eso dirá él. No me creo nada.

—Pues yo sí. Y el pelo me lo ha mojado el jardinero —confesó Lola, con una sonrisita.

—Voy a pedir que nos cambien de jardinero. Más que nada por el bien de él.

—Deja, que es muy buen chico, muy estudioso y trabajador. Está feliz en la villa con su palmerín.

—¿Qué palmerín?

—Ese que hay fuera. ¿Y a ti qué te pasa? ¿Por qué estás que muerdes?

Al escuchar la palabra «muerde», Archi salió de no se sabía dónde y le metió unas buenas tarascadas a Mateo en el tobillo.

—¡En el tobillo lesionado no, maldito gremlin!

Lola se fue corriendo a por su bebé, lo cogió en brazos y le dijo:

—¡Deja tranquilo al tío Mateo, que no te merece!

—Ahora el malo seré yo —refunfuñó Mateo.

—Eres muy malo con mi bebé.

—Uf. ¡Me tienes contenta! Sergio acaba de mandarme unas fotos que acaba de publicar el periódico deportivo que me sacó con el gorro de brócoli en la cabeza.

Mateo las buscó, se las enseñó y ella soltó una carcajada. Incluso Archi, el perro, ladró de un modo que parecía que se tronchaba también.

—¡Te queda genial la falda! —exclamó Lola, divertida.

—¡Esto ha sido todo por tu culpa!

—Perdona, las fotos no las he hecho yo.

—¿Para qué me pusiste la falda en la cabeza?

—Era una gracia como otra cualquiera.

—Por tu gracia, ya no soy el del brócoli. ¡Ahora soy el que se va de fiesta y se planta una falda en la cabeza!

—Lo encuentro gracioso —dijo ella, encogiéndose de hombros.

—Pero ¿tú qué pretendes? ¿Arruinarme la vida?

—Respira, anda, respira.

Mateo en vez de respirar hondo, explotó con la vena del cuello hinchada:

—¡Estoy harto de ti, Lola! Lo mejor que puedes hacer es volverte a Rascafría. ¡Pero ya!

—No me puedo ir porque estoy enamorada.

—¡No me jodas que te has vuelto a liar con Michele!

Lola negó con la cabeza, como si la sola idea fuera disparatada.

—No. Michele es un amigo —precisó Lola—. Me he enamorado del jardinero, lo que te viene genial, porque así saldré poquito de casa. Como viene por las mañanas y por las tardes, voy a estar aquí disfrutando de cómo riega y cómo poda.

—¿Y cuándo piensas estudiar?

—En los ratos que él no riegue.

—¡A ti lo que no te riega es el cerebro! —soltó Mateo, de los nervios.

—No me mandes a Rascafría, por favor. ¡Te prometo no volver a ponerte más cosas en la cabeza!

—Más te vale. Lo que no entiendo es cómo se enteraron que estaba allí. O sí... —Mateo de pronto tuvo una corazonada—: ¡Ha debido ser Michele! Siempre sospeché de él, pero ahora tengo claro que me odia y quiere vengarse.

—Michele no es un chivato y no te odia —aseguró Lola.

—Te equivocas. Aquel día en que le exigí que se alejara de ti, me la juró, estoy seguro. Justo desde entonces empezaron mis males.

—¡Michele no es quien filtra las fotos a la prensa! ¡Te repito que abomina de los chivatos!

—Como todos los mafiosos. He visto muchas películas.

—Él es un buen tío —insistió Lola—. Él no está detrás de esa foto. Habrá sido alguien que te reconocería y no me extraña con las pintas que llevabas. Bad Bunny iba así vestido el otro día cuando salió a pasear de incógnito por Madrid. Todos los famosos os vestís igual, con sudaderas gordas en verano y dais el cante.

—No me reconoció nadie. Bueno, solo un tío, le dije que me llamaba Enrique y luego lo despisté.

—¿Cómo? —preguntó Lola, con curiosidad.

—Nada.

—¿Cómo que nada?

—Besé a Irene —respondió él, a toda velocidad.

—Ja, ja, ja.

—Fue por el contexto.

—¿Contexto? ¡Pero si os vi y teníais caras de estar deseando comeros enteros!

—¡No me cabrees más!

—Es la pura verdad. ¿A que tenías ganas de comerla entera?

—Uf.

—Tengo fotitos.

—¿Del beso? —preguntó Mateo, atónito.

—¡Sí! Es que fue tan especial...

—En otras circunstancias te habría mandado a Rascafría, pero ahora tus fotos son providenciales. Precisamente, Sergio acaba de decirme que la forma de desactivar lo de la falda es publicar una foto de Irene y yo en plan pareja.

—¡Tengo fotos! ¡Y qué caras! ¡Dios! ¡Qué caras!

—Estábamos haciendo teatro —afirmó Mateo.

—¡Tú no valías ni para hacer de buey en el belén viviente!

—Déjame en paz y pásame las fotos.

Lola sacó el móvil, buscó las fotos y se las mandó mientras repetía tronchada de risa:

—Esto es imposible de fingir. Ya verás ya.

Mateo echó un vistazo a las fotos y lo cierto era que parecía que estaban pilladísimos.

Daban el pego que era lo importante y dijo muy serio:

—No puedo partirme la caja cuando está en juego mi futuro. Pero creo que pueden valer.

—Nunca te he visto con esa cara de imbécil. Ni cuando te colgaste por Mafalda —comentó Lola, entre risas.

—Te repito que es todo contexto. Y antes de mandárselas a Julio, se las voy a pasar a Irene. Necesito pedirle permiso antes de que se publiquen.

—¡Ya verás cuando las vea! ¡Se va a correr de gusto! Bueno, o se va a desmayar primero.

—¡No sé qué bobadas dices! —murmuró Mateo.

—Tengo ojos. Nada más. Y ahora, si no necesitas nada más de mí, me voy a dormir.

—Vaya horas de llegar. Michele es tan buena influencia... —replicó él, mordaz.

—Es toda una inspiración. Y que sepas que se ha ido al trabajo de empalmada.

—Seguro que se mete algo.

—Cola Cao.

Luego, Lola se acercó a su hermano, le dio un beso en la mejilla y Archi un mordisquito en la barbilla.

—¡Este perro...! ¿Seguro que no trabaja para Michele?

Lola se fue a su cuarto muerta de risa, Mateo se sentó en el sofá y escribió a Irene:

Buenos días, Irene. Cuando puedas, me llamas.

Irene, que apenas había dormido en toda la noche porque no había dejado de recrear aquel beso en su cabeza, se despertó en cuanto escuchó la notificación y le llamó tras aclararse la voz y peinarse el pelo con las manos, aunque no pudiera verla.

—¡Hola! ¡Buenos días! Estoy despierta, dime.

—Buenos días, te llamo porque no sé si has visto las fotos que ha publicado el periódico que me sacó con el gorro de brócoli.

—No, no he visto nada.

—Pues salgo con la falda de lunares en la cabeza.

—Pero ¿cómo es posible? —preguntó Irene, incrédula.

—Creo que las filtra Michele. Y el chaparrete también está en el ajo.

—¿Salvatore?

—Sí, vienen a por mí. Me odian. El que más Michele, que piensa que soy el culpable de que mi hermana pase de él. Quiere destruirme y debe haber filtrado las fotos.

—Pero desde donde se encontraba era imposible que hiciera la foto.

—Pudo mandar a algún amiguito italiano que estuviera por ahí.

—Lo encuentro raro, la verdad. No veo que Michele te tenga tanta inquina como dices. Y aprecia muchísimo a tu hermana —opinó Irene.

—No me fío. Y tengo un buen marrón encima. He estado hablando con Sergio y la única forma de salir de esta sería neutralizando esas

fotos con otras. Y creo que las tenemos.

—¿Cuáles? —quiso saber Irene, intrigada.

—Lola nos hizo unas fotos cuando nos besamos... por el contexto.

Irene se puso muy nerviosa y atinó a decir:

—Ah, sí, por el contexto.

—Exacto. Mi hermana hizo unas fotos del beso porque es una cotilla, pero esta vez me ha venido genial que sea así. Si salen a la luz, no seré el del brócoli que ahora se pone una falda en la cabeza, sino un futbolista haciendo el tonto con su novia. Julio puede filtrar las fotos, pero para eso necesito antes tu permiso.

Irene, que estaba loca por ver las fotos, replicó:

—¡Ay, las quiero!

—¿Cómo dices?

—Que quiero tener la posibilidad de desactivar el daño.

—La tienes, claro que sí —aseguró Mateo.

—Y si eso implica subir esa foto, hazlo.

—Te lo agradezco en el alma, Irene. De verdad que no sabes el favor que me haces. Y también sería conveniente, si te parece bien, que diéramos una imagen de pareja más tranquila.

A Irene todo le venía bien y murmuró sin pensarlo:

—Ah, vale.

—Genial. ¿Qué te parecería si, a la hora de comer, quedamos en el puerto y nos damos un paseo en barco?

A Irene le pareció tal planazo que exclamó entusiasmada:

—¡Yo te alquilo la Riva! ¡Sin problemas! En Villas Sol y Luna ya sabes cómo somos. Solo tienes que pedir y te lo damos —comentó para disimular un poco.

—Me parece muy buena elección. Adoro las Rivas.

—En cuanto los de las embarcaciones me den la info, te mando la ubicación del pantalán. ¿Nos vemos allí a las dos y media?

—Si quieres comemos en la embarcación —respondió Mateo con esa ocurrencia repentina.

—Me iba a llevar a la *ofi* una ensalada y unos filetes empanados que le sobraron de la cena a Maica.

Mateo escuchó filetes empanados y aquello le sonó más apetecible que si hubiera dicho caviar:

—¿Sobraron muchos?

—Mogollón.

—Llévatelos y nos los comemos en el barco. Dani me los tiene prohibidos, pero no se va a enterar. Por un día que los coma, tampoco va a pasar nada.

—¡Estos están que te mueres! A Maica le salen buenísimos, ya verás.

—También llévate un libro, por favor. La idea es pasarnos por una cala que está petada de paparazzi y hacer el paripé de la pareja tranquila leyendo. Luego, nos iremos a un sitio discreto a bañarnos y darnos el filete.

A Irene por poco no le dio algo y preguntó:

—¿Cómo?

—Comernos los filetes —rectificó Mateo, apurado—. ¿Te parece?

Irene hundió la cabeza en la almohada para no gritar y luego habló con la voz entrecortada:

—Sí, sí. Nos vemos.

Y se vieron.

Porque a las dos y media en punto Irene estaba en el puerto subiéndose a una Riva maravillosa en la que, según Milda, iba a encontrar su perdición.

«Las Riva las carga el diablo», le había dicho antes de salir de la oficina.

«Y llévate condones».

Pero Irene estaba convencida de que no iba a pasar nada, aparte de dejarse ver un poquito y comerse unos filetes empanados.

El caso es que se presentó allí con el bikini más pequeño que tenía, la pamea más grande, un vestidito blanco y una cesta de paja en la que llevaba de todo... menos preservativos.

Mateo le tendió la mano para ayudarla a subir y, durante un instante, a Irene le entraron unas ganas irrefrenables de salir corriendo a la farmacia más cercana.

Porque acababa de descubrir que Milda tenía razón.

Las Riva eran una perdición.

Disimuló como pudo, aceptó la mano y le regaló una sonrisa enorme.

—¡Hola!

—¡Buenas tardes!

Ya a bordo, Irene solo podía pensar en lo guapísimo que estaba. Llevaba una camisa azul remangada y un bañador que dejaba al descubierto unas piernas de futbolista tan trabajadas que parecían esculpidas para hacerle perder el juicio.

Suspiró y, como siempre que se ponía nerviosa, dijo la primera tontería que le vino a la cabeza:

—Di mejor «buenos días», que aún no te he comido.

Mateo soltó una carcajada.

Irene, muerta de la vergüenza, rectificó:

—¡Hemos... hemos comido!

—Entiendo —respondió él, divertido—. ¿Todo bien?

—Sí. Todo genial.

Mentía fatal.

Mateo arrancó la embarcación y puso rumbo a Cala Comte con tal ímpetu que a Irene por poco no se le voló la pámela.

Se la quitó y se la sujetó entre las piernas.

El viento le azotaba la cara.

Y Mateo los bajos instintos.

Porque no podía dejar de mirar aquella espalda ancha, los brazos fuertes que gobernaban el timón con una facilidad insultante y el bañador, que se empeñaba en marcar un culo que solo le hacía tener pensamientos impuros.

Encima hacía un calor tremendo.

O eso quería creer ella.

Porque empezaba a sospechar que la temperatura tenía bastante menos que ver con el sol que con el hombre que tenía delante.

Suspiró resignada.

Si seguía así, iba a necesitar un baño mucho antes de llegar a Cala Comte.

Y, con semejantes padecimientos, alcanzaron por fin la cala.

Aquello parecía la M-30 un viernes de agosto.

No cabía un barco más.

Mateo echó el ancla y le propuso que se tumbaran en las colchonetas de proa a leer un poco.

Lo que Irene no esperaba era que él se quitara la camisa tan pronto.

Y se quedó boquiabierta.

El torso de aquel hombre era un auténtico escándalo.

Parecía esculpido con una paciencia infinita y rematado con muy mala idea.

Tenía los hombros anchos, el pecho firme, el vientre plano y unos brazos que explicaban perfectamente por qué era capaz de aguantar noventa minutos peleándose con delanteros de dos metros.

Irene tragó saliva.

«Eres una profesional. Seria. Muy seria. En Villas Sol y Luna nunca dejamos de estar a lo que se está», se recordó.

Pero era complicado concentrarse cuando el hombre de sus sueños acababa de decidir, con la mayor naturalidad del mundo, tomar el sol prácticamente delante de sus narices.

Lo peor era que él ni siquiera parecía consciente del efecto que provocaba.

Se limitó a extender una toalla sobre las colchonetas de proa, dejar a un lado el manual de Derecho Financiero y Tributario que le había cogido prestado a Lola, un auténtico tocho con el que perfectamente se podía hacer entrenamiento de fuerza antes de comer y, con un gesto de la mano, le indicó que se tumbara a su lado.

Irene se quedó completamente rígida.

«Eres una profesional», volvió a repetirse.

«Lo haces por el cliente.»

«Por el cliente.»

Respiró hondo, dejó la cesta de paja en el suelo, metió la pamera, se quitó el vestido blanco y se tumbó junto a él procurando que entre los dos quedara una distancia prudencial.

Abrió el libro que había cogido de casa de Maica y entonces Mateo giró ligeramente la cabeza.

—*¿Ardiente tortura?* —leyó en voz alta.

Irene cerró los ojos un segundo.

De todos los libros que había en aquella estantería tenía que haber cogido precisamente ese.

La portada era una auténtica reliquia de los noventa: un hombre descamisado besando con una pasión desmedida a una joven que parecía debatirse entre el desmayo y el incendio espontáneo.

Mateo soltó una risa.

—Veo que la literatura romántica ha evolucionado... un poco.

—No te rías. Tiene una trama muy interesante.

—Lo imaginaba por el título.

—Hay mucho desarrollo psicológico —dijo muy seria.

—Y pectoral —bromeó él.

Irene se echó a reír y agradeció que el bochorno le hubiera aflojado un poco los nervios.

Mateo volvió la vista hacia el mar.

O al menos eso intentó.

Porque al cabo de unos segundos terminó mirándola otra vez.

Los labios.

El cuello.

La piel dorada por el sol.

El escote.

Y entonces lo vio.

—¿Llevas un piercing?

Irene bajó la vista hacia su ombligo y sonrió.

—Desde la universidad.

Mateo tardó un instante más de la cuenta en apartar la mirada.

No sabía por qué un detalle tan pequeño le había llamado tanto la atención y por qué le había provocado una erección tan inoportuna como traicionera.

Sacudió la cabeza y, fingiendo naturalidad, se dio la vuelta y se tumbó boca abajo.

—¿Tan interesante está el Derecho Financiero que lo lees del revés? —preguntó Irene, divertida.

Mateo bajó la vista.

El libro estaba, efectivamente, del revés.

Cerró un momento los ojos y luego respondió con la mayor dignidad que le fue posible:

—Es una asignatura muy complicada.

—Ya veo.

—Una cosa descomunal...

Capítulo 12

Dejaron Cala Comte y Mateo condujo la Riva hasta una pequeña ensenada rocosa, donde no había barcos, cerca de Cala Llentrisca.

Irene encontró el lugar de lo más romántico y Mateo le dijo que era un lugar discreto, en el que era muy difícil que llegaran los teleobjetivos.

Echó el ancla bajo la sombra de un acantilado, rodeados de un agua azul turquesa que parecía una piscina.

—¿Comemos primero y luego nos damos un baño? —propuso Mateo.

—Por mí, perfecto.

Con él todo le parecía perfecto.

Luego, sacó la ensalada y el táper con los filetes empanados y a Mateo se le pusieron los ojos brillantes:

—No he dejado de pensar en ellos desde que me dijiste que te los traías.

Se rieron y empezaron a comer.

Mateo se fue directamente a por el filete empanado y puso los ojos en blanco en cuanto los probó:

—¡Están de lujo!

—Ya te lo dije.

—Felicita a Maica, aunque me da que no le caigo muy bien.

—¿Por qué dices eso? —quiso saber Irene, entornando la mirada.

—Después de que haya visto lo de la falda en las redes...

—No he hablado con ella todavía, pero le contaré lo que pasó —replicó Irene, quitándole importancia.

Mateo abrió una botella de vino y otra de agua que le regalaba la empresa de alquiler por cortesía mientras decía:

—No me cabe duda de que es Michele quien está detrás. Me ha tendido una trampa como la del brócoli.

—¿Qué pasó en esa ocasión? —preguntó Irene, tras probar la ensalada.

—Fue un escándalo, pero realmente acudí a esa macrofiesta a buscar a mi hermana —contó Mateo, mientras le servía una copa con agua y otra con vino—. Que conste que me negué a que fuera,

porque le había invitado Michele. Ella insistió en que era su amigo y fue igualmente. Allí participó en un concurso absurdo en el que le tocó una botella de tónica de dos metros de corcho y un gorro de brócoli.

—¿Quién patrocinaba aquello? —quiso saber Irene, muerta de risa.

—Una marca de tónica y otra de verduras.

—¿Qué? —replicó Irene, que por poco no se atragantó con el vino —. ¿Y de verdad que alguien desea que le toque un gorro de brócoli?

—Al parecer era el premio estrella. Todo el mundo quería uno.

—¡No puedo creerlo!

—Yo tampoco. Pero ahí estaba mi hermana, abrazada a una botella de tónica de dos metros y orgullosísima de su gorro.

—Ja, ja, ja.

—Mejor no esforzarse en encontrarle sentido. ¡No lo tiene! Con Lola nunca lo tiene.

—Con ella no te aburres —dijo colocándose bien el tirante del bikini.

—¡No, para mi desgracia, no! El caso fue que se subió al escenario a recoger su premio y cuando regresó a la pista, se desorientó y los perdió de vista a todos. A Michele. A Salvatore. Y a toda la pandilla.

—Esas macrofiestas son tan grandes que lo normal es perderse —comentó Irene, tras comer un poco de filete.

—No sé si tan normal. Pero los llamó y como no respondían, me llamó a mí para que fuera recogerla con el coche grande para transportar la escultura de corcho. Le pregunté que para qué quería eso y me respondió que era una obra de arte, una maravilla, con la que iba a flipar.

—Es que una botella de tónica de corchopan tiene su punto —replicó Irene, divertida.

—Es una maravilla tan grande que la usa de perchero —ironizó Mateo, sin dejar de comer filetes empanados.

—Y fuiste a buscarla —aseguró Irene—. Un Capricornio siempre está ahí para los suyos.

—¡Preferiría ser un *Caprichornio*! ¡Mitad capricho, mitad unicornio!
—se lamentó Mateo, pero Irene soltó una carcajada—. Pero qué iba a hacer. Me pidió que fuera a buscarla porque ni sabía salir de allí ni los taxis iban a aceptar llevarla con la botella de tónica gigante. En fin, que a las tantas de la madrugada me planté en la fiesta y enseguida la vi bailando subida a una tarima abrazada a la botella de tónica. ¡Imagina la estampa!

—Ja, ja, ja. ¡Qué pena que no haya fotos de eso!

—En cuanto se bajó de la tarima, me puso el gorro de brócoli en la cabeza y yo tenía tal agobio que solo quería pirarme de allí como fuera. Salí a toda velocidad, con ella detrás y la tónica. Lo que menos podía imaginar era que, a la mañana siguiente, fuera a aparecer en la prensa una foto mía saliendo de una macrofiesta con el puñetero gorro de brócoli en la cabeza. Y el titular: «Así se recupera de la lesión». La imagen dio la vuelta al mundo —habló Mateo con un nudo en la garganta de recordarlo.

—Yo vi esas fotos. Y para nada tienes la típica cara de un tío que está juerga.

Mateo la miró intensamente porque nadie le había dicho nunca eso:

—Debes ser la única que interpretó mi cara así.

—Vi la cara de alguien que estaba ahí porque no le quedaba otra
—repuso Irene, tras beber un poco de agua.

Mateo bajó la vista, pues le costaba creer que alguien hubiera interpretado aquellas fotos de una forma completamente distinta.

—¿Me estás diciendo esto para que me sienta mejor? —inquirió Mateo, sorprendido.

—Estoy diciendo la verdad.

—Ojalá la gente hubiera visto las fotos con tus ojos, pero fueron tal escándalo que afectó muchísimo a mi reputación. Esas fotos me hicieron un gran daño y estoy convencido de que Michele me tendió una trampa. Invitó a Lola y la dejaron sola para obligarme a ir a ese antro y que me hicieran las fotos. Es exactamente la misma encerrona que me hicieron ayer en el Ushuaia.

—¿Tú crees? —preguntó Irene, extrañada.

—Es el mismo *modus operandi*. Ayer uno de los suyos seguro que le arrancó la falda.

—De verdad que me parece rarísimo —insistió Irene, que no terminaba de verlo.

—Me temo que fue así. Provocaron esa situación para que yo acudiera y una vez allí retratarme de la manera más ridícula posible. ¡Cosa fácil cuando tienes una hermana que le da por plantarte cosas en la cabeza! —exclamó Mateo, que seguía devorando filetes.

—Ja, ja, ja. Perdona que me ría...

—Ríete. Aunque esto es una tragicomedia. Michele no va a parar hasta que destruya mi carrera. Tiene una sed de venganza infinita porque cree que soy el culpable de que mi hermana lo dejara.

—Él conoce bien a Lola y sabe la personalidad que tiene. Ella vive su vida a su manera. No se deja influir por nadie. Y eso Michele lo sabe y creo que por eso sigue tan enamorado de ella. Es una tía muy libre —Irene apuró la copa de agua y trató de ser lo más racional posible—: ¿Le contaste a alguien más que ibas a ir al Ushuaia?

—Se lo conté a Dani, pero tengo confianza ciega en él. Empezamos juntos en categorías inferiores, él se lesionó y se metió a preparador físico. Trabajamos juntos y somos como hermanos. Sería la última persona que querría destrozarme la carrera. No le veo llamando a la prensa para contar que voy a ir al Ushuaia.

—¿No se lo contaste a nadie más? —quiso saber Irene.

—También lo sabía Sergio y como comprenderás no va a tirar piedras contra su propio tejado.

—Lo digo porque si tuviera que desconfiar de alguien, desconfiaría antes de quien sabe todos tus movimientos que de unos italianos que apenas te conocen. Me da la sensación de que el topo es alguien cercano, que conoce tus planes y tiene acceso a la prensa.

Mateo negó con la cabeza porque aquella hipótesis no tenía ni pies ni cabeza:

—Sergio me representa desde que debuté en primera. Daría un brazo antes de hacerme daño. Y el otro que sabía dónde iba a ir es Julio, un periodista que conozco desde que empecé y que siempre

ha dado la cara por mí. Lleva defendiéndome en los medios de comunicación desde mis inicios.

—Lo sé —dijo Irene, y aquello sonó tan rotundo que aclaró al instante—: Porque sigo un poco la prensa deportiva y siempre habla bien de ti.

—Es un amigo. Siempre está ahí. En lo bueno y en los momentos más difíciles de mi carrera. Es un gran apoyo y pongo la mano en el fuego por él. Ninguno de ellos me está traicionando.

—Cuando pasó lo del brócoli, ¿ellos también sabían dónde ibas? —preguntó Irene, porque no descartaba nada.

—Claro, es mi círculo de confianza. ¡Y es imposible que alguno de ellos quiera arruinarme mi carrera! ¡Pero Michele, sí!

—También podría ser que todo sea una casualidad y tengas la mala suerte de que siempre haya alguien que te tome una foto.

—Eso dice Lola. ¡Menos mal que gracias a ella vamos a poder neutralizar la foto de la falda! Y cuando nos saquen leyendo, tranquilos y tal, espero que todo se apacigüe.

—Ojalá. Tú cuenta conmigo para todo lo que pueda ayudar —dijo Irene, agitando la copa de vino al aire.

—De momento, me estás haciendo feliz con estos filetes. ¡Menuda delicia! Aunque si Dani nos viera ahora mismo, me quitaba la licencia de futbolista.

Ambos se rieron y luego Irene comentó, tras echar un vistazo al mar:

—Los filetes son increíbles, pero el entorno también hace mucho. Este sitio es muy bonito.

—La última vez que estuve aquí fue con mi ex. Rompimos cuando me marché a Italia.

Irene lo sabía por la prensa, pero la verdad era que no tenía ni idea de qué había pasado entre ellos:

—¿Y por qué?

Él bebió un poco de agua, respiró hondo y fue absolutamente sincero:

—¿Has tenido alguna vez la sensación de estar con alguien que se preocupa por ti y, aun así, no te da lo que más necesitas?

Irene sintió un pellizco por dentro porque le entendía demasiado bien:

—Eso es lo que me suele pasar en mis relaciones.

—En nuestro caso no es que no hubiera amor, es que no nos queríamos de la forma que el otro necesitaba —confesó Mateo, abriéndose con ella como no lo había hecho con nadie.

Irene asintió y fue igual de sincera que él:

—Cuando alguien te quiere de una forma que no te llega, te quedas siempre con hambre.

—Es como si te dieran algo que tiene valor, pero no lo que más necesitas —replicó Mateo.

—Es exactamente así. La última persona con la que estuve, se ponía a hablar de geopolítica cuando estábamos mirando una puesta de sol.

Mateo sonrió.

—Y tú solo querías compartir ese momento tan especial con él. Nada más. Mirar el atardecer juntos.

—Así es. Y cuando le contaba que estaba preocupada por algo, me daba una explicación lógica.

—Y tú lo que querías era un abrazo —repuso Mateo.

Guardaron unos segundos de silencio.

El mar golpeaba suavemente contra el casco de la Riva y entonces Irene confesó:

—Y un día te descubres preguntándote: «¿por qué me siento tan sola si estoy con alguien?».

—Y te despiertas a las tres de la mañana con un agujero aquí dentro —Mateo se llevó la mano al pecho— y acabas delante de la nevera.

—Porque estás tú —se le escapó a Irene.

Mateo frunció el ceño y replicó:

—¿Cómo que yo? ¡Me he perdido!

—Porque lo que ves en la puerta de la nevera es tu reflejo —improvisó Irene.

—Ah, ya. Sí. A tu soledad en compañía.

—Eso es. Y tampoco es que pida tanto. Es algo tan sencillo como decir: «Mira esto».

—Y que la otra persona mire exactamente hacia dónde tú estás mirando —terminó Mateo la frase por ella.

—O que se alegre de las mismas tonterías.

—O que se preocupe por las tuyas.

—O que, si un día estás triste, no intente arreglarte la vida. Solo sentarse a tu lado un rato.

Mateo permaneció callado, con la sensación de que aquella conversación le estaba haciendo mucho más bien de lo que habría imaginado.

—Creo que llevamos demasiado tiempo rodeados de gente que nos escucha para responder y no para entender —habló Mateo, desde lo más profundo de su corazón.

Irene lo miró y solo pudo asentir.

—Me temo que sí.

—Y hoy, por primera vez en mucho tiempo, siento que alguien me está entendiendo de verdad.

Mateo le sostuvo la mirada de un modo que Irene no pudo resistir. Era demasiado.

Le apartó los ojos, se echó un poco hacia atrás y soltó un pequeño grito.

—¡Auch!

—¿Qué te pasa? —preguntó él, sobresaltado.

—Nada —respondió Irene, muerta de vergüenza—. Me acabo de dar cuenta, al apoyarme en el cojín, de que me he quemado la espalda. Con las prisas se me ha olvidado ponerme protector solar.

Mateo se levantó, abrió uno de los compartimentos de la embarcación y sacó un bote de crema.

—Los de la empresa de alquiler cuidan muy bien a sus clientes, pero no tanto como Villas Sol y Luna —bromeó, tendiéndoselo.

Irene sonrió, le dio las gracias y empezó a extenderse la crema por los brazos, las piernas y los hombros.

Cuando llegó a la espalda, frunció el ceño.

Lo intentó una vez.

Y otra.

Y otra más.

Pero era imposible.

Acabó haciendo unos contorsionismos tan extraños que hasta ella misma empezó a sentir vergüenza.

Mateo la observó unos segundos antes de preguntar con toda naturalidad:

—¿Te ayudo? ¿Te la pongo yo?

Irene pensó que tampoco pasaba nada si aceptaba. Total, solo era crema solar. Por mucho que Milda hubiera dicho que las Riva las cargaba el diablo, ella estaba convencida de que no iba a perder la cabeza porque un hombre le untara protector en la espalda.

Qué tontería.

No era para tanto.

—Si eres tan amable, te lo agradezco.

Irene respiró hondo y al sentir la mano de Mateo sobre su piel, un escalofrío le recorrió la espalda de arriba abajo.

Y a él le ocurrió algo parecido.

La piel de Irene era cálida y suave, y el simple gesto de extender la crema dejó de parecerle tan inocente como había imaginado.

Sin darse cuenta, respiró más despacio.

—¿Te deshago el nudo del bikini para llegar mejor?

Irene tragó saliva, se mordió los labios y se repitió a sí misma que ya que se habían puesto, mejor hacer las cosas bien.

Solo era crema. No pasaba nada. Todo estaba controlado.

—Vale.

Mateo dudó un instante. No era el bikini lo que le imponía respeto. Era ella.

Luego, cogió la punta de la lazada, deshizo el lazo con cuidado, el bikini aflojó la tensión y cayó unos centímetros.

Irene se quedó con el pecho al aire, sintiendo el calor del sol y las manos de Mateo recorriéndole despacio la espalda.

Durante unos instantes no existieron ni el mar, ni las gaviotas, ni el suave balanceo de la Riva.

Solo el sol calentando la piel y las manos de Mateo haciéndolo mucho más.

Tuvo que cerrar los ojos para soportar semejante tortura.

Ardiente tortura, como el de la protagonista de la novela que descansaba abierta junto a la toalla.

Mateo terminó de extender la crema lentamente y cuando acabó, permaneció unos segundos inmóvil.

Después rodeó la proa y volvió a sentarse frente a ella.

La miró a los ojos y le propuso como si fuera lo siguiente que había que hacer para rematar bien el trabajo:

—Creo que también deberías ponerte un poco por delante.

Irene levantó la vista y fue entonces cuando comprendió que Milda tenía razón.

Las Riva las cargaba el diablo, porque dejó de mirar el protector solar y empezó a mirarle a la boca.

Después a los ojos y otra vez a la boca.

Los dos se quedaron quietos. Ninguno dio el primer paso o quizá lo dieron los dos al mismo tiempo.

Se acercaron y sus labios se encontraron despacio, como si todavía estuvieran comprobando si aquella era una buena idea.

Se besaron lento y suave.

Aquello duró apenas unos segundos, hasta que dejó de bastarles.

Irene le rodeó el cuello con los brazos y Mateo la acercó un poco más por la cintura.

Ella gimió de anticipación, entreabrió los labios y él empujó con la lengua, que se enroscó con la de Irene hasta que se quedaron sin aliento.

Permanecieron unos instantes así, con los labios rozándose, sin decir nada. Tan solo se escuchaba el sonido del mar chocando contra la embarcación.

Irene pensó que nunca había visto a Mateo mirarla así.

Después, él la besó en los labios. Irene gimió y cerró los ojos. Mateo entonces descendió al cuello y lo mordisqueó.

Se miraron otra vez y el beso que siguió fue tan apasionado que Irene acabó tumbada boca arriba con él encima.

Se devoraron las bocas mientras se acariciaban la piel con urgencia.

Irene sentía la presión de la erección contra su pubis, pero hubo un momento en que él movió la cadera y ella tuvo que gemir porque creía que se corría.

—Dios.

Él la miró y masculló con la mirada encendida por el deseo:

—Esto no es nada falso.

Irene sonrió, se miró los pezones en punta, le cogió una mano y la apoyó sobre su pecho:

—Esto tampoco.

Mateo esbozó una sonrisa lobuna, le acarició la mejilla con el dorso de los dedos y luego los labios como si quisiera comprobar que seguían ahí.

Los besó y siguió descendiendo con besos desde el cuello a los pezones que atrapó con su boca.

Ella gimió otra vez apretando su cabeza contra su cuerpo.

Luego Mateo la miró y reconoció con la respiración agitada:

—No sé qué me está pasando.

Irene le sostuvo la mirada sintiendo que esa frase acababa de atravesarle el corazón.

—Yo sí sé lo que te está pasando.

Irene pensó que estaba ocurriendo lo que ella sabía que iba a pasar. Lo que ya estaba pasando en ese otro universo paralelo.

Pero se lo tenía que callar.

No podía correr el riesgo de estropear ese momento con su verdad.

—Dime —le pidió él, con el corazón acelerado.

Irene llevaba años imaginando aquel instante y, aun así, la realidad estaba superando cualquier cosa que hubiera soñado.

Y no se le ocurrió nada mejor que decir:

—Nos estamos dejando llevar. Es verano. Es normal.

Mateo negó muy despacio porque para él no era eso, era algo mucho más profundo y masculló:

—No, no lo es.

Irene volvió a mirarlo y esta vez no quiso esconderse:

—No, no lo es.

Los dos sonrieron con esa mezcla de vértigo y felicidad que aparece cuando uno deja de fingir.

Y sin decir una palabra, se besaron otra vez, desatados, como si llevaran mucho tiempo aguantándose las ganas.

Luego, Mateo bajó por el cuello, por los pechos y continuó hasta el ombligo.

Tocó el piercing con la punta de la lengua y ella se tuvo que morder el nudillo para no gritar.

Mateo no quería precipitarse. Quería asegurarse de que los dos estaban exactamente en el mismo lugar.

Ella miró buscando una respuesta. Irene sostuvo su mirada y asintió muy despacio.

Mateo siguió acariciándola y luego descendió con la lengua hasta la cinta del bikini.

Tiró de ella con los dientes, después hizo lo mismo con la otra y lo apartó a un lado.

Se miraron y volvieron a pensar lo mismo.

Aquello no era normal.

No era solo el verano, no era solo un calentón.

Lo que se estaban diciendo con las miradas era algo que iba más allá.

Pero ninguno dijo nada.

Mateo se coló entre sus piernas, lamió sus muslos y luego acabó justo ahí. Irene arqueó el cuello, él le acarició entera con la mano, dio un tironcito al piercing y empezó a estimularla con la boca.

Irene se entregó a esas caricias, cerró los ojos, gritó, gimió, jadeó...

Era increíble.

Su *crush*, el que tenía pegado en la nevera con imanes de corazones, le estaba haciendo aquello como no se lo habían hecho jamás.

Quizá había tenido mala suerte y solo había dado con torpes.

Pero lo de Mateo era de otra galaxia.

Sabía lo que se hacía.

Y de qué manera.

Tuvo que agarrarse fuerte a la Riva para soportar aquello.

Era demasiado.

Parecía conocer su cuerpo mejor que ella misma.

A lo mejor era porque venía aprendido del universo paralelo, pensó.

Y se echó a reír.

Mateo levantó la cabeza y preguntó:

—¿Todo bien?

—Demasiado bien. No sé si estoy soñando o es verdad. No te digo más.

—Me pasa lo mismo.

—¿En serio?

—Joder... Eres...

—¿Cómo? —quiso saber Irene, con la voz temblorosa.

—No tengo con qué compararte.

—Ah, ¿no?

—Eres tú. Solo tú.

A Irene se le humedecieron los ojos de la emoción y a Mateo también.

Luego, no dijeron nada.

Se quedaron unos segundos mirándose y él volvió a darle placer con su boca.

Hasta que Irene ya no pudo más.

Llegó un punto de no retorno, en el que elevó las piernas, gritó y tuvo el mejor orgasmo de su vida.

No recordaba una cosa igual.

Creyó que iba a perder hasta el conocimiento.

Permaneció unos segundos con los ojos cerrados, intentando recuperar el aliento mientras pensaba que nada volvería a ser igual después de aquello.

Pero en ese momento pasó una lancha a toda velocidad y alguien gritó:

—¡Si necesitáis ayuda, nos lo decís!

Y la devolvieron a la realidad.

A la cruda realidad.

Los dos se separaron de golpe, se miraron y rompieron a reír.

Acto seguido, Mateo se dejó caer boca arriba sobre la colchoneta, pegado a ella y ninguno habló.

Aunque tuvieron exactamente el mismo pensamiento.

Aquello se estaba complicando demasiado.

Pero, en el fondo, ninguno tenía la menor intención de ponerle remedio...

Capítulo 13

A la mañana siguiente, Lola salió al jardín a las ocho en punto. Archi estaba regando unas buganvillas mientras tarareaba en voz baja una melodía muy despacio.

Ella se quedó escuchando unos segundos y le preguntó:

—¡Buenos días, Archi! ¡Eso que tarareas es Ludovico Einaudi!

Él levantó la cabeza, sorprendido:

—¿Lo conoces?

—Claro. Estudio con él muchas veces. Cuando necesito concentrarme, me lo pongo de fondo.

Archi tardó un instante en responder:

—No me lo habría imaginado.

—¿Y qué te habías imaginado?

—Bad Bunny o música electrónica.

—¡También me gusta!

Y tras decir esto, Lola se quitó el vestido de tirantes, se quedó en bikini y se sentó en el bordillo de la piscina.

—¿Te vas a bañar?

—Sí, ¿tienes algún problema?

—Antes tengo que quitar las hojas que hay en el agua.

—¡No me molestan!

—Mi trabajo es retirarlas.

—Yo te ayudo a quitarlas.

—Pero es que no necesito ayuda —insistió él, firme como una roca.

Lola se tiró de cabeza, le salpicó y nadó hasta el centro de la piscina donde cogió una hoja.

—Ven a por ella —le dijo, retándole con una sonrisa enorme.

—No estoy para jueguecitos.

—No estoy jugando, voy en serio —le advirtió Lola.

—Mejor céntrate en estudiar.

—Es lo que llevo haciendo desde las cinco de la mañana.

—¿A esa hora llegaste anoche? —supuso Archi.

—Qué va. Me metí pronto en la cama y estas horas de estudio me han cundido mucho. Voy a nadar un rato y a seguir estudiando. Pero

¿vas a coger la hoja o no?

Archi agarró el recogehojas y con mucho cuidado se acercó al borde de la piscina.

Entonces, ella se cambió al otro lado, muerta de la risa.

Archi se fue a su lado y ella volvió a moverse al contrario:

—¡Para! —le exigió Archi, poniéndose serio.

—¿Por qué?

—Porque no puede ser. Tú estás jugando y yo trabajando. No pienso confundir una cosa con la otra.

Lola nadó hasta donde él se encontraba, se sentó en el bordillo, le pasó la hoja y le dijo:

—Te equivocas. Nunca juego con las personas que me importan.

—Lo que veo es una chica con ganas de divertirse —replicó guardándose la hoja en el bolsillo—. Y yo llevo demasiado tiempo sacrificándolo todo como para permitirme ahora una distracción.

—Quiero ser algo más que una distracción.

—Me estoy dejando la piel para pagar un máster y construir la vida que quiero. No pienso jugar con mi futuro, ni con el corazón de nadie.

—¡Yo tampoco quiero jugar con el corazón de nadie!

—Tú vienes aquí a disfrutar de unos días de verano. Yo he venido a ganarme el futuro. No estamos en el mismo momento de la vida.

Lola cogió un poco de agua con la mano y se la lanzó mientras decía entre risas:

—¡Estamos aquí y ahora!

Archi dio un salto, echándose para atrás para evitar mojarse y, en ese momento, se escuchó a Mateo gritar desde el porche:

—¡Lolaaaa! ¡Ven, ya!

Lola se levantó, cogió una toalla que había sobre una hamaca, se la enroscó en el cuerpo y farfulló:

—A ver qué le pasa a este. ¡Pero seguimos hablando, Archi! Y por mucho que te resistas, somos más parecidos de lo que parece.

Archi no pudo evitar sonreír un poco y ella se fue tarareando la canción que él había estado cantando antes.

Entró en casa donde Mateo la estaba esperando en el salón para recriminarle:

—¿Qué estás haciendo con ese pobre chico?

—¿Yo? —inquirió ella, poniendo cara de que no había roto un plato

—. Nada.

Y, de pronto, apareció Archi, el perro, que se encaró con Mateo y lo gruñó.

Lola se lo agradeció cogiéndole y haciéndole unas carantoñas:

—No te preocupes, Archi. El tío Mateo es un gruñón, pero en el fondo es bueno.

—Solo te pido que dejes de incordiar —le ordenó Mateo.

—He bajado a darme un chapuzón.

—A las ocho de la mañana. No es muy normal en ti.

—He estado tres horas estudiando —le informó Lola, orgullosa.

—¿Esperas que me crea que te has levantado a las cinco a estudiar?

—Vete empezando a creértelo porque este va a ser mi nuevo día a día.

—¿Cuál? ¿Dar por saco al jardinero cada mañana? ¿Ese es tu plan?

—Respeto muchísimo el trabajo de Archi.

El perro le lamió la barbilla a Lola al escuchar su nombre y le aclaró:

—No me refiero a ti, bebé. Me refiero al otro Archi.

—¡No respetas lo que hace! ¡Le estabas tirando agua! Y está trabajando. ¿Cómo puedes ser tan inconsciente? —farfulló Mateo.

—Quería que trabajara más fresquito.

—¡Déjale en paz! —le advirtió apuntándola con el dedo índice.

—Solo estábamos hablando.

—Sí, ya. Hablando. Como Michele se entere de que estás tonteando con él, ya verás. Es muy chungo, Lola. Yo ya no sé cómo te lo tengo que decir.

—¿Qué dices? Michele no es como lo pintas.

—Me la ha vuelto a liar —replicó Mateo, enojado.

—No sé de qué hablas.

Mateo se apretó el puente de la nariz y le contó desesperado:

—Acaban de publicar unas fotos tremendas en el periódico ese donde me sacan siempre.

Lola agarró el móvil que estaba sobre la mesa y buscó las fotos mientras Mateo le pedía:

—Mejor no las veas.

Lola, sin dejar de buscarlas, le preguntó en un tono burlón:

—¿Son muy subidas de tono?

Mateo se pasó la mano por la cara avergonzado. Ella encontró las fotos y abrió muchísimo los ojos:

—¡Te han sacado empalmado! —exclamó Lola, tronchada.

—Es una mala foto —se justificó él, sin saber dónde meterse.

—¡Y en esta sales leyendo mi manual de Derecho Financiero y Tributario al revés!

—¡Deja las fotos, por favor! Ya te has podido hacer una idea del despropósito que es.

—¡Y aquí te han sacado comiendo filetes empanados!

—Para —exigió Mateo.

—¡Y en esta otra dándote el filete! —exclamó Lola, a carcajada limpia.

—Son besos contextualizados —dijo él, muy serio.

Pero Lola no podía parar de reír, sobre todo cuando vio la última foto:

—¡Ay qué graciosa esta foto de Irene en la barca con las patas para arriba!

—No es lo que parece —se apresuró a aclarar.

—¿Y qué es? —inquirió Lola, divertida.

—Estaba colocándole bien el piercing.

—Porque antes... ¿se lo arrancaste con la boca?

Mateo resopló y decidió centrarse en lo que de verdad importaba:

—¿Tú le comentaste a Michele que iba a navegar hasta mi rinconcito favorito?

—¿Cuándo? Si ayer me pasé durmiendo hasta las tres de la tarde y no me enteré de nada. Cuando desperté ya te habías ido y no tenía ni idea adónde. ¿Recuerdas?

—Pero le has tenido que contar que me gusta navegar por esa zona.

—¿Para qué? ¿Para propiciar un encuentro? ¡Cómo te cae tan bien...!

—Tal vez me ha puesto un detective —concluyó Mateo.

—Él no es como tú. Michele no hace esas cosas. ¿Y tú? ¿Le contaste a alguien que ibas a comer en tu rinconcito?

—A Dani. A Sergio y a Julio solo les dije que iba a navegar.

—Dani... —repitió Lola, en un tono más que misterioso.

—¿Qué pasa con él? ¿Por qué has puesto esa cara tan rara?

—¿Tú has visto su Instagram?

—No. ¿Por qué? —quiso saber Mateo, mosqueadísimo.

—Últimamente está muy melancólico.

—¿A qué te refieres?

Lola abrió el Instagram de Dani y le mostró una foto de él en un campo de fútbol vacío y leyó el texto que lo acompañaba: «Hay sueños que algunos cumplen y otros los ayudamos a cumplir desde la banda».

Lola miró a su hermano y le dijo tras encogerse de hombros:

—La frase da qué pensar. Pero esta foto con las botas colgadas es más extraña porque pone: «La vida no te da siempre el papel que soñabas».

—No encuentro nada de extraño en esa frase.

—Creo que sigue dolido por no ser futbolista profesional.

—No sé a dónde quieres llegar —repuso Mateo, arqueando una ceja.

—Quiero llegar a que aquí hay una foto tuya entrenando y pone: «Deseando verte pronto donde siempre quisiste estar».

—Es la pura verdad —dijo Mateo cruzándose de brazos.

—¿Pero si en realidad le costara aceptar tu éxito más de lo que aparenta?

—¿Qué éxito? ¡Aún no me han fichado donde siempre quise estar!

—No sé, yo le noto diferente. Mira esta foto antigua de los dos en la que comenta: «Los dos soñábamos con llegar juntos, pero la vida tenía otros planes». Hay algo en esta frase que me da pena, es como si aún le doliera que no sea él quien esté a punto de fichar por un club grande.

—Lo que veo es que todo lo que me has enseñado me parece normal. Tuvo que renunciar a su carrera a los dieciocho y a veces

recordará lo que pudo haber sido —opinó Mateo, metiéndose las manos en los bolsillos.

—Sí, pero creo cuando alguien sufre mucho por un sueño perdido, una parte de ese dolor nunca desaparece.

—¿Qué quieres decir, Lola? —preguntó Mateo, ya harto.

—Que igual te quiere muchísimo y al mismo tiempo le duele verte viviendo la vida que soñaba. Las dos cosas pueden existir a la vez.

—¿Y estás insinuando que sería capaz de darme la puñalada traperera? ¿Me estás diciendo que Dani ha llamado a la prensa para que me pillen...?

—Con los filetes.

—¡Lola! —gritó para que dejara de decir tonterías.

—Solo te estoy ayudando a terminar la frase. Pero yo no he dicho que sea el topo. Solo te digo que le noto últimamente más amargado.

—No lo veo así. Y desde luego que tengo fe ciega en él. ¡Jamás me haría nada así! —exclamó abriendo las manos.

—Ojalá tengas razón.

—Lola, me cabrea que dudes de él —murmuró, para que parara.

—No le estoy acusando, solo estoy planteando una posibilidad.

—Pues deja de hacerlo. Julio acabará encontrando al cabrón que está haciendo esto.

—Me preocupo por ti, *bro*.

Lola le dio un beso en la mejilla y Archi por poco no le mordió en la barbilla.

—¿Qué hace el gremlin?

—¡Mi Archi también se preocupa! —exclamó entre risas.

Lola se marchó a su cuarto a cambiarse y Mateo se fue a entrenar, pero a la media hora le sonó otra vez el teléfono.

—¡Mateo! Me he desayunado con la noticia y he llamado al periódico —dijo Julio.

—¿Sabes algo?

—Lo único que me han dicho es que las fotos llegaron anoche. No sueltan la fuente.

—Yo sigo convencido de que ha sido Michele.

—Puede ser. Oye, una cosa. ¿Al final fuiste a la cala esa?

—¿Qué cala?

—La que te enseñé hace un par de años. Cerca de Cala Llentrisca. Mateo frunció el ceño.

—¿Cómo sabes que era allí? En el periódico no pone dónde están hechas las fotos.

Julio se rio.

—Porque te conozco. Cuando quieres esconderte de los paparazzi, siempre acabas en ese sitio. Además, fui yo quien te lo descubrió. ¿No te acuerdas?

Mateo sonrió.

—Es verdad.

—En cuanto he visto las fotos he pensado: «Seguro que ha llevado allí a la novia». No tiene más misterio. Por cierto, esta noche voy al programa de televisión donde colaboro. Contaré que estás entrenando como un animal, que la recuperación va muy bien y que cualquier persona tiene derecho a salir un día en barco con su novia. A ver si bajamos un poco el ruido.

—Gracias, tío.

—No me las des.

—Sí. Porque eres un amigo.

Colgaron y lo primero que hizo Mateo fue escribir a Irene.

Después del paseo en la Riva la acompañó hasta la oficina, pero ninguno de los dos fue capaz de mencionar lo que había ocurrido entre ellos.

El silencio no significaba que ambos no hubieran pasado la noche reviviendo una y otra vez lo que había sucedido sobre la Riva.

De hecho, al ver las fotografías, el primer impulso de Mateo fue llamarla. Sin embargo, prefirió esperar a tener toda la información.

Cuando por fin la tuvo, le escribió un único mensaje:

Cuando puedas, hablamos. No sé si has visto las fotos.

Irene contestó al momento:

Me las ha enviado Milda hace un rato.

Mateo la llamó y lo primero que hizo fue disculparse:

—Lo siento mucho, de verdad.

—No te preocupes. Por mi parte está todo bien.

Y por supuesto que no le contó que Milda le había dicho que sabía que no iba a salir ilesa de la Riva, que se estaba metiendo en la boca del lobo y que todo iba a terminar fatal.

Irene le aseguró que solo fueron a comerse unos filetes empanados y que lo otro no tenía importancia.

A lo que Milda replicó mordaz que: «No tiene importancia que te lo coma el tío del que llevas colgada toda la vida. Ahora, que lo tienes loquito, porque la tienda de campaña que luce en la foto es de todo menos falsa».

Y, después de que Mateo escuchara que estaba todo bien, repuso:

—Me alegro que te lo tomes así. Yo estoy que trino. ¡Ahora soy el del trípode que come filetes empanados a dos carrillos!

Irene se tronchó:

—Ja, ja, ja. Perdona.

—Mejor tomarlo así. Julio de todas formas está intentando descubrir quién filtró las fotos. De momento no sabe nada. Y con Sergio no he hablado, pero tiene que estar tan indignado como yo.

—Ya. Entiendo.

—Lo que se me ha ocurrido para no dar más pábulo a esto es mostrar normalidad. ¿Te parece si quedamos a dar un paseo esta tarde por la playa?

—¿Qué playa? —inquirió Irene, dando palmas.

—Elige tú. Una donde podamos pasear de la mano y ver atardecer.

—¡La tengo! Ahora te mando la ubicación.

—¿Te busco mejor a la salida del trabajo?

Irene estuvo a punto de gritar, se mordió el nudillo y respondió:

—Vale.

Horas después, caminaban descalzos por la orilla de Ses Salines.

Mateo llevaba las zapatillas en una mano.

Irene, las sandalias en la otra.

Él le sujetaba la mano con naturalidad y de vez en cuando alguna ola les mojaba los tobillos.

Daba la imagen que necesitaban: una pareja tranquila, sin aspavientos, simplemente paseando como cualquier otra.

Pero no lo eran.

Porque Irene iba emocionadísima de la mano del chico por el que llevaba años suspirando, intentando que no se le notara que estaba viviendo un sueño.

Y Mateo caminaba preguntándose cómo era posible que, con su novia falsa, se estuviera sintiendo mejor que con todas sus novias de verdad.

Apretó un poco su mano y, tras unos segundos caminando en silencio, comentó:

—Hacía un montón que no hacía esto. Y me viene bien para reforzar el tobillo.

—Me lo refuerza todo —dijo Irene sin pensar.

—¿Todo? —replicó él, con una sonrisa mordaz.

—Sí. Me tonifica en general —masculló ella, divertida.

Mateo sonrió y pensó que no recordaba haber sentido una paz parecida.

Con Irene no tenía que medir cada palabra, ni tratar de impresionarla, ni portarse a todas horas como un futbolista famoso.

Irene parecía alegrarse de estar a su lado por el simple hecho de estarlo.

Y aquella sensación era tan inesperada como inquietante, porque empezaba a sospechar que lo más falso de aquella relación era precisamente el contrato.

Mateo siguió caminando unos metros en silencio.

No quería que aquel paseo terminara.

Se sentía mejor que nunca, a pesar de que los desastres no paraban de sucederse: la falda en la cabeza, los filetes empanados en una Riva, los rumores, la prensa, las llamadas de Sergio, la presión por recuperar la reputación...

Hasta había acabado empalmado leyendo un manual de Derecho Financiero y Tributario.

Pensándolo fríamente, no recordaba una época más caótica.

Y, sin embargo...

Hacía mucho tiempo que no se sentía tan tranquilo.

Quizá porque, por primera vez en meses, cuando estaba con Irene dejaba de pensar en todo lo demás.

Desaparecían la prensa, la presión, las críticas y el miedo a no poder cumplir su sueño de futbolista.

Solo existía ella.

Y sintió un pellizco en el estómago, una especie de vértigo y un cosquilleo incómodo y agradable al mismo tiempo que le revolvió el pecho.

No le gustó.

Porque hacía mucho que no sentía algo así.

Y no podía permitírselo.

No cuando se estaba jugando tanto y se recordó que aquello no era un paseo romántico.

Estaban allí por una razón, así que respiró hondo y decidió volver a un terreno mucho más seguro:

—Creo que hay paparazzi detrás de aquellas sombrillas. Si nos hacen unas cuantas fotos aquí, pienso que ayudarán bastante.

—Y saldrán unas fotos preciosas —dijo Irene, con una sonrisa amplia.

—Es que todo es precioso.

—Todo —repitió Irene, con una sonrisa que no se le quitaba de los labios.

—Aún no he hablado con Sergio. No me devuelve las llamadas. Debe tener un cabreo infinito por las fotos.

—¿Sabes que ayer se pasó por el Mercadona de San Antonio?

—Ayer se supone que estaba en Madrid.

—No. Estaba aquí. Entró justo antes del cierre.

—¿Y qué hacía allí? —preguntó Mateo, sorprendido.

—Buscar a Maica.

—¿A Maica? —murmuró Mateo, sin entender nada.

—Sí. Quiere que le restaure un cuadro que pintó su abuelo cuando él era pequeño.

Mateo sonrió y supuso lo que habría pasado dados los antecedentes:

—Y ella le mandó bien lejos.

—Le dijo que iba a cobrarle un suplemento por tener que verle la cara durante unos días. Aunque sea su cara de cuando tenía siete años.

Los dos se echaron a reír.

—¿Y al final cerraron el negocio? —quiso saber Mateo.

—Sí. Pero luego pasó una cosa que me extrañó un poco.

Mateo la miró con curiosidad:

—¿Qué pasó?

—Maica le comentó lo de la foto con la falda.

—¿Y qué dijo?

—Sergio le quitó importancia.

—¿Cómo? —preguntó Mateo, entornando la mirada.

—Le dijo algo así como: «Las fotos no son buenas, pero tampoco dramáticas. Lo peor para un personaje público es que dejen de hablar de él. El silencio hace mucho más daño que una mala foto».

Mateo frunció ligeramente el ceño. Aquella frase era muy de representante. Muy profesional.

—Es muy de Sergio.

Y, sin embargo, Irene continuó despacio:

—Supongo que sí. Pero yo no he dejado de darle vueltas a lo que dijo.

—¿Por qué?

—Porque si para él es tan importante que se siga hablando de ti, igual no le preocupa tanto que salgan esas fotos.

Mateo negó con la cabeza casi al instante porque entendió por dónde iba.

—No. Sergio jamás haría algo así.

—No digo que lo haga.

—Lleva conmigo desde que empecé. Ha peleado por mí cuando nadie daba un duro por mi carrera. Si hoy sigo jugando al máximo nivel, en parte es gracias a él.

Irene asintió y volvió a insistir:

—Solo te digo lo que me pasó por la cabeza al oírle.

Mateo guardó silencio unos segundos. Era verdad que la frase daba que pensar. Aunque seguía sin poder imaginar a Sergio perjudicándolo deliberadamente. Sacudió la cabeza y dijo:

—Lo entiendo, pero es imposible que Sergio esté detrás de esas fotos. Es imposible. Además, confío en que Julio va a acabar desenmascarando al malnacido que me está haciendo esto. Mejor dicho que nos está... No creo que te hiciera mucha gracia salir en esas fotos.

Irene pensó en que se había muerto de la vergüenza al ver la foto en la que salía en la barca con las patas para arriba, pero al mismo tiempo era la prueba de que aquello no lo había inventado su cabeza.

—Bueno, qué le vamos a hacer. Mi madre también la ha visto.

—¡Dios! ¡Lo siento en el alma, te lo juro! —exclamó Mateo, sintiéndose muy culpable.

—Tranquilo, que le he dicho que me estabas ayudando a buscar el piercing.

—Ja, ja, ja. A Lola le he dicho algo parecido. ¿Y tu madre qué piensa de todo esto? —quiso saber Mateo, ya serio.

Irene estaba tan relajada que respondió con la verdad:

—Que al final me he llevado al gato al agua.

Mateo giró la cabeza y le preguntó sin entender bien la respuesta:

—¿Qué?

—No, inada! —rectificó Irene, apurada—. Que los filetes le parecían buenos. Los filetes empanados.

Los dos se rieron y Mateo no pudo evitar decir después:

—Estuvo genial.

—Sí que lo estuvo.

—Y no me arrepiento de nada —masculló, clavándole la mirada.

—Yo tampoco —replicó Irene, con un hilillo de voz de la emoción.

—Pero lo mejor es que bajemos un poco revoluciones. Estamos en un momento tan crítico que no podemos correr más riesgos.

—Lo entiendo.

—La próxima semana tiene que ser muy tranquila.

—¡Perfecto! —exclamó Irene, intentando como pudo disimular su entusiasmo.

Porque a ella todo le parecía bien.

Si había que buscar un piercing, era genial; pero si había que fingir que eran la pareja más sosa del universo, también fenomenal.

Lo importante era estar a su lado.

Con él todo estaba bien.

Daba igual lo que hicieran.

Luego, Mateo se fijó en algo, se detuvo y le dijo señalando a un punto del horizonte:

—Mira el sol.

Y ella miró exactamente hacia dónde estaba mirando él...

Capítulo 14

Los días siguientes se esforzaron en vender la imagen de la pareja más sana, estable y aburrida del planeta.

Desayunaron matcha frente al mar.

Resolvieron un puzle de mil piezas que Irene insistía en empezar por el centro mientras Mateo defendía que las esquinas eran sagradas.

Hicieron una cata de aceites de oliva.

Meditaron al amanecer.

Escribieron un diario de gratitud.

Recorrieron una cala en kayak donde el único que remó fue él, porque Irene dio tres paladas y se agotó.

Entraron en una librería donde ella salió con cuatro novelas románticas y Mateo con un libro sobre alimentación deportiva.

Visitaron la exposición de un pintor emergente.

Merendaron fruta en un pinar.

Contemplaron las estrellas.

Tomaron café mirando los barcos del puerto.

Incluso dedicaron casi media hora a elegir una vajilla porque Sergio aseguraba que una pareja estable también compartía ese tipo de decisiones.

Todo quedó perfectamente retratado en el Instagram de Mateo.

Una pareja tranquila.

Serena.

Aburrida.

Tan aburrida que la prensa dejó de prestarles la menor atención.

—Tenemos un problema —dictaminó Sergio una mañana que fue a visitarle a la villa, dejando el móvil sobre la mesa.

—¿Cuál? —preguntó Mateo.

—Os habéis pasado de discretos. No salís en ningún sitio.

—Pensaba que eso era exactamente lo que querías.

—Sí, pero tampoco hace falta que parezcáis dos monjes tibetanos haciendo turismo por Ibiza.

Irene soltó una carcajada.

—¿Y ahora qué hacemos?

—A partir de hoy, toda la rehabilitación del tobillo la vais a hacer arriba.

—¿Arriba? —inquirió Mateo, sin entender nada.

—En la terraza de arriba.

Mateo arqueó una ceja.

—¿Y eso por qué?

Sergio señaló las casas de alrededor.

—Porque desde ahí se os ve perfectamente con los teleobjetivos. Y creo que unas imágenes de Mateo Rivelles entrenando con su chica sí que pueden interesar a la prensa del cotilleo y la deportiva.

Y así fue como la recuperación del tobillo de Mateo pasó a formar parte de la estrategia.

Todas las mañanas, antes de entrar a trabajar, o al terminar la jornada, Irene subía a la terraza con Mateo.

Le sujetaba la banda elástica mientras él hacía ejercicios de resistencia.

Le contaba las repeticiones.

Le lanzaba balones para trabajar los apoyos.

Recogía los conos cuando él hacía cambios de dirección.

Cronometraba los ejercicios con el móvil.

Le colocaba la tobillera.

Le preparaba hielo al terminar.

Y, cuando el fisioterapeuta se lo permitía, le ayudaba a estirar el sóleo y los isquiotibiales.

Para cualquiera que los fotografiara parecía una novia pendiente de su pareja.

Para Irene era bastante peor: era la mujer más feliz de Ibiza.

Como aquella mañana en que Mateo estaba trabajando el equilibrio sobre un bosu.

—No me quites ojo —le pidió, concentrado.

—No creo que sea capaz de mirar otra cosa —confesó Irene, que no pudo más que decir la verdad.

—¿Cómo?

—El tobillo. He dicho el tobillo —rectificó Irene, como si fuera lo más obvio.

Mateo sonrió, flexionó ligeramente la rodilla, cambió el apoyo, el bosu se desplazó unos centímetros y perdió el equilibrio.

Irene reaccionó por instinto, corrió hacia él y lo sujetó por la cintura antes de que pudiera caer.

Mateo recuperó el apoyo enseguida, no llegó a tocar el suelo, pero ninguno de los dos se movió.

Ella seguía abrazándolo.

Él notaba el calor del cuerpo de Irene pegado al suyo.

—Gracias —dijo en voz baja.

—Pensaba que te ibas al suelo.

—Ahora ya no.

—¿Seguro? —insistió Irene.

Él sonrió.

—Ahora sí, porque me estás sujetando.

Irene bajó la vista y fue entonces cuando se dio cuenta de que seguía abrazándolo.

Se sentía tan bien abrazada a él...

Desde que eran la pareja más sosa del planeta solo se daban piquitos y unos abrazos que apenas duraban un suspiro.

Echaba tanto de menos la Riva.

Y Mateo también porque de repente ella sintió la erección presionando contra su cuerpo.

Y no podía ser.

Eran dos seres muy castos.

Así que lo soltó de golpe y Mateo tuvo que volver a abrir los brazos para recuperar el equilibrio.

—¡Perdón! —exclamó Irene, llevándose las manos a la cara.

—Tranquila.

Ella carraspeó y, procurando no mirar más abajo de la cintura, murmuró:

—Sí, bueno, he pensado que, si algún fotógrafo nos está enfocando, igual no conviene que inmortalice cierta tienda de campaña.

Mateo se quedó un instante sin saber qué decir y se excusó:

—Ha sido algo... orgánico.

Después rompieron a reír.

Sin embargo, ni la foto de la tienda de campaña ni ninguna de la rehabilitación del tobillo salió en los medios.

Nada de la vida de Mateo despertó el interés, hasta que fueron al mercadillo nocturno de Las Dalias.

A Mateo se le ocurrió que podía ser un buen plan comprar alguna cosita artesanal, tomar algo sanísimo y luego volver derechos a casa.

A Irene le pareció genial y a Lola también.

Últimamente estudiaba a todas horas y quiso desconectar un rato.

Además, quería comprarle una pulserita a Archi.

A Mateo le pareció bien que se uniera a ellos, porque así transmitían la imagen de que Irene estaba muy integrada en la familia.

Irene se fue para allá en cuanto terminó de trabajar y ellos ya le estaban esperando cuando llegó.

Mateo la besó suave en los labios, la agarró de la mano y Lola, que no les quitaba ojo, le dijo a Mateo:

—Esta mujer que se ha puesto ese vestido blanco maravilloso, se ha hecho ese recogido tan ideal y se ha maquillado hoy especialmente para ti, se merece que la agarres bien por la cintura y le metas la lengua hasta bien dentro.

Irene se puso roja, porque eso era lo que estaba deseando. Mateo también, pero no se lo podía permitir.

Tocaba ser soso.

—Tú todavía no eres consciente de lo que me estoy jugando, ¿verdad?

—Te estás jugando que Irene se muera de aburrimiento.

—Lola: soy un jugador de fútbol que está limpiando su reputación.

—No. Eres un chico que ha quedado con una chica.

—Lola, ¡no enredes! Y vamos a recorrer los puestos tranquilamente.

Lola fingió el bostezo y se acercó al primer puesto porque vio una pulsera de cuero que le iba a encantar a Archi.

Luego, se fueron a otro donde compró un anillo que iba a volver loco a Archi.

Después, en un tercer puesto, se llevó otra pulserita que le iba a quedar genial a Archi.

—¿Quién crees que es Archi? ¿Tu muñeco Nenuco al que vas a llenar de complementos? —ironizó Mateo, harto ya.

—Archi es la razón por la que me levanto cada mañana.

—Bueno... —murmuró Mateo, poniendo el grito en el cielo.

—También me levanto por el otro Archi, por ti, por mamá y papá, por la familia entera, incluida mi *cuñi* Irene, por mis amigos, por mi pueblo... Pero cuando abro los ojos cada mañana, mi primer pensamiento es para mi Archi, el grande. Luego ya sí pienso en mi bebé perruno. No sé si me entiendes.

—Yo sí. Perfectamente —intervino Irene, asintiendo.

Lola miró a Irene con complicidad, la agarró por la cintura y dijo:

—Es que tú eres de las mías.

Y así, cogidas de la cintura, se fueron hasta el siguiente puesto, donde Lola se encontró con alguien que conocía:

—¡Nicoleta!

Lola se abrazó a ella y luego se la presentó a ellos como la prima de Michele.

Era una chica alta, de pelo largo, ondulado, vestida al estilo hippy y con un porrito en la mano al que no paraba de dar caladas.

Mateo se puso en guardia y les pidió que se fueran unos puestos más allá donde había visto unos atrapasueños preciosísimos.

—¡Tú odias los atrapasueños! ¡Te regalé uno y me dijiste que te provocaba insomnio! —le recordó Lola.

—El que tienen en aquel puesto es ideal. Lo necesito. ¡Ya!

—Pues vete y nosotras ahora vamos para allá. Nicoleta tiene unas cosas monísimas.

Mateo no se fiaba de nada donde estuviera por medio Michele y replicó:

—Me quedo.

Lola se enamoró a primera vista de unos pendientes de plata con la forma de las hojitas que recogía Archi cada día y pensó que le iban a encantar.

Luego, se flechó de un collar, de un abanico, de unas pulseras...

Y lo cierto era que Nicoleta tenía cosas tan bonitas que Irene no podía dejar de mirar unos aros con unos soles colgando.

—Pruébatelos —le dijo Lola.

Se los probó, miró a Mateo y encontró que estaba tan preciosa que le dijo:

—Llévate también el collar y la pulsera a juego.

—Es que ya se sube mucho. Es plata de la buena —murmuró Irene.

—Te lo regalo yo, por las molestias —repuso Mateo, alzando las manos.

—¿Qué molestias? ¡Adoro los mercadillos! —confesó Irene, riendo.

—¡Te lo regala porque le gustas más que Mafalda! —exclamó Lola, muerta de risa.

—Qué pesada con Mafalda —farfulló Mateo, ofuscado.

—Mi hermano le regaló a Mafalda unas pulseritas que hizo él mismo. Ahora ya no tiene tiempo de hacerlas, pero cuando este regala pulseras es porque siente maripositas en el estómago —comentó Lola, haciendo un corazón con las manos.

Irene se puso roja otra vez y Mateo de la vergüenza que tenía se probó unos anillos como si le fuera la vida en ello.

—Deja de decir chorradas —le suplicó.

—Digo la verdad. ¡Y ese anillo que te acabas de poner es perfecto para mi Archi! —exclamó Lola, quitándoselo.

—¿Dónde le vas a poner esto al gremlin?

—¡Mi Archi, el jardinero! Ay, ¡y ese collar de brillibrilli me encanta para mí!

Lola cogió el collar, se lo colocó alrededor del cuello, intentó abrocharlo, pero no pudo.

—Te ayudo —se ofreció Nicoleta, solícita.

—Genial.

—Sujétame el trócolo —le pidió Nicoleta a Mateo, mientras Lola se apartaba el pelo a un lado.

Mateo miró el porro como si fuera una bomba a punto de estallar y farfulló:

—No. No puedo.

—No muerde. Y solo es un segundo —insistió Nicoleta.

Lola se lo arrebató, le dio una calada y Mateo le miró horrorizado:
—¿Qué estás haciendo?

—Relajarme un poquito, porque me estás poniendo nerviosa. Estás rarísimo —respondió Lola.

Mateo, atacado, le quitó el porro que sostenía entre los dedos y se lo quedó él.

—Yo lo sujeto. Pero rapidito que no tengo todo el día.

Nicoleta le abrochó el collar, le pasó el espejo a Lola para que se viera y ella sonrió porque no podía gustarle más.

—¿A qué es para llorar de lo bonito que es? —preguntó Lola.

Todos dijeron que sí, menos Mateo que solo quería soltar el maldito porro.

Nicoleta al fin le desabrochó el collar, Mateo le devolvió el porro con cara de espanto y después de que Lola se enamorara de unas cuantas cosas más, le dijo a Mateo:

—Pues ya estaría. Ahora pagas tú y date prisa que tengo un hambre...

Mateo que estaba loco por irse de allí, pagó todo y se fueron a un puesto de comida.

A Lola se le antojó pedir hamburguesas para todos y a Mateo por poco no le dio algo:

—¡Lo que me faltaba era que me sacaran zampándome una hamburguesa grasienta! Yo me pido una ensalada.

—Yo también —dijo Irene para acompañarlo.

—No hace falta. El sano tengo que ser yo. Tú puedes comer lo que quieras.

—De verdad que está bien la ensalada.

Se sentaron en unas mesitas a comer y cuando acabaron Lola exclamó entusiasmada:

—¡Y ahora al concierto!

—¿Qué concierto? —quiso saber Mateo, en guardia.

—Chico, no pongas esa cara de susto. Ni que te hubiera propuesto ir a la guerra.

—Pues casi.

—Actúa una banda muy buena un poco más allá.

—Uf —bufó Mateo, con el cuerpo en tensión.

—Vamos, por favor, que también os viene bien que os vean divirtiéndose un poquito.

—Si queréis, podemos ir a escuchar a la banda —propuso Mateo por no quedar de aguafiestas—. Pero yo ni pienso bailar, ni cantar, ni beber.

—¡Planazo! —gritó Lola—. ¡Tú haz la momia mientras nosotras nos lo pasamos teta!

Lola enganchó a Irene del brazo y se fueron hasta el lugar donde la actuación acababa de empezar.

Se dirigieron a la barra. Irene y Mateo se pidieron agua y Lola un buen gin-tonic en copazo de balón.

Con las bebidas en la mano, las chicas se fueron a bailar y a cantar un tema de Bon Jovi, mientras Mateo las miraba rígido como un palo.

Sobre todo, miraba a Irene.

No podía dejar de mirar cómo se movía, cómo se reía, cómo se tocaba el pelo...

Tuvo que beberse la botella de agua del tirón porque se estaba poniendo malísimo.

Él también echaba mucho de menos a la Riva.

Se fue a la barra a por otra agua y ellas siguieron bailando y cantando hasta que Lola se acercó a él y le pidió:

—Agárrame el copazo, que me estoy haciendo pis.

Mateo le sostuvo la copa a regañadientes y le exigió:

—Vuelve rapidito.

Lola se fue al cuarto de baño y cuando regresó, le quitó la copa, cogió a Irene por banda y le cuchicheó:

—Tienes a mi hermano en el bote.

Irene la había escuchado perfectamente, pero aun así replicó:

—¿Qué?

—Nunca le he visto así. Lo vuestro de falso no tiene nada.

Irene la miró y no le quedó más remedio que reconocer:

—Es difícil no enamorarse de tu hermano.

—Tía, tú estás pilladísima por él.

A Irene le entró una risa nerviosa, Lola se rio también y en esto que se acercó a ellos Mateo señalando el reloj de su muñeca:

—Nos tenemos que ir. Una pareja muermazo como la nuestra no debe estar a estas horas fuera de casa.

Las chicas volvieron a reírse y regresaron a la villa con la sensación de que habían hecho las cosas bien.

Pero al día siguiente por la mañana, los medios no hablaron para nada de ellos.

No había fotos del mercadillo.

No había nada.

Hasta las nueve de la noche, que Dani le mandó a Mateo unas fotos que acababan de publicarse en el periódico deportivo de siempre, en las que salía en unas con un porro en la mano y en otras con un copazo de gin-tonic.

Le explicó todo, le dio las gracias por avisar, y desesperado llamó a Julio:

—Tío, hay nuevas fotos. ¿Las has visto?

—¡No me jodas! Voy a ver.

—Estoy muy jodido.

Julio se quedó unos segundos en silencio y luego soltó:

—Ya las tengo. ¡Qué putadón! ¿Quién puede odiarte tanto como para hacerte esto?

—Michele. En el mercadillo estaba la prima, ella debió llamarle y mandaron a alguien para inmortalizar el momento en el que me enredó para que cogiera el porro. Luego debieron seguirnos y cuando Lola se fue al baño y le sujeté la copa... me hicieron las otras fotos.

—¡Esto no puede seguir así! —exclamó Julio, muy indignado—. No voy a parar hasta que no dé con el hijo de puta que te está haciendo esto. Pero lo de Michele huele fatal.

—Siempre que me sacan haciendo cosas inapropiadas, él está de por medio.

—¡Aguanta, Mateo! Ese cabrón tiene los días contados. Vamos a pillarlo y yo mismo me voy a encargar de enseñar todas las pruebas, cuando las tengamos. El daño va a quedar reparado. ¡Te lo juro! ¡Confía en mí!

—Gracias, amigo —agradeció Mateo, soltando el aire.

Colgó y se quedó estupefacto al ver a través de la cristalera a Lola en la piscina con Archi, puesta delante de él.

Salió afuera y escuchó a su hermana decir:

—No, así no. Tienes que girar la cabeza.

—¿Así? —replicó Archi.

—No. Parece que estás intentando morder el agua.

—No sabía que esto exigía tanta técnica.

Lola le colocó la cabeza con las manos para que viera cuál era la postura y él se quedó mirándola.

—¿Qué? —preguntó Lola, risueña.

—Nada.

—¿Por qué me miras así?

—Porque ahora mismo me está costando mucho concentrarme en el crol.

Mateo no tenía ni idea que estaba pasando, tan solo se limitó a gritar:

—Lolaaaaaaaaaaaa.

Archi se puso nervioso y Lola preguntó como si ahí no pasara nada:

—¿Qué ocurre?

—¿Qué estás haciendo?

—Enseñando a nadar a Archi, fuera del horario laboral. Milda lo sabe y le ha dado permiso.

—Pasa dentro, por favor. Tengo que hablar contigo —le dijo muy borde.

—Mateo, te pido disculpas —se excusó Archi, llevándose la mano al pecho.

—Contigo está todo bien. No tienes que preocuparte por nada —le aseguró Mateo.

Este entró en la casa y Archi le preguntó a Lola:

—¿Le contaste a tu hermano que ibas a enseñarme a nadar?

—Se lo iba a contar ahora.

—Todavía no sé en qué hora me convenciste para hacer esto.

—Porque me di cuenta desde el primer día de las caras de pánico que pones cuando recoges hojas en la piscina y necesitas aprender a nadar.

—No pongo cara de pánico. Lo controlo muy bien. Y sé flotar. No he tenido tiempo de aprender a nadar. En el instituto de mi barrio no había piscina y además he estado muy ocupado ayudando a mi madre en el bar. Soy el mayor de cuatro hermanos. Mi padre nos dejó cuando nació el pequeño.

—Llevo meses queriendo saber más de ti y en un momento me has contado media vida.

Archi sonrió y luego replicó:

—Tu hermano es majo. Llega a ser otro y nos monta un pollo tremendo.

—Seguro que lo entiende. No puedes estar sin saber nadar y yo te voy a enseñar.

Archi respiró hondo, la miró y luego dijo con una mezcla de resignación y rabia:

—Me vuelves loco.

—¡Y te encanta!

Lola le lanzó un beso con la mano, salió del agua, se puso un albornoz y unas chancas y entró en la casa.

Mateo estaba esperándola con el móvil en la mano y le enseñó las fotos.

—¡Qué fuerte! —exclamó petrificada.

—Nicoleta tuvo que llamar a Michele.

—¿Nicoleta? ¿Pero tú la has visto? ¡Es un amor! Ella jamás te haría una faena semejante.

—Sergio tenía muy avanzadas las negociaciones, estábamos ya un tris de la firma. Y esto lo va a mandar todo a la mierda.

A Lola se le ocurrió algo de repente y soltó, muy segura:

—Yo lo puedo arreglar.

—Mejor quédate quietecita. No sé cómo lo haces, que cada vez que apareces se líaa. O sí. Michele igual se pasa el día siguiendo tus movimientos. Es un psicópata.

—¡Cálmate y deja de inventar! La única forma de arreglar esto es que Julio me consiga una entrevista en algún programa y yo cuente la verdad del gorro de brócoli, de la falda, del porro y de todo.

—¿Qué quieres? ¿Matar de un disgusto a mamá y papá pensando que te pasas el día dándole al porro y a los gin-tonics?

—Yo se lo explicaré a ellos.

—Tú no vas a hacer nada. Julio dice que están a punto de desenmascarar a Michele.

—Eso no va a suceder jamás. Porque él no es el topo —aseguró Lola.

—Mejor no apuestes nada.

Mateo no pudo seguir hablando porque recibió la llamada de Irene y Lola aprovechó para ir a cambiarse de ropa.

—¡Mateo! —exclamó Irene, muy preocupada—. Milda acaba de mandarme las fotos nuevas. Estoy sin palabras.

—Nicoleta debió alertar al primo de que estaba allí y me han cazado otra vez. Y justo en el peor momento para hacerlo.

—Hay que frenar esto como sea. Y ahora vas a tener que ser tú quien ponga las trampas.

—Tú me dirás cómo.

—Vas a tener que ir a un sitio y que solo lo sepa una persona. ¿Quién sabía que ibas al mercadillo de Las Dalias?

—Dani, Julio y Sergio. A los tres les dije que iba a ir con Lola y contigo.

—Pues mañana vas a tener que ir a otro sitio y que solo lo sepa uno.

—Pero si es Michele. Es absurdo que perdamos el tiempo.

—Tampoco vamos a perder tanto tiempo. Vamos a hacer un descarte.

—¿Para qué? —insistió Mateo.

—Mejor pregunta por qué. Porque te estás jugando tu futuro. Es algo serio. Y debemos ser serios. Aunque entiendo que confíes en tu gente. Pero necesitamos más que nunca descartar.

—Haz lo que quieras. Yo sigo pensando lo mismo.

—Vayamos por orden alfabético. Empecemos por Dani.

—Ya ves, Dani. Mi hermano. ¿Cómo me la va a jugar? —inquirió Mateo, convencido.

—Limítate a decirle que mañana vas a ir un sitio a hacer algo muy loco.

—Irene: te agradezco lo que estás haciendo por mí. Pero esto es ridículo.

—Tenemos que descubrir quién te está vendiendo la piel. Así que llámalo y dile que mañana vamos a cenar al Parador y que allí...

—Te pediré la mano —le interrumpió Mateo.

—¿Qué? —preguntó Irene a la que estuvo a punto de caérsele el móvil de la mano.

¡Toda la vida diciendo que iba a casarse con él, y al día siguiente iba a pedirle su mano! Su mano falsa, pero su mano al fin y al cabo.

—¿No quieres que le diga que vamos a hacer algo muy loco? ¿Qué hay más loco que eso? —quiso saber Mateo.

Irene suspiró, disimuló como pudo, carraspeó un poco y contestó:

—Es perfecto. Cuéntale a Dani que vas a clavar la rodilla durante una cena en el Parador, en la tercera mesa del rinconcito del fondo. Una que da a un ventanal donde nos pueden retratar perfectamente. Si se publica la foto, ya tendríamos al topo.

—Tengo prensa que me sigue a todas horas —le recordó Mateo.

—Tú sabes quiénes son los que te siguen. Yo también. Dales esquinazo y te espero en el Parador.

—Esto es un despropósito en el que solo me interesa una cosa. ¿Pasaremos la noche juntos en el Parador?

—Por mí... —respondió Irene, con la voz temblorosa.

—Entonces mañana nos vemos allí.

Colgó.

Irene siguió con el móvil pegado a la oreja varios segundos más.

Acababa de aceptar pasar la noche con el hombre del que llevaba años enamorada, aunque solo fuera para tender una trampa...

Capítulo 15

Mateo llevaba más de media hora despierto cuando decidió que ya no tenía sentido seguir dándole vueltas.

Cogió el móvil, buscó el nombre de Dani y lo llamó:

—¡Buenos días! —contestó el preparador con la voz somnolienta

—. ¿Qué haces despierto tan temprano?

—Necesito contarte una cosa.

—¿Ha pasado algo con el tobillo?

—No. No es el tobillo.

—¿Entonces?

Mateo soltó el aire y le contó despacio:

—Podía haber esperado unos meses, incluso al final de la próxima temporada, pero ya no puedo más. Necesito hacerlo antes.

Dani tardó unos segundos en responder bastante preocupado:

—No me gusta cómo suena eso.

—¿Por qué?

—Porque me está sonando a que quieres hacer una locura y no sé si eres consciente de que este es el peor momento para que te pongas a hacerla.

—Y esta no es una locura cualquiera: es una de las grandes.

Dani acabó de despertarse y le exigió en un tono de clara advertencia:

—¡No sometas al tobillo a ningún esfuerzo raro! ¡Ahora mismo no puedes permitirte hacer tonterías!

—Esto no va a afectar al tobillo, sino a la rodilla.

—¿La rodilla? No entiendo nada —dijo Dani, frunciendo el ceño.

—Esta noche voy a pedirle matrimonio a Irene.

Y tras decir esto, Mateo tuvo que respirar hondo.

Era curioso. Sabía perfectamente que aquello era mentira. Y, sin embargo, de solo pronunciar aquellas palabras notó un cosquilleo extraño en el estómago.

Al otro lado se hizo un silencio enorme y, de repente, Dani soltó una carcajada:

—¡Joder! ¡Estaba cantado!

—Ah, ¿sí? ¿No te sorprende?

—¿Sorprenderme? Pero si se os ve a kilómetros lo enganchados que estáis. Y yo nunca te había visto así. Pareces otro. Y ella parece una buena chica que se preocupa por tu tobillo más que tú.

—Ja, ja, ja.

—En serio. No tienes más que ver todas las videollamadas que me hace para asegurarse de que está ayudándote a hacer bien los ejercicios.

—La recuperación está acelerándose gracias a ella.

—Es una persona que aporta y aparte es un cielo de chica.

Mateo miró un instante a la escultura del oso-calamar y pensó en ella, en cómo había aparecido en su vida, en el beso en el Ushuaia, en la Riva, en cómo le sujetaba el tobillo, en cómo le contaba las repeticiones, en cómo había conseguido que, por primera vez en mucho tiempo, dejara de pensar durante un buen rato en el fútbol.

—Sí que lo es.

—Pues si es lo que deseas...

—¡Con todas mis fuerzas! Nunca he tenido nada tan claro. Lo que siento por ella, no lo había sentido jamás por nadie.

En cuanto terminó la frase, se quedó completamente quieto porque acababa de darse cuenta de que no estaba mintiendo.

Todo aquello era verdad, por eso se notaba tan sincero. Salía tanto del corazón que Dani exclamó:

—Tío, si es que se nota. ¡Estás coladísimo!

Mateo dejó escapar una sonrisa sin darse cuenta y después continuó con el plan:

—La voy a llevar esta noche al Parador, a la tercera mesa al fondo, la que tiene unas vistas espectaculares. Allí voy a hacerlo, pero no quiero que lo sepa absolutamente nadie. Quiero sorprenderla.

—Tranquilo. No saldrá de aquí. Y, hermano, ojalá seas muy feliz.

—Gracias —replicó Mateo con un nudo en el estómago de la culpa que sentía.

Porque sabía que Dani le estaba deseando lo mejor de verdad. No era postureo. Él sentía que era eso: un hermano.

—Gracias a ti por dejarme vivirlo.

Cuando colgó, Mateo se quedó varios segundos mirando el móvil mientras se recordaba a sí mismo que, aunque odiaba mentir, y

menos a Dani, necesitaba descartarlo de una vez por todas.

Después se fue a entrenar y al mediodía salió de casa a comprar el anillo con tantos nervios que tuvo que repetirse un montón de veces que solo era un anillo de pega.

Y así llegó la noche...

Mateo llegó unos minutos antes a la cita, le llevaron hasta la mesa que habían reservado, la tercera del fondo que ofrecía unas vistas mucho más increíbles de lo que había pensado.

Pidió una botella de agua y le dio un trago largo. Tenía la garganta completamente seca.

Unos minutos después, la vio entrar y el mundo pareció detenerse.

Irene llevaba un vestido azul de tirantes, con una abertura que dejaba ver la pierna casi entera al caminar y unas sandalias de tacón alto.

Se había recogido el pelo y lucía los pendientes artesanales que él mismo había comprado en Las Dalias.

Estaba impresionante, pensó.

Irene se quedó sin aliento al verlo. Llevaba un traje de lino y una camisa blanca que le resaltaba más el bronceado.

Irene suspiró porque parecía sacado de cualquiera de sus sueños.

Se miraron, sonrieron al verse y ambos comprendieron al momento que estaban muchísimo más nerviosos de lo que esperaban.

Mateo se levantó, le apartó la silla y ella se sentó.

Él hizo lo mismo y durante unos segundos nadie supo qué decir, hasta que Irene rompió el hielo.

—Pareces nervioso.

—Lo estoy.

—No eres el único.

Mateo bebió más agua y reconoció arqueando una ceja:

—He hablado con Dani y está feliz con mi compromiso. Feliz de verdad. Y yo le estoy tendiendo una jodida trampa.

—Entiendo cómo te sientes.

—Pero hay que hacerlo —dijo Mateo, encogiéndose de hombros.

—Es necesario.

Mateo asintió, aunque los dos sabían que aquella no era toda la verdad.

Si estaban así no solo era por la trampa, sino porque había entre ellos algo que era cada vez mucho más fuerte de lo que estaban dispuestos a reconocer.

—Está bien que estemos nerviosos, porque así hace esto más real —opinó Mateo.

—Le da credibilidad.

El camarero apareció para tomar nota y, en cuanto se marchó, Mateo comentó:

—Quizá deberíamos cogernos de la mano, por el contexto...

—Ya, claro, sí.

—Si hay fotógrafos, mejor que parezca natural —añadió Mateo.

—Tienes razón.

Irene le tendió la mano, él la agarró y, en cuanto sus dedos se entrelazaron, los dos sintieron el mismo estremecimiento.

Aunque ninguno dijo nada al respecto.

Simplemente siguieron con la cena.

Mientras hablaban, Mateo vació casi sin darse cuenta una botella de litro de agua.

Todo sin dejar de mirarse con intención, de tocarse y de desear al otro como no recordaban haberlo hecho antes.

Y entre plato y plato, ella confesó al tiempo que Mateo pensaba que se moría por besarla:

—No le he contado nada de esto a nadie. Maica es la única que sabe que no voy a dormir en casa esta noche. Pero no le he dicho dónde, ni mucho menos lo de la pedida. Si mañana sale en la prensa, no me quedará más remedio que contarlo. Pero de momento, nadie sabe que estoy aquí en mi pedida de mano falsa.

—A ver si sale bien. Estoy un poco... atacado.

—Seguro que sale bien.

—Espero haber acertado con la talla del anillo.

Irene sonrió sin creer que estuvieran hablando del anillo de pedida que le iba a poner en el dedo el chico del que llevaba enamorada toda la vida.

Y, aunque fuera mentira y aunque fuera solo una trampa, le costó respirar.

Disimuló como pudo su nerviosismo y se relajó un poco al suponer que la petición sería al terminar los postres.

Pero estaba completamente equivocada, pues nada más retirar el camarero el segundo plato, Mateo empujó la silla hacia atrás.

Se levantó, rodeó la mesa y clavó una rodilla en el suelo.

Así.

Sin más.

Irene abrió muchísimo los ojos y la copa casi se le escapó de las manos.

—¿Qué? ¿Ya? ¡Pero estas cosas se avisan! —susurró entre dientes.

Mateo, que ya no se aguantaba más los nervios, replicó:

—Ya no puedo más.

Le cogió la mano, la miró a los ojos y se dio cuenta de que no debía inventar nada porque solo tenía que dejar hablar a su corazón.

—Nunca me había sentido así con nadie.

Irene dejó de respirar y solo le dio tiempo a decir con el corazón en la garganta:

—Dios.

—Eres la mujer más especial que he conocido. Cuando estoy contigo, me olvido del futbolista. Me olvido del ruido, de los medios, de la presión, de todo. Contigo solo soy Mateo. El chico de Rascafría que soñaba con jugar al fútbol cuando era pequeño. Y, por primera vez en mucho tiempo, siento que alguien me mira de verdad. No al futbolista. A mí —dijo con la voz ligeramente quebrada—. Siento que me entiendes, que luchas por mi sueño como si fuera el tuyo. Y ya no concibo estos días sin ti. No quiero imaginar cómo habría sido todo esto si no hubieras aparecido.

Irene no pudo contener las lágrimas, intentó replicar algo pero no pudo.

No podía hablar.

No le salían las palabras.

Entonces, Mateo metió la mano en el bolsillo de la chaqueta, sacó una pequeña caja, la abrió y dentro brillaba un anillo precioso.

Irene se llevó la mano a la boca.

—Qué bonito —susurró. Le temblaban tanto las piernas que tuvo que agarrarse a la mesa—. Ni en mis sueños...

Mateo sacó el anillo, la miró con los ojos vidriosos y dijo con la voz tomada por la emoción:

—Irene, ¿te quieres casar conmigo?

Irene sintió cómo dos lágrimas se resbalaban por las mejillas y que el corazón le iba a estallar.

Quiso contestar, pero solo consiguió asentir una y otra vez. Le tendió la mano y Mateo deslizó el anillo por su dedo.

Entró perfecto.

Los dos se quedaron mirándolo y ella por fin logró susurrar:

—Parece hecho a medida.

—Es que era para ti. Solo para ti —dijo Mateo, maravillado de lo bien que le quedaba.

Irene, que seguía llorando, alzó la vista lentamente.

Mateo sacó un pañuelo y se lo tendió:

—Perdona —musitó ella, tras cogerlo—. Lo de las pedidas y los anillos me ponen muy moñas.

Mateo la miró de un modo tan intenso que Irene se estremeció, carraspeó y dijo:

—Hay una cosa que quiero decirte...

—Dime.

—Todo lo que acabo de decir, no era mentira.

Irene volvió a emocionarse y fue tan sincera como él:

—Para mí tampoco lo es. Estos días están siendo muy especiales. Te admiro muchísimo. Y nunca había conocido a nadie como tú. Estoy tan a gusto que no quiero que esto termine.

Mateo se encogió de hombros y replicó hablando entre dientes, por si acaso les estaban grabando y luego intentaban leerle los labios:

—Fingir un noviazgo falso es una forma de conocerse como otra cualquiera.

Los dos rompieron a reír, Mateo se incorporó y ella le preguntó:

—¿Y ahora qué?

—Ahora creo que toca un beso, pero tampoco es obligatorio.

—Ya, pero por el contexto hay que hacerlo.

Mateo la agarró por la cintura, la estrechó contra él, se miraron y se dieron un beso espectacular.

Un beso intenso y apasionado que los dejó a ambos muertos de deseo.

Tanto que Mateo se sentó para evitar que le sacaran otra vez empalmado.

Irene hizo lo mismo, levantó la mano y miró el anillo. No podía dejar de hacerlo:

—Si hay fotografías, estarán frotándose las manos. Les hemos dado mucho material —comentó ella.

—Y del bueno.

Irene volvió a mirar el anillo y supuso lo que iba a pasar después:

—El anillo te lo tendré que devolver cuando...

Mateo negó con la cabeza y, para sorpresa de Irene, replicó:

—No, quédatelo.

—¿Cómo que me lo quede? —replicó Irene, frunciendo el ceño.

—No es prestado. Lo compré para ti. Es tuyo. Por las molestias.

Irene se quedó estupefacta y preguntó con la voz temblorosa:

—¿Hablas en serio?

—Desde luego.

—Pero si no es ninguna molestia. Al contrario, estaba loca por conocer el Parador.

—Ya conoces el Parador y ahora también te llevas un anillo.

—Es que me parece...

—Perdí el ticket —le interrumpió Mateo— y si se lo doy a Lola, se lo va a dar a Archi. No puedo correr ese riesgo —dijo divertido—. Quédatelo, por favor.

Irene acarició el anillo con el pulgar y masculó:

—Vale. No me lo voy a quitar jamás. —Mateo la miró extrañado y ella aclaró—: Es que es tan bonito...

—No hace falta que lo lleves puesto toda la vida —bromeó—, pero me encantaría que lo guardaras de recuerdo de estos días que han sido tan especiales... a pesar de todo.

Irene respiró hondo y solo pudo ser sincera:

—Para mí está siendo el mejor verano de mi vida.

—Eres muy amable, pero no creo que...

—Lo es. Es para tanto —insistió ella.

—Me alegro. Yo, a pesar de los disgustos como el de ayer que me sacaron con el porro y la copa, solo puedo decirte que los momentos en que estoy contigo hacen que todo lo demás no importe. Me olvido de Mateo Rivelles, el futbolista, que no es poco.

Irene suspiró, sonrió y le dio las gracias con una sonrisa enorme:

—Gracias.

—A ti.

Luego, él miró la botella de agua casi vacía y sonrió con resignación:

—Creo que voy a tener que ir un momento al cuarto de baño. He bebido tanta agua de los nervios que estoy a punto de hacérmelo encima.

Irene soltó una carcajada:

—Ve. Yo te espero.

Mateo salió, atravesó el pasillo y entró en el baño.

Cuando acabó, se lavó las manos, respiró profundamente y miró su reflejo en el espejo.

Seguía impresionado por lo que acababa de hacer.

No esperaba que aquella mentira le hubiera salido tan de dentro.

Y todavía la noche no había hecho más que empezar.

Sintió una especie de mariposeo en el estómago y cuando abrió la puerta para salir, chocó de frente con alguien.

Los dos dieron un pequeño paso atrás.

—¡Michele!

El italiano sonrió, como si se alegrara muchísimo de verlo.

—¡Mateo! Hombre, ¡qué casualidad!

Mateo se quedó rígido y se fijó en que Michele llevaba un bastón antiguo, de madera oscura, con un pomo de plata.

Tragó saliva y clavó la vista inmediatamente en él, con las alertas completamente disparadas.

—¿Qué haces aquí?

—Estamos celebrando en los salones las bodas de oro de mi tío Genaro, el padre de Nicoleta.

Mateo apretó las mandíbulas y murmuró a la defensiva:

—No me lo creo. Me has seguido hasta aquí.

Michele soltó una pequeña carcajada y le aconsejó en un tono que ofuscó más todavía a Mateo:

—De verdad, deberías relajarte un poco.

Mateo señaló el bastón y le preguntó alzando las cejas:

—¿Y eso?

—El bastón de mi tío Genaro. Está bailando y me ha pedido que se lo guarde. No se fía de nadie más.

Mateo siguió sin apartar la vista del bastón y quiso saber sin creerle una palabra:

—¿Y te lo has traído al baño?

—Claro. Es una joya —respondió alzándolo un poco para que Mateo lo viera bien—. Ébano napolitano, pulido a mano hasta tal punto que puedes afeitarte mirándote en él. El pomo es de plata maciza, cincelado por un orfebre de Nápoles, con un ónix negro en el centro. Pesa lo suyo, ¿eh? —dijo agitándolo y Mateo ni se movió. No pensaba dejarse intimidar por él—. Mi tío Genaro dice que un caballero debe llevar siempre un bastón que pueda durar tres vidas. Este incluso lleva un mecanismo secreto. Aprietas aquí y... Bueno, ya te lo enseñaré.

Mateo le fulminó con la mirada y le preguntó airado:

—¿Y qué sale? ¿Una navaja? ¿Una pistola? ¿O acaso piensas partirme las piernas y arruinarme la vida? ¿O quizá directamente matarme?

Michele abrió muchísimo los ojos y respondió alucinado:

—Tío, tú estás fatal. Solo he venido a hacer pis.

—Seguro que has dado el chivatazo, me han hecho fotos de la pedida de mano a Irene y ya muerto, esas fotos valen mucho más.

—¿Y por qué vas a morir?

—Porque supongo que has venido a matarme.

—Va a ser que no. Lo siento mucho, le has pedido matrimonio y ahora te aguantas y apechugas. Yo no voy a matarte.

Mateo esbozó una sonrisa de medio lado y dijo mordaz:

—¿Te conformas con dejarme en una silla de ruedas?

Michele negó con la cabeza, chasqueó la lengua y respondió:

—Mateo: amo el fútbol. Me encantaría verte jugar algún día en el estadio Diego Armando Maradona, pero no te voy a partir las piernas

porque prefieras el Bernabeu. No seas tan desconfiado.

—No seas tú cínico. Jamás me vas a perdonar lo de Lola.

Michele sin decir una palabra, se desabrochó los botones de la camisa y dejó al descubierto un tatuaje en el pecho en el que podía leerse una sola palabra: Lola.

—Lola va a estar siempre aquí —afirmó dándose una palmada en el pecho—. Hay personas por las que uno sería capaz de cualquier cosa. La quiero tanto que jamás le haría daño. Ni a ella. Ni a los suyos. Todos sois familia.

—Me da una tranquilidad que me consideres familia... ¡No te creo absolutamente nada!

—Entiendo que como defensa siempre estés esperando que alguien la lie. Los buenos defensas sois desconfiados. Es una virtud. Lo que ya no es una virtud es pensar que todo el mundo quiere matarte.

Mateo dio un paso hacia él.

—No, todo el mundo, no. Tú y tus amigos que lleváis un tiempo jodiéndome la vida.

Entró un hombre en el baño, les saludó con un «buenas noches» y Michele le dijo a Mateo:

—Una cosa es anticiparse al delantero y otra muy distinta creer que todo Nápoles conspira contra ti.

Mateo dio otro paso hacia él y le advirtió:

—Estamos a punto de desenmascararte. Voy a tener pruebas muy pronto y, cuando caigas, no pienso tener ninguna compasión.

Mateo salió del baño convencido de que acababa de sobrevivir a un intento de asesinato.

Y fue directo a buscar a Irene.

Ella en cuanto lo vio llegar, sonrió. Aunque la sonrisa le duró apenas dos segundos.

Algo en su cara había cambiado. Mateo estaba muy serio:

—¿Qué ha pasado?

Mateo miró alrededor, comprobando que nadie pudiera escucharlos y le pidió:

—Vámonos a la habitación.

Irene tragó saliva, miró los postres que acababan de traer y replicó:

—¿Y los helados?

—Cógelos. ¡Nos lo llevamos a la habitación!

Ella pestañeó varias veces, cogió las copas de helado, se levantó y lo siguió.

Mientras caminaban por el pasillo, ella no podía dejar de darle vueltas a cuál sería la razón por la que Mateo había tardado más de la cuenta en volver del cuarto de baño.

¿Habría estado reflexionando un poco? ¿Se habría dado cuenta de que la quería de verdad y ya no podía aguantar ni un segundo más sin dar rienda suelta a la pasión? ¿Por eso le habían entrado esas prisas?

Irene tembló entera y por poco no se tropezó al entrar en el ascensor.

Menos mal que Mateo con sus reflejos de futbolista la sujetó y luego le cogió las copas al vuelo.

Las puertas se cerraron, hubo un silencio incómodo, pero Irene ya no pudo aguantar más:

—¿Qué ha pasado en ese cuarto de baño que has vuelto con otro semblante?

Mateo resopló, puso cara de circunstancias y respondió bajando la voz:

—He sobrevivido a un intento de asesinato.

Irene dio un respingo porque esperaba escuchar cualquier cosa menos esa.

—¿Qué?

—Michele.

—¿Michele estaba en el cuarto de baño?

—Ha entrado detrás de mí, con un bastón.

Irene tardó unos segundos en reaccionar. Ella esperaba un: «te amo, vamos a follar hasta mañana» y le tocó escuchar un thriller de mafioso con bastón:

—Un bastón... ¿Bastón de los de toda la vida del abuelo? —murmuró ella.

—Un bastón rarísimo.

—¿Qué tenía de raro?

—Ese bastón escondía algo. Estoy seguro.

—¿Qué escondía? —preguntó Irene a la que todo aquello le pareció surrealista.

—No lo sé. Una espada. Un cuchillo. Una escopeta. Un dardo envenenado. Algo.

Irene ya no pudo más y soltó una carcajada, que provocó que Mateo la mirara indignado.

—¿De qué te ríes?

Las puertas del ascensor se abrieron, salieron y ella respondió:

—Perdón, pero ¿de verdad piensas que Michele ha ido al baño de un hotel para asesinarte con un bastón?

—No era un bastón cualquiera. Era napolitano. De un tío suyo. El tío de Nicoleta, que cumple las bodas de oro y dice Michele que le ha dejado el bastón mientras bailaba.

Irene volvió a partirse de risa mientras se dirigían a la habitación:

—Pues suena más creíble que lo del asesinato.

—Lo veo justo al revés. Me ha seguido, me ha visto clavar la rodilla y ahora quiere matarme porque esas fotos van a valer muchísimo más.

—Mateo... Cuando he llegado he visto a un montón de italianos vestidos de boda.

—Él venía a por mí. Entró detrás de mí. Eso no puede ser casualidad. Y encima me enseñó el bastón. Quería intimidarme.

—¿Y luego?

—Partirme las piernas o darme matarile. Luego entró otro hombre.

Irene se mordió el labio para no volver a reírse:

—Era un baño público, lo normal es que entre gente.

—Tenía acento de Cáceres, pero tampoco me fío. Ese también podía ser de la mafia perfectamente.

Irene trató de contenerse, pero soltó una carcajada.

Mateo, muy serio, replicó justo cuando llegaron frente a la puerta de la habitación:

—Tú te estás riendo, pero esto es muy grave.

Irene miró la puerta y pensó que tenía razón. Estaba a punto de atravesar el umbral del lugar donde iba a pasar una noche entera

con el tío que tenía pegado en la nevera.

El chico con el que sabía que acabaría casándose.

Y ahora tenía un anillo de compromiso en el dedo.

Así que sí.

Aquello era muy grave.

Pero ya no había vuelta atrás...

Capítulo 16

La habitación era enorme, con una cama que Irene ni se atrevió a mirar y una terraza espectacular.

—Vamos fuera —dijo Mateo.

Irene le abrió la puerta de la terraza, salieron, se sentaron y Mateo le pasó su copa de helado que estaba empezando a derretirse.

Durante unos segundos ninguno habló, empezaron a tomarse los helados y después Mateo retomó la conversación:

—Estoy convencido de que Michele nos ha seguido. Lo de las bodas de oro de su tío es mentira.

—¿No te estarás emparanoiando un poco?

—Es él. Aunque me haya asegurado que quiere tanto a Lola, cuyo nombre lleva tatuado en el pecho, que jamás le haría daño a ella ni a su familia. Es más, el muy cínico me considera familia.

—A lo mejor es que es así.

—Ni de coña. Y si mañana salen las fotos de la pedida, obviamente las habrá filtrado él, porque de Dani no espero semejante faena.

—Si no aparecieran en prensa las fotos de la pedida, ya tendríamos a dos descartados.

—Perdona —le interrumpió Mateo—, pero yo a Michele no lo descarto, aunque no salgan las fotos.

Irene le vio tan agobiado con el tema que se le ocurrió:

—¿Quieres que llamemos a Lola para que nos confirme a través de Nicoleta que son las bodas de oro de sus padres?

—¡Quita, quita! —exclamó Mateo, moviendo las manos—. Como meta a Lola en esto ya sí que se lía a lo grande.

—Solo hay que preguntarle por lo de las bodas de oro.

—Con Lola nunca es solo una pregunta. Es una pregunta y el lío de pelotas que viene detrás.

—Con ella no te aburres —comentó Irene, risueña.

Mateo dejó escapar una risa breve.

—No. Pero tampoco me divierte sacarle de marrones a las tantas de la mañana. Algún día aprenderé.

Irene sabía que no, que él jamás iba a cambiar.

—No. Nunca vas a dejar de proteger a los tuyos.

—Soy un *Caprichornio* de pacotilla.

Irene soltó una carcajada y luego dijo convencida:

—Me encantan los Capricornios.

—Así. ¿En genérico? —replicó él con una sonrisa pícara.

—En lo concreto, tú eres un Capricornio que no está nada mal —admitió Irene, mientras disfrutaba de su helado poniendo unas caras como si aquello estuviera de vicio.

A Mateo le encantó su respuesta. Sonrió para sí y, incapaz de resistirse, le pidió:

—¿Me dejas probar tu helado?

—Es más bien una natilla.

Mateo metió la cucharilla, lo probó y confesó divertido:

—Tenías razón. El de manzana es mejor que el de mango.

—Si quieres te lo cambio. Aunque esté chupeteado —dijo Irene, ofreciéndole su copa.

—No tengo ningún problema, si la que ha chupeteado eres tú. Pero como buen Capricornio, prefiero proteger a mi gente. Quédate con el tuyo. Hazme caso. Está muchísimo más bueno.

Dicho lo cual, volvió a robarle otra cucharada.

—¡Oye!

—Solo estaba comprobándolo.

—Ah, vale. Entonces, sí... Yo el tuyo no lo voy a probar. Si es que no hay más que verlo —replicó Irene, poniendo cara de asco.

—Eres buena eligiendo helados. Lola también. Ella siempre los elige por mí. Y hablando de ella...

—Sí.

Mateo se quedó en silencio. Y luego decidió que había llegado el momento de contarle algo importante. No como una revelación dramática, sino como alguien que estaba cansado de cargar con eso.

—Verás, todo el mundo piensa que soy un golfo.

Irene prefirió no decir nada, siguió con el helado y Mateo continuó:

—No lo soy.

Irene pensó que no hacía falta que se lo dijera. Ella sabía muy bien cómo era, pero él prosiguió:

—Detesto las discotecas, las macrofiestas y todo ese rollo. La gente cree que vivo de juerga en juerga, pero lo que no saben es que acudo a esos lugares por Lola.

Mateo apuró su helado, dejó la copa sobre la mesa y siguió hablando mientras Irene escuchaba con atención:

—Lo de proteger a Lola me va a costar la carrera.

—¿Qué estás diciendo?

—La lesión por la que llevo meses parado no fue por lo que cuentan.

—Nunca hago caso de lo que cuentan —aseguró Irene, agitando al aire la cucharilla.

—Haces bien. En mi caso sucedió que Lola me llamó. Estaba en una fiesta, había bebido demasiado, estaba fatal y no encontraba la salida. Perdió a sus amigas, no respondían al móvil, así que acudió a mí. Fui a buscarla y cuando por fin la encontré, salimos por unas escaleras. Con tan mala fortuna que ella resbaló, la sujeté y logré que no se cayera, pero yo me torcí el tobillo.

—¡Madre mía! —exclamó Irene, espantada.

—Al día siguiente solo publicaron las fotos en las que aparecía saliendo de aquella fiesta. Y todo el mundo pensó lo mismo: «es un irresponsable que sale de fiesta dos días antes de un partido importante».

Irene sintió un nudo en la garganta y replicó:

—¿Por qué no diste una entrevista para contar la verdad?

—No quería que Lola cargara con esa culpa. Ni tampoco dar ese disgusto a mis padres.

Irene entendió muchas cosas, dejó la copa, le cogió la mano y confesó:

—En esas fotos vi la cara de alguien que estaba ansioso por irse de allí cuanto antes.

Mateo bajó la vista hacia sus manos entrelazadas. Permaneció unos segundos en silencio y, cuando volvió a hablar, lo hizo con una sinceridad que ni él mismo esperaba:

—Lo estaba. Apenas salgo y no soy mujeriego. Desde que dejé a mi última novia no he vuelto a conectar con nadie. Sí que ha habido algún escarceo, pero nada serio. Nunca encontraba a nadie con quien quisiera quedarme, hasta que apareciste tú.

Irene sintió que el corazón volvía a acelerarse y se abrió también:

—A mí me está pasando lo mismo.

Mateo le acarició el dorso de la mano con el pulgar y reconoció:

—Aunque nos hayamos conocido de la forma más rara del mundo, me gustaría seguir conociéndote cuando todo esto termine. Sin paparazzi que nos sigan, sin topes, sin ser novios falsos. Solo tú y yo.

Irene tuvo que tragar saliva de las ganas de llorar que le entraron.

—A mí también me gustaría —musitó ella, con un hilillo de voz.

Mateo respiró aliviado al comprobar que ella sentía lo mismo y confesó mirándola de un modo que Irene creyó que iba a derretirse:

—No quiero conocer a nadie más. Ahora mismo la única mujer que me interesa eres tú.

Irene tuvo que pestañear para que no se le escaparan las lágrimas y replicó temblando:

—Yo tampoco quiero conocer a nadie más.

Lo que no se atrevió a añadir fue que no quería conocer a nadie más desde muchísimo antes de conocerlo.

Pero todavía no era el momento de confesárselo.

O al menos esa fue la decisión que tomó.

Los dos se quedaron mirándose, sin nada ya que fingir.

No porque el contrato hubiera terminado, sino porque los dos acababan de reconocer, sin pronunciar todavía la palabra «amor», que querían seguir juntos cuando todo aquello terminara.

Y entonces él se acercó despacio.

Ella hizo lo mismo.

Y el beso no surgió del contexto.

O del supuesto contexto.

Surgió de ellos.

Y tras el beso, él la miró y le dijo con el pecho encogido:

—No sabes cuánto me alegro de estar vivo y, sobre todo, cuánto me alegro de estar aquí contigo.

Irene no dijo nada, tan solo suspiró, le acarició el rostro y segundos después musitó:

—Yo es que no sé si estoy viva, si estoy soñando, si estoy aquí o si estoy en una nube.

Mateo le agarró con suavidad por el cuello y volvió a besarla.

Esta vez despacio.

Sin prisas, como si quisiera memorizar cada rincón de su boca.

Irene le rodeó la cintura con los brazos y sonrió entre beso y beso.

—¿Y ahora qué? ¿Sigues sin saber dónde estás? —susurró él.

—Ahora estoy por alguna galaxia lejana.

Mateo apoyó la frente contra la suya y soltó una pequeña risa, de esas que nacen cuando uno deja de tener dudas.

Después la cogió en brazos.

—¿Qué haces? —preguntó Irene, encantada de estar en sus brazos.

—Llevarte a un sitio donde podamos seguir besándonos sin que medio Ibiza nos vea.

Ella soltó una carcajada, escondió la cara en su cuello y se dejó llevar.

Atravesaron la terraza sin dejar de sonreír.

Al entrar en la habitación, Mateo cerró la puerta con suavidad.

La dejó despacio sobre la cama, sin apartar la mirada de sus ojos.

Mateo se tumbó a su lado y durante unos segundos no hicieron nada.

Solo se contemplaron como si quisieran asegurarse de que aquello estaba ocurriendo de verdad.

—¿Ahora sí sabes dónde estás? —inquirió él.

—Llevo tanto tiempo soñando con esto que...

—¿Mucho tiempo? —le interrumpió él, intrigado—. ¿Cuánto? ¿Desde el primer día que casi te cargas al oso-calamar?

—No.

—¿Cómo que no?

—Vamos que sí —rectificó Irene.

—¿Si o no?

—Todo —zanjó ella, para acabar con aquello.

—Estoy empezando a sospechar que Michele te ha echado algo en el helado.

—¡Ay, no! ¡Más Michele, no! Por favor... —suplicó Irene, risueña.

Mateo rompió a reír y luego se puso más serio para confesar:

—Yo tampoco me creo que estemos aquí. Aquí de verdad. Sin contexto, sin contrato... Eres muy valiente. La vida de un futbolista es complicada, ya lo estás viendo.

—Y hasta te quieren matar con un bastón —bromeó ella.

—Estoy histérico. Entiéndeme. Es el sueño de mi vida. Llevo demasiado tiempo luchando y se supone que me vine a Ibiza a limpiar mi reputación, no a echarme más mierda todavía. Uf. Y ahora también soy un *fumetas*.

—Entiendo que quieras proteger a Lola, pero tendrás que acabar dando una explicación —le aconsejó Irene, alzando las cejas.

—Sergio me pidió desde el principio que lo hiciera. Dani y Julio también. Son los únicos que lo saben todo desde el comienzo. Desde que me sacaron fotos en la primera fiesta en Italia me dijeron: «Mateo, dilo de una vez. Cuenta que fuiste a recoger a tu hermana y se acabó el problema». Pero ¿sabes por qué nunca desmentí nada?

Irene negó con la cabeza, alucinada de estar ahí, hablando en la cama, como si se conocieran de toda la vida.

—Porque si explicaba la verdad, todo el mundo iba a saber que mi hermana estaba allí. No quería exponerla.

Irene se quedó callada conteniendo el aire y luego masculló:

—Ya.

—Iban a preguntarse por qué había bebido, con quién estaba, qué hacía. Empezarían a perseguirla a ella, a sacar sus fiestas, sus despistes, sus romances... y acabarían convirtiéndola en un personaje público. Jamás volvería a tener una vida normal. Es demasiado joven. Y no te cuento el disgusto para mis padres. No podía permitirlo.

Irene lo miró conmovida y confesó sintiendo que no podía admirar más a ese héroe silencioso:

—Nunca creí que fueras un golfo, pero ni se me pasó por la cabeza que llevaras tiempo sacrificando tu reputación para proteger a tu hermana.

Él continuó explicándole todo...

—Preferí que pensarán que soy un mujeriego, un irresponsable y lo que quisieran decir de mí, antes de que la persiguieran a ella y la convirtieran en el centro de todo.

—¿Y nunca te importó que pensarán mal de ti?

Él sonrió con tristeza.

—Claro que me importó. Me hizo mucho daño. Pero me dolería mucho más verla sufrir a ella por mi culpa.

Irene le apretó la mano.

—Gracias por confiar en mí y contarme todo esto.

Mateo sonrió con cansancio.

—Necesitaba que supieras la verdad.

Hubo unos segundos de silencio y se escuchó el sonido del aire acondicionado.

—Pero ahora hay que hacer algo —dijo Irene—. No podemos permitir que te sigan destrozando la imagen.

Mateo asintió y suspiró clavándole la mirada:

—Sí. La solución parecía muy sencilla.

Irene sabía cuál era, pero aun así quiso oírlo de sus labios:

—¿Cuál?

—Buscar una novia falsa.

Ella sonrió con cierta ansiedad y le apartó un poco la vista:

—Pues la novia falsa no está dando muy buen resultado. Te han sacado con la falda en la cabeza, con la tienda de campaña, con un porro en la mano...

Mateo dejó escapar una risa y reconoció tras retirarle un mechón de pelo del rostro:

—Hay un problema mayor.

Ella frunció el ceño.

—¿Cuál?

Él asintió despacio, la miró directamente a los ojos y masculló:

—El problema... es que me he enamorado de la novia falsa.

Irene dejó de respirar, es que no podía ni pestañear. Luego, se le humedecieron los ojos y al final consiguió decir, casi en un susurro:

—Yo... ya tenía ese problema de antes.

Mateo frunció ligeramente el ceño.

—¿Antes?

Ella tragó saliva y por un momento pensó: «*Díselo*».

Llevaba años esperando ese momento y tan solo bastaba con pronunciar una frase: «*Mateo, llevo enamorada de ti desde que te vi jugar por primera vez*».

Pero al momento le asaltaron las dudas y los temores.

¿Y si, en lugar de emocionarse, pensaba que todo había sido una trampa? ¿Y si creía que había aceptado el contrato para acercarse a él? ¿Y si acababa concluyendo que llevaba semanas manipulándolo o que era una de esas admiradoras incapaces de distinguir la realidad de la fantasía?

No podía arriesgarse.

Lo que habían construido era demasiado bonito como para ponerlo en peligro con una verdad que todavía podía esperar.

Porque para ella aquello no era una mentira. Simplemente no le estaba contando toda la verdad, que era algo muy distinto.

Irene sí se había enamorado durante esos días, aunque él fuera su *crush* de antes.

Así que no estaba engañándolo, estaba esperando al momento adecuado para contarle el resto.

Respiró hondo, sonrió y eligió otra verdad.

—Quiero decir que sabía que esto podía pasar. Todos me advirtieron: Milda, Maica, mi madre... Todo el mundo me decía que tuviera cuidado, que al final podía enamorarme. —Sonrió con muchísima ternura y añadió—: Y tenían razón, porque yo también me he enamorado de ti.

Mateo que estaba escuchando con suma atención, soltó el aire y la abrazó:

—Me parece que no hemos sido muy buenos fingiendo.

Ella soltó una risa nerviosa.

—No. Muy malos.

Los dos sonrieron y, sin necesidad de decir nada más, volvieron a besarse.

Él le dio un mordisquito en el labio inferior, le pegó un tirón, Irene entreabrió los labios y gimió de anticipación.

Cerraron los ojos, las lenguas se encontraron, se enroscaron y el beso se hizo muy intenso y muy húmedo.

—Me encanta tu boca —masculló él, con los labios pegados a los suyos.

Irene le lamió con la punta de la lengua, despacio, de una comisura a otra, y luego él se apoderó de su boca, hasta que se quedaron sin aliento.

—Besas demasiado bien —musitó Irene.

Él le bajó con cuidado el tirante del vestido, le mordió suavemente en el cuello, sopló y descendió hasta el hombro.

Irene se incorporó un poco para empujar con los dedos el otro tirante y él acabó de tirar del vestido.

Mateo la acarició por encima de la tela del sujetador, que le quitó al momento sin que Irene ni se hubiera dado cuenta de cómo se lo había arrebatado.

Luego se quedó mirándola como no lo había hecho nadie. Por lo menos Irene no recordó haber visto en la mirada de un hombre lo que había en la mirada azul de Mateo.

No solo era deseo. Muchísimo deseo. También había algo más.

No parecía estar admirando un cuerpo. Parecía estar descubriendo a la mujer de la que acababa de enamorarse.

—Me gustas tanto —dijo Mateo—. Eres diferente a todas.

—No soy como la modelo brasileña que salva urracas y...

—Eran gorriones —le recordó él, entre risas—. Pero a mí me gustas tú.

—Yo.

—Sí. Me gusta cómo te brillan los ojos, cómo sonríes y se te marcan unas arruguitas en forma de M.

—¿De M? —repitió Irene que no se había percatado nunca de eso.

Ella sonrió y Mateo acarició muy despacio esos pequeños pliegues:

—Sí. De M.

—Será porque siempre...

Irene se mordió los labios y Mateo la miró extrañado:

—¿Siempre qué? Muchas veces tengo la sensación de que hay algo que no me has contado todavía.

—Ya.

—¿Eso es un sí?

—Eso es que me muero por besarte.

Irene se acercó a su boca y le besó con una desesperación infinita.

Claro que había algo importante que no le había contado, pero no podía hacerlo.

Le daba demasiado vértigo y tenía la sensación de que se lo estaba jugando todo.

No podía.

Mateo no la presionó.

Después del beso, le acarició la espalda, le besó las clavículas y recorrió los pechos con la lengua, mientras Irene sentía el corazón en las sienes.

Y él no se detuvo ahí, siguió hasta el piercing y ahí ella se arqueó entera al sentir un ligero tironcito.

Mateo entonces se desabrochó la camisa, porque necesitaba sentirla y cuando Irene le vio tuvo que respirar hondo para no marearse.

—¿Todo bien? —preguntó él.

Irene ya sabía que Mateo estaba bueno y que debajo de la camisa escondía semejante barbaridad. Aquello no era un torso, era un auténtico escándalo, pero no por ello se impresionó menos.

—Hiperventilando, pero bien.

Mateo sonrió, se tumbó a su lado y reconoció mientras ella le acariciaba la piel:

—Yo también estoy nervioso. Y mira que creía que había vivido de todo.

—Ojalá yo solo estuviera nerviosa.

—¿Cómo estás?

Irene miró una vez más el torso de Mateo, que era el de un deportista de élite: hombros amplios, pecho firme, brazos poderosos y un abdomen marcado sin resultar exagerado.

Pero había algo en aquel cuerpo que iba mucho más allá de la belleza. Transmitía fuerza, disciplina y años de esfuerzo.

Y, aun así, lo que más le costó soportar no fue verlo sin camisa, sino la naturalidad con la que él parecía ignorar el efecto que

provocaba.

—A punto de morir —confesó Irene.

Mateo esbozó una sonrisa lobuna y replicó mientras le acariciaba el labio inferior con el dedo índice:

—De placer.

La abrazó con fuerza y se sintieron las pieles que ardían, a pesar del aire acondicionado.

Se perdieron en las miradas y volvieron a los besos y las caricias mientras se quitaban el resto de la ropa.

Ya desnudos, Mateo descendió con la mano hasta el vértice que acarició hasta que ella gimió.

—Dios.

Irene cerró los ojos, se mordió el labio y se dejó llevar por esas caricias que la llevaron al borde del orgasmo.

Mateo la conocía tan bien que ya la tenía a punto de estallar de placer.

—No es justo —dijo Irene—. Yo así y tú...

Irene bajó la vista hasta la erección que tocó impresionada, porque no había visto nada semejante.

Ni en sus sueños.

Sonrió y Mateo le preguntó intrigado:

—¿Qué?

—Nada. Estaba pensando —respondió ella.

—¿El qué?

—Que en mis sueños esto era de otra manera. No así. Tan... Tan... Tan...

—¿Tan qué? —quiso saber Mateo, expectante.

—Tan maravilla...

—Maravilla.

—En mis sueños no era así.

—Ah, ¿no?

—No.

—¿Era mejor? —inquirió Mateo entornando la mirada.

—Muchísimo peor.

—¿Peor? —repitió, divertido.

—Porque luego me despertaba.

A Mateo le encantó la respuesta y luego le preguntó:

—¿Has soñado mucho?

—Uf —bufó Irene.

—¿Cuánto?

—Demasiado.

Irene decidió que lo mejor era callarse. Por no meter la pata y porque se moría por tenerlo dentro.

Le acarició el torso, lo lamió y descendió hasta la dureza que estimuló con la boca.

Fue poco a poco, centímetro a centímetro, recorriendo, lamiendo, sintiendo...

Mateo gruñó de placer.

Ella siguió y él también, no dejó de tocarla hasta que al poco tuvo un orgasmo que la dejó estremecida.

Mateo la tomó por los hombros, ella se incorporó y se besaron apasionados.

—Quiero hacértelo —le susurró él, al oído.

Irene asintió con la cabeza, porque se moría igualmente de ganas.

Él cogió el condón que tenía en la cartera que estaba sobre la mesilla, lo abrió, se lo puso y ella sintió que no había visto jamás tanto deseo en una mirada.

Era lo típico.

Lo había leído tantas veces en las novelas románticas.

Pero la mirada de Mateo era justo así.

Estaba hambriento de ella y la miraba como si no existiera nadie más en el mundo.

Se tumbó sobre ella, se miraron con una intensidad que los encendió más todavía, él buscó la entrada y la penetró despacio.

Irene jadeó con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Estás bien? —preguntó él—. Si estás...

—Estoy donde siempre he querido estar.

Mateo cerró un momento los ojos. Aquellas palabras le atravesaron el pecho:

—Irene...

—Es la verdad. Estás tan dentro de mí...

Mateo se movió un poco y luego la penetró otra vez, para que le sintiera más todavía.

A Irene se le cayeron dos lágrimas porque no podía creerlo.

Estaba pasando.

Estaba haciéndolo con el amor de su vida, que la miraba como si para él aquello estuviera siendo algo más que hacer el amor.

Mateo le retiró las lágrimas con los dedos y dijo después:

—Preciosa, ¿de verdad que estás bien?

—Lloro porque no puedo ser más feliz.

Mateo sonrió y la besó con una mezcla de ternura y deseo.

Después, volvió a hundirse dentro de ella y poco a poco fue incrementando el ritmo, hasta que Irene le pidió que cambiaran de postura.

Se puso encima de él, se apoyó en los tobillos y él soportó su peso.

Así se quedaron quietos unos segundos.

Él le acarició la cara, le apartó un mechón, sonrió y le pidió:

—No dejes de mirarme.

—No puedo —replicó ella, apartando un poco la mirada.

—¿Por qué?

—Porque cuando te miro se me olvida respirar.

Luego, empezó a mover las caderas y hacérselo de una manera que Mateo se volvió loco.

No podía dejar de mirarla.

Sonreía.

Cerraba los ojos.

Se mordía el labio.

Era la mujer más bonita que había visto jamás.

Y así estuvieron hasta que él se incorporó, la cogió en brazos y se quedaron de pie.

Irene enredó una pierna alrededor de él, que le ayudó a mantener el equilibrio y de nuevo volvieron a fundirse.

Siguieron haciéndolo así y luego Mateo la cargó en sus brazos, ella colocó los suyos alrededor de él, que la mantuvo agarrada a la altura de los glúteos mientras la penetraba.

Se besaron desatados, el placer se hizo mucho más intenso, la excitación fue a más todavía y ella ya no pudo resistirlo: estalló en un orgasmo que la dejó sin aliento.

Se miraron con una sensación de complicidad y de unión que no se atrevieron a comentar, solo a sentir.

Pero que ahí estaba.

No podían negar lo que estaba pasando.

Mateo la besó con dulzura. Luego se sentó en el sillón que estaba al lado y ella se colocó encima.

Él la rodeó con sus brazos fuertes y ella sintió una sensación de protección que la conmovió entera.

Luego, cuando Irene recobró un poco el aliento, él flexionó las piernas, de manera que formó un ángulo de noventa grados, y ella se sentó encima, sintiéndole otra vez muy dentro de ella.

Se miraron otra vez y se tuvieron que morder los labios para no decir esas dos palabras que estaban deseando pronunciar.

Después, Irene apoyó las piernas en los hombros de él, que la levantó agarrándola por los muslos y lo hicieron de la manera más pasional y salvaje, hasta que ella sintió que se corría otra vez.

Él ya no pudo más y sucumbieron a un orgasmo que les hizo gritar jadeantes.

Irene bajó las piernas, pero no se separaron, se quedaron así, abrazados y con las respiraciones agitadas, sintiendo cómo latía fuerte el corazón del otro.

Estuvieron durante unos instantes en silencio, hasta que Mateo tuvo la necesidad poderosa de confesarle algo:

—No tengo palabras. Ha sido...

—No te puedo decir, porque yo tampoco tengo palabras.

—Pero sí quiero decirte algo. Verás, en todo este tiempo, desde los tiempos de Mafalda...

Irene sonrió, porque el comentario le despertó mucha ternura:

—Ajá.

—A pesar de que mis relaciones no hayan funcionado, siempre he sentido que había alguien ahí, esperando por mí. A lo mejor te parece una tontería...

A Irene se le llenaron los ojos de lágrimas, negó con la cabeza y musitó:

—No. No me lo parece para nada.

¿Cómo le iba a parecer una tontería saber que él la hubiera sentido en todos los años que llevaba esperándolo?

Porque ella siempre había estado ahí para él.

Siempre.

—¿De verdad que no? —insistió él.

—No, porque yo también lo he sabido siempre...

Capítulo 17

Tres días después, no había aparecido aún ninguna foto de la pedida. Ni tenía pinta de que fueran a salir a la luz.

Aun así, Mateo seguía sin descartar a Michele.

A Dani por supuesto que sí.

Es que ni siquiera llegó a sospechar ni un segundo de su lealtad.

Pero ya estaba harto de esperar, de que las negociaciones siguieran paradas y su reputación cada vez más tocada.

Por eso lo primero que hizo después de nadar un buen rato y desayunar fue llamar a Sergio:

—Dime.

Mateo escuchó de fondo el pitido de una caja registradora.

—¿Dónde estás?

—En Mercadona.

Mateo sonrió porque aquello parecía que se estaba convirtiendo en una rutina.

—No puede ser. ¿Otra vez en Mercadona? ¿Qué pasa? ¿Tienes acciones?

—No. Siempre se me olvida comprar alguna tontería.

—Ya.

—Pero hoy vengo a traerle unas fotos a Maica.

—¿Qué fotos?

—De mi abuelo y mías. Necesita varias antiguas para restaurar bien el cuadro.

Mateo soltó una risa.

—Al final te va a gustar Maica.

—¿A mí? ¡Qué horror! —dijo mientras se adentraba por los pasillos del supermercado.

—Pues no haces más que ir a verla.

—Por trabajo. Quiero decir que le he hecho un encargo y la relación es estrictamente profesional.

—Sí, claro —replicó Mateo, sin creerle una sola palabra.

—En serio. Por trabajo y porque hoy me faltaba... —Sergio miró alrededor y dijo lo primero que vio—: Champú. Es la sección donde estoy... Y anda que no hay tipos... ¿Me recomiendas alguno?

—Me parto.

—¡No sé qué tiene de gracioso! No sigas con eso de que me gusta porque no —refunfuñó Sergio.

—No te gusta —repuso Mateo, sin creerlo.

—A ver, la chica es mona. Pero no la soporto.

—Lo digo porque el Mercadona de San Antonio te pilla un poco lejos para ir a comprar champú.

—¡Hoy vengo por las fotos, pesado! Del champú me acabo de acordar.

—Las fotos se las puedes enviar por correo electrónico.

—¡Son fotos antiguas! No hay nada como el original. No hay más. No le des más vueltas que no hay nada entre nosotros. No nos soportamos. Discutimos por absolutamente todo.

—Eso no tiene por qué ser mala señal.

—Es señal de que somos incompatibles. Además, hay algo que sí que tenemos en común y que me encanta.

—¿El qué? —preguntó Mateo, curioso.

—Que los dos pasamos del amor.

—Eso mismo decía mi abuelo y se casó con mi abuela —replicó Mateo, mordaz.

—Yo no soy tu abuelo. A mí no me va a pasar iy menos con Maica! Nos repelemos.

—Pero pasas más tiempo en Mercadona que en el despacho.

Los dos rieron. Después, Mateo volvió al motivo de la llamada:

—Mi abuelo también decía que no le iba a pasar. Pero dejemos el tema de momento. Te llamaba para saber cómo van las negociaciones con el club.

El tono de Sergio cambió.

—Paradas.

—Joder.

—Mientras no consigamos limpiar tu imagen, nadie quiere mover ficha.

—¿Y sabes algo de quién puede estar detrás de las últimas fotos?

—preguntó Mateo, sin disimular su ansiedad.

—Lo que te puedo contar es que siguen haciendo daño. ¡Te pillaron con un porro en la mano, colega!

Mateo suspiró de pura desesperación y frustración:

—Julio está investigando, dice que le vamos a pillar. Pero todavía no tiene nada.

—Y como tú no quieres salir a hablar, que sería lo más fácil —le recordó Sergio, con retintín.

—Ya sabes lo que pienso al respecto.

Sergio guardó silencio unos segundos. Cuando volvió a hablar, sonaba cansado.

—Mateo estoy agotado.

Él frunció el ceño.

—¿Cómo?

—Agotado.

Después vino otro silencio más tenso todavía y luego Sergio habló por fin:

—Llevo un tiempo apagando fuegos. Llamando a periodistas. A tu club italiano. Explicando cosas que no tendría que explicar. Defendiendo decisiones que ni yo mismo entiendo.

Mateo bajó la mirada.

—No me arrepiento de proteger a Lola.

—Y yo no te estoy diciendo que la abandones.

Mateo respiró hondo y dijo con una convicción absoluta:

—Es que jamás lo haré.

—Eres tan terco. No sé ya cómo decirte que no puedes sacrificar siempre tu vida por la de los demás.

Mateo no respondió. Fue Sergio el que siguió abriéndole los ojos:

—Cada vez que ella se mete en un lío, ahí estás tú. Da igual lo que te cueste. Da igual si pierdes un patrocinador, un contrato o el fichaje de tu vida.

—Es mi hermana.

—Lo sé. —Sergio apoyó una mano en el carrito de la compra. — Pero también eres mi representado.

—Y te estoy agradecido por todo lo que haces por mí.

Mateo levantó la vista y escuchó cómo Sergio decía en un tono de voz cortante:

—Hago lo que debo, pero sinceramente empiezo a no poder más.

Hubo un silencio incómodo.

—¿Qué quieres decir?

—Que llevo demasiado tiempo sosteniendo una carrera que parece empeñada en estrellarse.

Mateo sintió el golpe.

—Si piensas eso...

—Déjame terminar. —Sergio negó con la cabeza—. No quiero dejar de representarte. Pero necesito que empieces a ayudarme. Porque, si sigues tomando siempre el camino más difícil, llegará un día en el que no pueda sacarte del siguiente incendio.

Mateo permaneció unos segundos callado, tragó saliva y dijo:

—Confío en que Julio encuentre pronto al topo.

Sergio suspiró.

—Yo también. Porque, si esto sigue así, no sé cuánto tiempo más vamos a poder aguantar.

—Estoy convencido de que ha sido Michele.

—¿Todavía sigues con eso? —replicó Sergio, exasperado.

—Sí. Aparece en todas partes.

—Mateo, aparecer no demuestra nada.

—Pues yo no me creo tantas casualidades.

Sergio dejó escapar el aire. Y Mateo estuvo a punto de contarle lo del Parador.

No lo hizo.

Primero quería esperar unos días más. Si en ese tiempo no aparecía ninguna fotografía de la pedida, significaría que, o bien nadie los había retratado, o que Michele no era quien los estaba siguiendo.

Cosa que le parecía extraña.

Pero había que ser prudente, prefirió no contarle nada y Sergio siguió hablando:

—Escúchame. El que está haciendo esto sabe exactamente cuándo hacerte daño.

—Eso ya lo sé.

—No. Me refiero a que no publica cualquier foto. Publica justo las que más pueden perjudicarte.

Mateo frunció el ceño.

—Pues entonces blanco y en botella.

—No necesariamente.

—¿Qué quieres decir? —replicó Mateo, sin saber adónde quería llegar.

—Que ese tipo de información solo la tiene alguien muy cercano.

—Mateo permaneció callado y Sergio continuó: —Piensa un momento. ¿Quién sabe dónde vas? ¿Quién conoce tus movimientos? ¿Quién sabe con quién quedas o cuándo tienes un entrenamiento? El topo no necesita seguirte todo el día si ya sabe dónde vas a estar.

Mateo negó con la cabeza.

—No. Es Michele.

—¿Y por qué estás tan seguro?

—Seguridad absoluta no tengo. Pero sí sé que siempre aparece.

—¿Y? —inquirió Sergio, como si aquello no significara nada.

—Demasiada casualidad.

—Haz una lista de toda la gente que sabe realmente cómo te mueves.

Mateo respondió sin pensar.

—¿Qué lista voy a hacer? Tú, Dani, Julio y poco más.

Hubo un breve silencio.

—Pues empieza por ahí —dijo Sergio.

Mateo negó otra vez.

—No. Vosotros no.

—¿Tan seguro estás?

—Completamente.

—Ojalá tengas razón —deseó Sergio.

—La tengo. Ya verás cómo al final todo apunta a Michele.

—Ojalá.

Después de la conversación con Sergio, Mateo se quedó tan mal que decidió ir a ver a Julio.

Estaba en Ibiza pasando unos días en la casa que tenía su tía en Talamanca y se presentó sin más.

Necesitaba presionarlo para que de una vez llegaran al maldito topo que le estaba arruinando la vida.

Se arregló y fue directo a verlo.

Abrió la verja de la casa de la tía, atravesó el jardín y se encontró con que la puerta principal estaba entreabierta. Fue a llamar. Pero

antes de que pudiera hacerlo, escuchó la voz de Julio desde el salón.

—Las fotos de Las Dalias fueron buenísimas. Toma, ¡ya sé que son con las que más pasta habéis hecho!

Mateo se quedó alucinado, pero pensó que tal vez estaba tendiendo una trampa al topo. Sin embargo, luego escuchó que decía:

—Sí, yo también he hecho dinero. En nada me compro la Riva como en la que pillamos a este pringado. ¡Es tan previsible!

Julio soltó una carcajada.

Y ahí fue cuando a Mateo se le heló la sangre.

—¿Las siguientes fotos? —siguió hablando Julio—. Yo creo que mañana o pasado. La tarada de la hermana volverá a liarla. Ayer la pillamos morreándose con el jardinero. Esa no falla nunca. La seguimos y, tarde o temprano, siempre hay premio. En cuanto tenga la siguiente pifiada, te la mando. Hay que seguir haciendo caja con este gilipollas.

Julio colgó. Y Mateo, que seguía en la puerta, solo dijo:

—Buenos días.

Julio levantó la cabeza, se quedó blanco y el silencio se hizo insoportable.

—¿Qué haces aquí?

Mateo avanzó despacio.

—Descubrir lo canalla, lo cerdo y lo traidor que eres.

Julio tragó saliva.

—Mateo...

—Te tenía por un amigo.

Julio bajó la vista.

—Todo esto... ¿por un barco? —preguntó Mateo, con el rostro desencajado.

Julio tardó unos segundos en responder. Cuando lo hizo, su voz sonó extrañamente fría.

—Los periodistas no tenemos amigos.

Mateo sintió un vuelco en el estómago.

—¿Cómo?

—La noticia es nuestro único amigo.

Mateo negó con la cabeza.

—Eso no es periodismo. Es manipular. Es destrozarle la vida a la gente.

—¿Manipular? Tú tenías el porro en la mano. Tú estabas en esas discotecas.

—Y tú sabes perfectamente por qué estaba allí.

Julio no respondió.

—Y no vuelvas a llamar tarada a mi hermana—. Su voz retumbó en toda la casa. —¿Cómo has podido vigilarla durante meses? ¿Cómo has podido utilizarla para llegar hasta mí?

Julio levantó las manos.

—Era la forma más fácil.

—Has estado a punto de hundirme la carrera —le soltó Mateo, con una ofuscación tremenda.

—Todavía no.

Mateo dio un paso más.

—¿Todavía no?

Julio lo miró fijamente.

—Quien de verdad puede destruirte no soy yo.

Mateo frunció el ceño.

—¿Qué estás diciendo?

—Créeme. Yo todavía soy el menor de tus problemas.

—¡Estás agotando mi paciencia! ¡Habla!

—Que el verdadero problema se llama Irene.

Mateo soltó una risa incrédula.

—No vuelvas a meterla en esto —le exigió apuntándole con el dedo índice.

—¿Sabes realmente quién es?

—Claro que lo sé.

—No. Conoces a la Irene de Ibiza. —Mateo permaneció callado. Julio continuó—: La he investigado.

—¿Qué?

Julio sacó el móvil, buscó unas fotografías y se las enseñó:

—Mírala aquí...

Mateo vio una foto de Irene muy joven, no debía tener más de dieciocho años, con una carpeta pegada al pecho llena de fotos suyas. Su gesto cambió apenas un segundo.

—Esto es un montaje de mierda —soltó Mateo, harto de sus manipulaciones.

—¿Montaje? He hablado con gente de su entorno. Lleva años siguiéndote, por lo visto tiene carpetones llenos de fotos tuyas. Mira, en esta foto que he conseguido está esperando a la salida de un partido para que le firmes un autógrafo. Es de antes de que fueras a Italia.

Mateo apartó el móvil porque no quería saber más y preguntó:

—¿Y qué?

Julio sonrió.

—Que tú piensas que todo ha empezado en Ibiza. Y para ella empezó hace muchos años. No digo que sea mala. —Volvió a guardar el móvil. —Digo que nunca sabes dónde termina una admiradora y dónde empieza una obsesión. Una admiración mal gestionada puede convertirse en un gran problema.

—Tú sí que has sido mi gran problema. Me das tanto asco... —murmuró Mateo, con desprecio.

—Solo te pido que no pierdas de vista una cosa. Irene sabía perfectamente quién eras antes de conocerte.

—¿Y?

—Nada. Que una cosa es enamorarse de alguien y otra muy distinta llevar años idealizándolo.

—No te preocupes por mí.

—Solo te digo que tengas cuidado con una cosa. Tú te has enamorado de la Irene real. Asegúrate de que ella también se ha enamorado del Mateo real y no del que veía los domingos por la tele.

—¿Todavía te atreves a insinuar que Irene es una interesada?

—No digo que esté contigo por interés. Digo que una admiradora lleva años construyendo una imagen de ti en su cabeza. A veces cuesta distinguir al hombre del personaje. Pregúntate una cosa: si no hubieras sido futbolista, ¿se habría enamorado de ti igual?

Mateo le miró detestándole en lo más profundo y le exigió enseñándole los dientes.

—Cállate.

—¿No te has preguntado nunca por qué aceptó el contrato tan deprisa? Yo te respondo: porque era la ocasión perfecta para acercarse a ti.

A Mateo algo se le removi6 por dentro. Muy poco. Pero por primera vez desde que la conocía, una duda intentó abrirse paso. Y ya no pudo controlarse más.

Se lanzó sobre él, le agarró por las solapas, le zarandeó y le gritó:
—¡No sigas!

Sin embargo, Julio aprovechó para asestarle el último golpe.

—¿Sabes qué tiene en la nevera?

—¿A mí que me importa? —farfulló Mateo, sin soltarle.

—Una foto tuya. Con corazones alrededor.

Mateo recordó, sin querer, la naturalidad con la que Irene había aceptado el contrato desde el primer día. Y algo se le removi6 por dentro, si bien exclamó:

—¡Qué estupidez más grande!

Lo soltó y lo empujó. Julio trastabilló, cayó al suelo de un modo que no pudo ser más ridículo y desde ahí, tirado como una cucaracha, replicó:

—¿Has subido alguna vez a su casa?

Mateo negó muy despacio. Él había ido a recogerla al portal, pero nunca había subido a su casa. Hasta ese momento no le había dado la menor importancia, si bien Julio insistió:

—Pues sube. No seas idiota. Y luego decide si de verdad la conoces.

Mateo le miró con un desdén descomunal y después le advirtió:

—¡Deja a Irene en paz! ¡No vuelvas a acercarte a mi hermana! Y ahora prepárate, porque esto no te va a salir gratis.

Mateo se dio la vuelta. Y salió de la casa sin mirar atrás.

Necesitaba respirar, necesitaba digerir aquello, pero sobre todo lo que necesitaba era hablar con Irene.

Esa mañana libraba y ni se lo pensó.

Aparcó delante del edificio donde vivía. No había llamado. Ni escrito. Ya no le valía. Tan solo necesitaba verla y que le dijera que Julio estaba mintiendo.

Subió las escaleras casi sin ser consciente de lo que hacía y llamó al timbre.

Irene abrió con una enorme sonrisa.

—¡Mateo! ¿Qué haces aquí?

—Me acordé de que me dijiste que vivías el 2º M.

—M de Mateo. Sí, es lo que te dije.

Él intentó sonreír. No pudo. Tan solo le dio un beso suave en los labios y preguntó:

—¿Puedo pasar?

La sonrisa de Irene se apagó un poco porque le notó raro.

—Claro. Entró.

Era la primera vez que cruzaba aquella puerta. Todo olía a café recién hecho.

—¿Quieres tomar algo? —le ofreció ella, intentando romper la tensión—. Yo es que me he levantado tarde. Me pillas desayunando.

—Si quieres hacerme una tostada. Y si tienes por ahí un aguacate y pavo...

—Claro que sí. Maica está trabajando. Estoy sola.

—Ya.

Mateo levantó la vista y mientras Irene abría un armario buscando el pan de molde, él recorrió la cocina con la mirada. Y entonces la vio. Su fotografía. Pegada en la nevera. Rodeada de imanes con forma de corazón. Se quedó estupefacto a la vez que Irene buscaba unas tazas, todavía sin darse cuenta de que él había dejado de moverse.

—También te voy a preparar un café.

—Irene.

—¿Qué pasa?

Mateo señaló la nevera.

—¿Qué es eso?

Ella sintió un vuelco al corazón. La foto. Intentó mantener la calma, forzó la sonrisa y respondió:

—Ah. Es una foto tuya—. Mateo no dijo nada y ella siguió—: Tiene unos cuantos años.

El silencio empezó a hacerse incómodo.

—¿Unos cuantos?

Irene dejó de sonreír, porque la mirada de Mateo no le estaba gustando para nada.

—Sí.

—¿Cuántos?

Ella lo volvió a mirar. Y, por primera vez desde que lo conocía, sintió miedo.

—¿Por qué me lo preguntas?

Mateo tragó saliva y respondió:

—Porque acabo de hablar con Julio.

El nombre cayó como una losa. Irene sintió un vuelco en el estómago y preguntó llevándose la mano al vientre:

—¿Qué te ha dicho?

—Aparte de que he descubierto que era el topo...

—¿Julio era el topo? —preguntó Irene, alucinada.

—Le he pillado hablando con los del periódico de las próximas fotos. El modus operandi siempre era el mismo: seguían a mi hermana. Y todo por dinero, es asqueroso. Menudo palo ha sido descubrir que para él vale más una exclusiva que las personas.

—No me lo puedo creer.

—Lo peor es que después me ha dicho que mi mayor problema es otro.

—¿Cuál?

—Tú.

—¿Yo? —musitó Irene, con un nudo en la garganta.

—Sí. Te ha investigado. O eso dice. Por lo visto llevas años siguiéndome.

Ella cerró los ojos un instante. Y pensó que ya estaba. Había llegado ese momento que llevaba días evitando. Ya no podía ponerse más de perfil:

—Mateo...

—¿Es verdad?

Irene tardó unos segundos en responder. Después asintió muy despacio.

—Sí.

Él dio un paso atrás.

—¿Por qué no me lo habías contado?

Ella bajó la vista.

—Porque tenía miedo.

—¿Miedo de qué?

—De que pensaras exactamente lo que estás pensando ahora.

Mateo notó cómo se le encogía el pecho y quiso saber:

—¿Y qué estoy pensando?

Irene levantó la cabeza. Tenía los ojos llenos de lágrimas y sacó fuerzas de donde no tenía para responder:

—Que me acerqué a ti por interés.

Él no contestó. Y ese silencio dolió mucho más que cualquier palabra. Luego le contó tras apretar fuerte las mandíbulas:

—Julio dice que aceptaste el contrato porque llevabas años esperando una oportunidad para acercarte a mí.

—No.

—Dice que todo estaba preparado.

—No —susurró Irene, con unas ganas tremendas de llorar.

—Dice que soy un idiota.

Irene negó una y otra vez.

—No. No. No.

Mateo respiró hondo y preguntó sin entender nada:

—Entonces... ¿por qué no me lo dijiste?

Ella rompió a llorar y respondió con absoluta sinceridad:

—Porque primero quería que conocieras a Irene. No a la chica que un día se enamoró de un futbolista. No acepté ser tu novia falsa porque hubiera un plan detrás. Surgió así. Y me he enamorado de ti como Irene, no como una fan.

—¿Te has enamorado de mí o de la idea que llevas años haciéndote de mí? —replicó Mateo, en un tono duro.

Irene cogió una servilleta de cocina, se enjugó las lágrimas y preguntó apenada por la desconfianza de Mateo:

—¿Cómo puedes preguntarme eso después de lo que hemos vivido juntos? Siempre he intuido quién eras de verdad. No me preguntes por qué, pero sabía que no eras un golfo. Nunca me he creído nada de lo que decían de ti. Y me he enamorado aún más al descubrir quién eres de verdad. Me he enamorado del hombre familiar que protege a su hermana, que renuncia a su reputación,

que es leal, generoso, trabajador, divertido, vulnerable... y que me hace sentir bien, comprendida y segura. O por lo menos así era como hacías sentir.

Mateo tragó saliva, a ver si así se deshacía el nudo que tenía en la garganta y replicó sin molestarse en disimular su decepción:

—Yo creía que eras una chica sincera. ¿Por qué me has ocultado una parte de ti? ¡Julio me ha mostrado una foto tuya con una carpeta llena de fotos mías!

—No quería que me vieras como una fan más, que te idealiza, que te tiene en un pedestal y que no es capaz de ver al verdadero Mateo. Y en el Parador estuve a punto de contártelo, pero me dio miedo a que dejaras de verme como la mujer de la que te has enamorado y solo vieras a la fan que consiguió acercarse a su ídolo. Por eso no te dije nada. Quería que me conocieras bien, antes de saber que siempre has sido el hombre del que estuve enamorada.

Mateo sintió que el corazón le iba demasiado deprisa. Quería creerla. Con todas sus fuerzas. Pero acababa de descubrir que uno de sus amigos de su círculo de confianza lo había traicionado. Y ya dudaba hasta de su sombra...

—Quiero creerte, pero ahora mismo ya no sé qué creer.

Irene respiró hondo. Después se secó las lágrimas con el dorso de la mano. Lo miró fijamente. Y dijo con una serenidad que a él le rompió el alma:

—Si has venido pensando que soy igual que Julio... Entonces, no puedo hacer nada para convencerte. —Abrió la puerta y le pidió—: Vete, por favor.

Mateo se quedó quieto unos segundos, con unas ganas de abrazarla que se moría.

No lo hizo. Estaba tan desbordado que salió sin decir una sola palabra.

Cuando la puerta se cerró, Irene apoyó la espalda contra ella. Y se dejó caer al suelo.

Mateo condujo de vuelta a casa sintiendo que el mundo se había abierto bajo sus pies.

Abrió la verja de casa sin ganas de hablar con nadie.

Nada más entrar vio a Lola sentada en el césped junto a Archi, el perro. Los dos estaban riéndose mientras el otro Archi intentaba enseñarle a plantar unas flores.

Lola levantó la vista. Nada más verle la sonrisa desapareció.

—¿Qué ha pasado?

Mateo respiró hondo.

—¿Podemos hablar un momento?

Lola miró a sus dos Archis.

—Ahora vuelvo.

Se fueron al porche donde Mateo permaneció unos segundos en silencio. No sabía ni por dónde empezar. Al final soltó:

—Ya sé quién es el topo.

Lola se quedó de piedra.

—¿Quién?

—Julio.

—¿Qué?

—Mientras desconfiaba de Michele, el verdadero traidor estaba sentado a mi mesa, hablaba conmigo por teléfono a diario y me llamaba «amigo».

—Michele no era. Siempre te lo he dicho.

—Julio me la ha jugado, pero bien. Te ha estado siguiendo desde el principio.

Lola sintió un vuelco en el estómago.

—¿A mí?

Mateo asintió.

—Siempre iba detrás de ti. Sabía que, tarde o temprano, acabaría encontrándome.

Lola bajó la cabeza.

—Dios.

—Hoy lo he pillado hablando por teléfono.

—¿Y?

—Se estaba riendo de ti.

Ella levantó la cabeza de golpe.

—¿Qué ha dicho?

—Que ayer te pilló besando a Archi. Que eres una tarada. Que siempre la lías. Que contigo siempre hay premio.

Lola se quedó callada. Por primera vez desde que Mateo la conocía no respondió con una broma. Solo masculló:

—Qué hijo de puta.

Mateo le puso una mano en el hombro.

—Lo que no quiero que pienses es que esto ha sido culpa tuya.

Ella tragó saliva.

—Pero lo ha sido.

—No.

—Si yo no hubiera...

—No. —La interrumpió con firmeza—. El culpable es él.

Lola asintió muy despacio. Después respiró hondo y dijo:

—Gracias. Y en cuanto a lo del beso... ¿Sabes una cosa?

—¿Qué?

Miró hacia Archi, que seguía trabajando en el jardín sin enterarse de nada. Sonrió sin poder evitarlo y le confesó:

—Con él está siendo todo diferente.

Mateo siguió su mirada.

—¿Sí?

—Sí.

—¿Te gusta de verdad?

Ella tardó unos segundos en responder.

—Creo que sí.

Mateo sonrió con ternura y le pidió encarecidamente:

—Pues entonces no la lées.

Lola soltó una risa.

—Lo intento.

—En serio. Poco a poco. Ahora mismo tu prioridad son los estudios.

Ella puso los ojos en blanco y replicó llevándose la mano al pecho:

—Puedo estudiar y enamorarme.

—Contigo nunca se sabe.

—Pues esta vez sí.

Lo dijo tan convencida que Mateo decidió no insistir. Hubo un pequeño silencio y Lola volvió al tema.

—¿Y, entonces, ya estaría? ¿Julio se va de rositas?

—No. Claro que no. Hay que desenmascararlo. Lo que no sé es cómo. Las fotos son reales.

—¿Y?

—El porro lo sujetaba yo —le recordó él, resignado.

—Sí.

—El gorro de brócoli lo llevaba yo.

—Sí.

—Las fotos no mienten.

Lola dio un paso hacia él y tuvo claro qué es lo que había que hacer:

—Las fotos no mienten. La historia que cuentan es la que miente. La gente tiene que saber que ibas a buscarme. Que nunca estabas de fiesta por gusto. Que ese impresentable me seguía para llegar hasta ti. Que llevaba meses manipulando todo.

Mateo reconoció tras soltar el aire:

—Estoy cansado, Lola.

—Lo sé. Llevas demasiados años siendo el malo de una historia en la que en realidad eras el héroe.

—No soy un héroe. Solo soy un tipo que hace lo que debe.

—Haces mucho más de lo que debes.

—No voy a discutirlo. Porque estoy jodido, no solo he pillado in fraganti a Julio, sino que además me ha contado que Irene era mi fan. Tiene fotos. Ella no me había contado nada. Me he plantado en su casa y tenía una foto mía en la nevera.

—¿Y qué problema tienes con eso? —quiso saber Lola, sin darle importancia.

—Joder, me ha mentido.

Lola negó con la cabeza porque para ella aquello no tenía nada que ver con mentir:

—No te lo ha contado para que no la veas como una admiradora más.

—Ahora mismo no sé ni lo que estoy pensando —insistió Mateo, agobiado.

Lola le cogió la mano y le aseguró como si la adulta funcional fuera ella:

—Todo va a salir bien.

—Porque ya nada puede ir peor —replicó Mateo.

—Irene no se ha aprovechado de ti, ni nada por el estilo. Ha demostrado con creces que quiere lo mejor para ti. Es una buena tía.

—No sé si seré capaz de volver a confiar en ella —masculló Mateo, muy dolido.

—Mateo cuando te pones así de terco, no te soporto —le regañó Lola—. Deja de repetirte que Irene te ha mentido y cámbialo por «Irene te quiere». ¡Eso se ve! Yo lo veo y lo ven todos. Y en cuanto a tu carrera, me parece que ha llegado el momento de dejar de esconderte para protegerme. Ahora me toca ayudarte.

Mateo sintió un nudo en la garganta. La abrazó muy fuerte y después se separó de ella.

—Necesito estar solo.

—Pero no tardes demasiado en volver a hablar con Irene. No dejes que Julio gane también esa batalla.

Mateo no dijo nada, se dio media vuelta y Lola lo vio entrar en el gimnasio, del que no salió ni a la hora de la comida...

Capítulo 18

Irene llevaba dos días sin salir de casa. Apenas había dormido, ni comido ni vivido.

Estaba hecha un ovillo en el sofá del salón, pálida, con una camiseta de tirantes vieja y con unas ojeras que ni el mejor maquillaje habría conseguido esconder.

Eran casi las diez de la noche.

Maica llevaba toda la tarde con ella y Milda acababa de llegar con un táper en las manos:

—Te he traído un caldo de pollo como el que mi madre hacía en Lituania. Levanta a los muertos.

Irene levantó despacio la cabeza.

—No tenías que haberte molestado.

Milda se encogió de hombros, cogió una silla y se sentó al lado de Maica:

—No es ninguna molestia. Solo quiero asegurarme de que mi mejor empleada está bien alimentada.

Irene la miró sorprendida. Por primera vez desde que le había pedido a Mateo que se fuera de casa, algo consiguió atravesar aquella tristeza que parecía haberse instalado para siempre.

—¿De verdad acabas de decir eso? —preguntó Irene.

—Sí. Pero tampoco te emociones demasiado.

Irene sonrió muy ligeramente.

—Si consigo salir de esta, prometo volver a darte todo.

—Vas a salir. Porque voy a abrir oficinas en Madrid y las vas a dirigir tú.

Irene se incorporó un poco, miró a Milda con la boca entreabierta y replicó muy sorprendida:

—¿Nos expandimos?

—Vamos a tener que trabajar muy duro.

—¿Me lo estás proponiendo para que me anime o porque de verdad crees que soy la más adecuada para el puesto?

—No te voy a regalar más los oídos —zanjó Milda, mirando para otro lado.

—Qué notición. Te voy a echar mucho de menos —intervino Maica —, pero no sabes cuánto me alegro por ti.

Irene lo sabía perfectamente, luego miró agradecida a Milda y replicó llevándose la mano al pecho:

—Gracias, Milda, por la confianza y por creer en mí. Para mí es un tremendo honor que hayas pensado en mí.

—Ya me dirás cuando empieces a comerte marrones —bromeó Milda.

—Ahí estaré. Al pie del cañón como siempre.

—Como siempre no, que ya llevas dos días sin pisar la oficina.

—No tengo cuerpo para nada. Y me he cogido dos días de vacaciones. Pero te ruego que no me digas que ya me lo advertiste —le suplicó Irene.

—No pienso hacerlo —le informó Milda.

Irene frunció el ceño:

—¿No?

—No. Porque hubo un momento en que hasta yo pensé que podía salir bien.

A Irene aquello la desarmó y negó muy despacio con la cabeza:

—No ha salido bien. Ya no cree en mí —. Se hizo un pequeño silencio y añadió—: He perdido su confianza. Mateo no soporta las mentiras y yo no he sido capaz de contarle que llevo años con una foto suya pegada en la nevera.

Maica giró la cabeza hacia ella y soltó:

—Pero ¿quién le cuenta absolutamente todo a su pareja?

—Alguien muy bobo —respondió Milda, atusándose una ceja.

Irene soltó una risa amarga.

—Esto es distinto.

—¿Por qué? —inquirió Maica.

—Porque era importante.

Milda comprobó que su moño estuviera suficientemente tirante y habló con la serenidad de quien ya había pensado mucho en aquello:

—No se lo dijiste porque no querías que creyera que eras una loca del coño.

Irene la miró, Maica asintió y comentó también:

—Hiciste exactamente lo que habría hecho cualquier mujer con dos dedos de frente.

Irene ladeó ligeramente la cabeza y preguntó, desconcertada:

—¿Qué os pasa a las dos? —Las dos la miraron sin entender—. Pensaba que ibais a echarme la bronca. Que me ibais a decir que nunca debí enamorarme del tío que tenía pegado en la nevera. Que estas historias siempre acaban fatal.

Ninguna respondió. Instantes después, fue Maica quien rompió el silencio:

—Pues no.

—¿No? —repuso Irene.

—No. Porque os he visto juntos. —Irene la observó sin comprender. —He visto cómo te miraba. Esa mirada no se fabrica.

—Pienso exactamente lo mismo —asintió Milda.

A Irene volvieron a humedecerse los ojos y les preguntó:

—¿Y cómo hago para que vuelva a creer en mí?

Maica suspiró y respondió tras revolverse en la silla:

—Hay hombres que merecen la pena tanto como un mueble viejo y Mateo es uno de ellos.

Irene sonrió entre lágrimas, porque no pudo evitar emocionarse y recordarles también que:

—Hay hombres que son como Rusia. Lo quieren todo.

Las otras dos permanecieron en silencio y Milda finalmente habló:

—Pero Mateo no. Así que empieza por recuperar fuerzas —le aconsejó agitando el táper— y deja que él recupere las suyas.

—No me estáis ayudando nada —dijo Irene, chasqueando la lengua de pura frustración.

—Te estoy ayudando diciéndote la verdad —le aseguró Maica—. Si esto hubiera pasado con un tipo como Sergio, te diría otra cosa.

—Pues bien que te pasas el día hablando con él. En persona, por WhatsApp... —le recordó Irene, alzando las cejas.

—Por trabajo —precisó Maica.

—Claro.

—No busques donde no hay. No lo soporto. Es un estirado arrogante.

Irene soltó una pequeña carcajada y soltó:

—No te lo crees ni tú.

—Pues es verdad. En cambio, Mateo... Mateo es otra historia. Entrará en razón.

—La razón no puede arreglar esto —opinó Irene. Milda y Maica la miraron y ella añadió—: Solo puede hacerlo el corazón.

Milda sonrió muy levemente y le aconsejó alzando las cejas:

—Pues entonces confía en el suyo.

Irene suspiró, porque lo veía muy complicado:

—No creo que me perdone nunca.

—Claro que te perdonará —repuso Maica—. Cuando se calme entenderá que, si el primer día le hubieras dicho que llevabas años con su foto en la nevera, habría llamado directamente a urgencias psiquiátricas.

Irene rompió a reír. Una risa pequeña. Pero risa al fin. Y Maica sonrió satisfecha.

—Mira —señaló Milda—. Es la primera vez que te ríes desde que Mateo se marchó. Luego, se puso de pie y le ordenó —: Y ahora me voy a ir a calentarte la sopa y te la vas a tomar entera.

—No tengo hambre.

—No te he preguntado si tienes hambre.

Irene sonrió resignada porque a ver quién era la valiente de rechazar su sopa y dijo:

—Me la comeré sin hambre mientras vemos la tele.

Maica la miró sorprendida porque llevaba dos días sin querer encenderla. Ni la televisión. Ni la radio. Ni el móvil.

—¿Seguro?

Irene asintió:

—Sí. Creo que me encuentro un poco mejor.

Maica cogió el mando y encendió la televisión. Lo primero que apareció fue la promoción de un programa de máxima audiencia de actualidad y entrevistas.

Una voz solemne anunció:

—Esta noche, por primera vez, Lola Rivelles rompe su silencio. ¿Quién es realmente Mateo Rivelles? ¿Qué ocurrió en las famosas fiestas? ¿Ha mentido la prensa? Esta noche... toda la verdad.

Las tres se quedaron patidifusas y finalmente Maica preguntó:

—¿Apago?

Irene respiró hondo, negó con la cabeza y respondió:

—No. Quiero verlo.

Porque, por primera vez desde que le había pedido a Mateo que se fuera de casa, volvió a sentir algo que creía haber perdido: la esperanza.

Milda se fue a calentar la sopa y, como había hecho tanta, pudo servir tres cuencos bien colmados.

Tras la publicidad, el programa empezó.

Las tres se sentaron en el sofá, tomando el caldo de Milda.

El presentador, Ernesto Manzano, uno de los periodistas más incisivos del país, famoso por no casarse con nadie y hacer las preguntas que nadie se atrevía a formular, se volvió hacia Lola y fue directo al grano:

—¿Por qué has decidido contar ahora la verdad?

Lola respiró hondo, se colocó bien la hombrera del traje de chaqueta blanco y respondió con una sinceridad aplastante:

—Porque estoy cansada de ver sufrir a mi hermano.

—¿Sufrir por qué?

—Porque hay una persona que lleva mucho tiempo haciéndole daño.

—¿Quién?

Lola no dudó ni un instante y respondió sin que le temblara la voz:

—Julio Sanz.

Irene estuvo a punto de atragantarse con la sopa.

Milda y Maica se miraron completamente atónitas.

En el plató se escuchó un murmullo de sorpresa que terminó convirtiéndose en un sonoro:

—¡Uuuuuh!

Ernesto Manzano entornó la mirada y replicó:

—¿Él es el que hizo todas esas fotos que han supuesto un gran daño en la reputación de tu hermano?

—Sí. Él es quien ha ido filtrando todas las fotografías —respondió Lola, con la confianza que le daba saber que estaba diciendo la verdad.

—Es una acusación gravísima, Lola. ¿Cómo puedes demostrar algo así?

—Porque mi hermano le sorprendió hablando con el director del periódico. Estaba negociando nuevas fotografías.

Ernesto no apartó la mirada.

—Eso sigue sin demostrar que él fuera quien las hizo.

Lola asintió.

—Tienes razón. Por eso mi hermano no se quedó solo con lo que escuchó. Al día siguiente, reunió todas las pruebas y presentó una denuncia.

El público volvió a murmurar.

—¿Una denuncia? —preguntó Ernesto.

—Sí. Y, además, el periódico ha entregado toda la documentación relacionada con esas exclusivas. Hay transferencias bancarias, pagos por las fotografías y conversaciones que acreditan quién las estaba vendiendo.

El plató quedó completamente en silencio.

Ernesto respiró hondo antes de hablar.

—Si todo eso se confirma, estaríamos ante uno de los mayores escándalos del periodismo deportivo de los últimos años.

—Se confirmará —respondió Lola con absoluta seguridad—. Porque mi hermano lleva demasiado tiempo pagando por unas mentiras que nunca debieron publicarse.

—En cualquier caso, tu hermano aparece en esas fotos.

—¡Claro que aparece! Porque iba a buscarme a mí.

El plató quedó completamente en silencio y Ernesto le recordó con una mirada implacable:

—La fotografía del porro...

Irene pensó que había que tener mucho valor para plantarse delante de Ernesto Manzano.

Tenía fama de no dar tregua, de poner contra las cuerdas a sus invitados y no soltar a su presa hasta encontrar una contradicción.

Pero aquella noche Lola parecía otra.

Serena.

Segura.

Convencida.

Y sin arredrarse lo más mínimo interrumpió a Ernesto para informarle de que:

—Las fotos que publicaron a través de Julio son de verdad, pero la historia que cuentan son un puro invento. El porro era de Nicoleta. Y ella ha querido también estar aquí esta noche.

Lola sonrió y por primera vez desde que había empezado Derecho Procesal, comprendió que aquellas clases servían para mucho más que aprobar un examen. Una acusación no se desmontaba indignándose, sino rebatiéndola con hechos y pruebas. Y ella las tenía.

—¿Nicoleta está aquí? —preguntó Ernesto.

—Está sentada en la primera fila.

Nicoleta alzó la mano, las luces la enfocaron y Ernesto se acercó a ella con un micrófono de mano.

—Buenas noches —saludó, sonriendo y con un vestido cubierto de lantejuelas plateadas.

Ernesto la miró fijamente y le preguntó a bocajarro:

—Buenas noches, Nicoleta, ¿ese porro era tuyo?

—Sí. Fumo de vez en cuando. Me paso el día haciendo joyas artesanas, se me cargan las cervicales y así las descontracturo un poco.

El público rompió a murmurar y las tres chicas no paraban de comer sopa sin perder ripio.

—Y si era tuyo —siguió Ernesto—, ¿por qué lo tenía Mateo en la mano?

La italiana soltó una pequeña risa y respondió:

—Porque yo estaba poniéndole un collar a Lola y necesitaba las dos manos. Así que le pedí a Mateo que me sujetara el canuto. Eso fue todo.

El público empezó a otra vez a cuchichear.

—¿Entonces Mateo...? —quiso saber Ernesto.

Y no hizo falta que terminara la pregunta porque Lola se lanzó a explicar:

—Mateo no ha fumado un porro en toda su vida. Ni uno. Solo bebe agua. Ni siquiera toma un paracetamol si puede evitarlo.

El presentador volvió a su sofá frente a Lola a la que preguntó:

—Entonces, ¿por qué aparecía siempre en las fiestas?

Lola soltó aire y se puso seria porque sabía que ahí era donde se la estaba jugando:

—Porque yo soy un poco complicada —respondió.

—Define qué es para ti ser complicada.

—Me gusta salir.

El público rio.

—Ya.

—Me gusta divertirme.

Más risas.

—Lola... —masculló Ernesto a punto de que se le agotara la paciencia.

—Y a veces me divierto demasiado. Como el día de la falda que perdí en el Ushuaia.

Ernesto no pudo evitar una sonrisa y él jamás solía sonreír en una entrevista dura y difícil como esa:

—¿La perdiste?

—Sí.

—¿Cómo pierde alguien una falda?

—Pues... no lo sé.

El público rompió a reír.

—¿Sucedió?

—Me pasan esas cosas. No sé si fue un enganchón o yo que sé. Mi hermano y su novia me trajeron otra y yo por hacer la gracia se la puse en la cabeza.

El presentador se tapó un segundo la cara con las tarjetas para que no le vieran sonreír otra vez, luego preguntó:

—¿Y el gorro de brócoli también se lo pusiste tú?

—También fue culpa mía.

—¿Cómo?

—Me tocó un gorro de brócoli y una botella gigante de corcho en un concurso.

El presentador parpadeó, sin dar crédito, tenía cincuenta años y en la vida había escuchado semejante cosa.

—¿Hay concursos así?

—Hay cada cosa por ahí. Tienes que salir más, Ernesto Manzano.

Las carcajadas llenaron el plató. Ernesto esperó unos segundos y le pidió a Lola:

—¿Y qué pasó después?

—Aquella noche llamé a mi hermano para que viniera a buscarme. Y le fotografiaron con el gorro puesto, porque yo se lo planté en la cabeza mientras intentábamos salir de allí.

El presentador bajó la vista hacia las tarjetas, pasó rápido unas cuantas y atacó con la pregunta del millón:

—¿Y la lesión?

Lola dejó de sonreír y le costó varios segundos responder:

—También fue culpa mía.

El plató quedó mudo.

—Ajá... —murmuró Ernesto, invitándola a continuar.

—Yo había bebido más de la cuenta —reconoció, avergonzada.

—¿Y?

Lola tragó saliva. Ahora le tocaba a ella hacer lo que su hermano llevaba años haciendo por ella: dar la cara. Y solo tenía un arma para defenderlo: la verdad.

—Tropecé en una escalera —dijo Lola, mirando directamente a cámara—. Mi hermano me agarró para que no me cayera. —Hizo una pausa para contener las lágrimas—. Y al hacerlo, se lesionó el tobillo. También fue culpa mía.

El silencio fue absoluto.

El realizador enfocó al público.

Una mujer de la primera fila se secó las lágrimas y un hombre detrás de ella negó lentamente con la cabeza, incapaz de creer que hubiera juzgado a Mateo sin conocer la verdad.

En casa, Irene sintió un escalofrío. Milda dejó el cuenco sobre la mesa. Maica se llevó una mano a la boca.

—Ya os dije que Mateo no es como Rusia —comentó Milda.

—Shhhhhhhhhhh. —Las otras la mandaron callar.

El presentador permaneció unos segundos sin hablar, hasta que inquirió:

—¿Por qué no se supo nunca?

Lola sonrió con tristeza y respondió retirándose una lágrima que no pudo contener:

—Porque Mateo no quiso.

—¿Por qué?

—Porque prefería que pensarán que era un juerguista antes que convertirme a mí en un personaje público.

El plató entero rompió en un aplauso espontáneo y el presentador volvió a hablar.

—¿Hay alguien que pueda confirmar esto?

—Sí. Ellos —contestó señalando un lateral donde apareció Sergio.

A Irene se le cortó la respiración. Sentía el corazón a punto de salirse del pecho.

Y en el plató, Ernesto se acercó a Sergio y le puso el micrófono delante:

—Buenas noches. Soy Sergio Beltrán. Represento a Mateo desde que era un chaval. —Miró directamente a cámara y dijo—: En todos estos años jamás me ha pedido un coche mejor, ni un contrato más alto, ni un favor para él. Miento. Solo uno —añadió, mientras el plató permanecía completamente en silencio—. Me pidió que jamás dejara que nadie hiciera daño a su hermana. —El realizador enchufó a Lola que empezó a llorar. El público volvió a aplaudir y Sergio continuó—: Y sí. Le insistí muchas veces para que contara la verdad, la misma que Lola acaba de contar, la única que hay, pero se negó siempre.

—¿Por qué?

—Porque decía que, si la prensa empezaba a seguir a Lola, dejaría de ser libre.

El presentador respiró hondo y Sergio le comentó señalando a Dani que estaba a su lado:

—También está con nosotros Dani Cabrera, su preparador físico, que también puede dar fe de lo que estamos contando.

—¿Qué tienes que aportar al caso, Dani? —preguntó Ernesto.

—Buenas noches. Yo estuve con Mateo después de aquella lesión. Miró a cámara y siguió—: Nunca quiso que se supiera la verdad. ¿Y sabes qué me dijo después?

—¿Qué te dijo?

—Que había merecido la pena. —El silencio volvió a instalarse. —Porque había evitado que se le hiciera mucho daño a su hermana.

Sergio aprovechó para echar un ojo a X que empezó a llenarse de mensajes:

Le debemos una disculpa.

Nos han engañado durante años.

Pobre Mateo.

La opinión pública estaba cambiando, mientras Irene llevaba ya tres pañuelos gastados.

Y en plató, Dani le comentó al presentador:

—También ha venido a dar testimonio otra persona: Michele Vitale es el ex de Lola. Se conocieron en los tiempos que estaban en Italia.

Ernesto le puso el micro delante y este habló del tirón:

—Durante mucho tiempo pensé que Mateo me odiaba por haberme hecho novio de Lola. Me equivoqué. Fui un imbécil. —El público soltó una risa—. Él nunca quiso apartarme de Lola por celos. Solo quería protegerla. Ama y defiende tanto a los suyos que parece napolitano.

—Así es —confirmó Salvatore que estaba sentado a su lado—. Mateo es un hombre familiar y también tremendamente casero. No le llevas a una fiesta ni arrastrado. Buenas noches —se presentó—. Soy el mejor amigo de Michele. Nunca entendí cómo podían decir que el pobre Mateo era un golfo si es lo más parecido que he conocido a un monje Shaolin.

El plató se llenó de risas y entonces el tío Genaro, que estaba apoyado en su elegante bastón, ese con el que Mateo creyó que le iban a dar matarile, tomó la palabra para decir en italiano y Michele tradujo:

—Mi tío dice que un hombre que protege a su familia antes que a sí mismo solo merece respeto y admiración.

Todo el plató se puso en pie aplaudiendo a rabiar y, en casa, Irene no podía dejar de llorar.

Incluso Milda lo hacía...

Y fue entonces cuando Irene se percató de que había un rótulo en la parte inferior de la pantalla que ponía: «teléfono de aludidos».

Ni se lo pensó y cogió el móvil.

—¿Qué haces? —preguntó Maica, sonándose la nariz.

—Voy a llamar.

—Estás loca. Muy loca. Pero tienes que hacerlo —apuntó Milda.

Irene marcó y comunicaba. Volvió a marcar y nada. Lo intentó una tercera vez y esta vez dio tono.

Las tres dejaron de respirar y una operadora le tomó los datos.

Segundos después, estaba dentro.

El presentador levantó una mano y dijo:

—Tenemos una llamada. ¿Quién es?

Irene cerró los ojos un segundo y los abrió para responder:

—Soy Irene.

Hubo un murmullo general y Lola se echó las manos a la cara de la emoción.

—¿Y quién eres, Irene?

—La novia de Mateo.

El plató entero rompió en aplausos, Michele gritó lanzando un puño al aire y Lola juntó las manos y miró al techo como dando gracias al cielo:

—Adelante, Irene.

Ella respiró hondo, Milda le apretó el hombro para infundirle fuerzas y Maica con un gesto de la cabeza le instó a que siguiera:

—Solo quiero decir que todo lo que habéis escuchado esta noche es verdad.

Miró un instante a Milda y a Maica, y ambas muy emocionadas levantaron los pulgares.

—Hay ocasiones en las que el periodismo destapa injusticias. Y otras... en las que las crea —masculló Ernesto, moviendo un poco la cabeza.

Irene pensó en Mateo y sintió tantas cosas que decidió dejar atrás los miedos y los temores y centrarse en decir solo la verdad:

—Así es. Mateo no bebe. No fuma. No le gustan las fiestas. Vive para el fútbol. Y vive para su familia. Si alguna vez habéis pensado que era un golfo, os habéis equivocado. Porque ha preferido que hablaran mal de él antes que señalar a la persona que más quiere en el mundo—. Se hizo un silencio enorme. —Y yo... Yo he tenido la

suerte de conocer al hombre que hay detrás del futbolista. Un hombre bueno. Honrado. Leal. Valiente. Y con el corazón más grande que he conocido nunca—. La voz empezó a quebrársele. — No se merece nada de lo que le ha pasado. Absolutamente nada.

Lola cerró los ojos y sonrió.

Sabía que Irene acababa de decir exactamente lo que Mateo necesitaba escuchar.

El público volvió a ponerse en pie aplaudiendo enfervorecidos y el presentador esperó unos segundos antes de asegurar:

—Se nota que lo quieres muchísimo.

Irene sonrió entre lágrimas, se llevó la mano al pecho y musitó delante de todo el país:

—Con todo mi corazón. Y si me está viendo... —Todo el plató se quedó en silencio—. Solo quiero que sepa que sigo aquí.

Y tras decir esto, sintió que quizá todavía no estaba todo perdido...

Capítulo 19

Lo que Irene no sabía era que Mateo estaba viendo el programa desde el salón de la villa.

No estaba solo. Los dos Archis le hacían compañía. Y él lloraba como no recordaba haber llorado nunca. Ni siquiera de niño.

Archi, el perro, se acercó despacio. Lo observó unos segundos y, por primera vez desde que lo conocía, no le gruñó. Al contrario. Le lamió una lágrima que acababa de resbalarle por la mejilla.

Mateo sonrió entre sollozos y le acarició la cabeza.

—Gracias, compañero.

En la televisión seguían aplaudiendo a Irene.

Mateo negó despacio con la cabeza.

—No me lo merezco.

Archi, el jardinero, que había permanecido en silencio todo el programa, dejó escapar una sonrisa y dijo:

—Sí.

—No, te digo yo que no.

—¿Por qué no?

Mateo volvió a mirar la pantalla y respondió entre resoplidos:

—Después de todo lo que desconfié de Michele ha ido a defenderme. Y hasta ha llevado al tío Genaro. ¿Te lo puedes creer? ¡Con lo mal que me porté con él! Si es que no he parado de llamarle mafioso casi desde el día que lo conocí. ¡Y ahora menuda lección me ha dado! Tenía que odiarme y mira lo que acaba de hacer por mí.

—Porque sabe quién eres de verdad.

Mateo suspiró.

—Y luego está Irene... —Se le quebró la voz y siguió—: Después de ir a buscarla para pedirle explicaciones, después de no creerla, después de hacerle daño... va y sale delante de toda España a hablar así de mí... —Bajó la cabeza—: No me lo merezco.

Archi esperó unos segundos antes de responder y soltó después:

—¿Sabes lo que creo?

Mateo levantó la vista y farfulló expectante:

—Dime.

—Que ella no ha hablado del futbolista.

—¿Entonces?

—Ha hablado del hombre del que se ha enamorado.

A Mateo aquellas palabras le atravesaron el pecho.

—Dios.

—¿Qué sientes por ella? —preguntó Archi, mientras el perro permanecía tumbado a sus pies.

Mateo ni siquiera tuvo que pensarlo y respondió:

—Que he sido un idiota.

—Eso ya lo sabemos los dos.

Mateo soltó una risa entre lágrimas y se las apartó con el dorso de la mano:

—Pensaba que me había traicionado y era yo quien no estaba siendo justo con ella. Tendría que haber entendido por qué me ocultó que era mi fan.

—Ese día acababas de descubrir lo de Julio. No estabas pensando con claridad.

—Da igual. Le hice daño. Y no creo que quiera volver a verme.

Archi señaló la televisión con la barbilla y le preguntó:

—¿Has escuchado lo que acaba de decir delante de toda España?

—Sí.

—Pues deja de pensar en lo que tú crees y empieza a pensar en lo que ella acaba de demostrar. —Guardó silencio unos segundos y añadió—: Ve a verla.

Mateo respiró hondo y confesó con un nudo en la garganta:

—Quiero decirle algo más que gracias.

—¿El qué?

Mateo sonrió con tristeza y respondió:

—Nada, porque me va a mandar a la porra.

Archi le miró fijamente y le contó algo para que reaccionara:

—Una de las cosas que he aprendido como jardinero es que un jardín no se estropea porque llueva. Se estropea cuando nadie vuelve a cuidarlo.

—O sea... ¿todavía estamos a tiempo? —replicó Mateo un tanto desconcertado.

—Ninguna planta florece todos los días. Hay temporadas de lluvia, viento, ramas secas. Lo importante es seguir cuidando las raíces.

—Vamos, que el jardín sobrevive porque después de la tormenta alguien vuelve a sembrar.

—Lo vas pillando —masculló Archi y el otro Archi ladró como asintiendo.

—Y eso que se me dan fatal las plantas —bromeó Mateo.

—Pero sí que sabes que las flores más fuertes son las que aprendieron a florecer después de la tormenta.

Mateo ya no quería seguir hablando de flores ni de tormentas y confesó:

—Estoy jodidamente enamorado de ella. Y tengo un miedo horrible a llegar demasiado tarde.

—Nunca es demasiado tarde... Por cierto, bienvenido al club.

Mateo levantó una ceja y murmuró mordaz:

—¿A cuál?

—Al de los jodidamente enamorados.

—Gracias.

—Yo tampoco tenía pensado enamorarme de Lola. Me negué. Me enfadé conmigo mismo. Intenté convencerme de que aquello no tenía sentido. —Se encogió de hombros y añadió—: Pero el corazón es bastante cabezota. Y Lola... es mucha Lola.

—La escuchaba hablar y no podía dejar de admirarla. Lo que ha crecido, joder. ¡Si parecía una abogada!

Archi sonrió con orgullo.

—Es que lo va a ser.

—¡Y qué valiente es! Ha dado la cara por mí delante de toda España. Insistió en denunciar a Julio. No dejó que me rindiera. Y fue ella quien tuvo la idea de contarle todo en televisión. Sergio solo consiguió la entrevista, pero todo esto ha salido adelante porque ella no ha parado de decirme que ya estaba bien de verme cargar con una culpa que no era mía.

Y tras decir esto, Mateo bajó la cabeza, visiblemente emocionado.

—Ya era hora de que alguien te protegiera a ti —afirmó Archi.

—No sé cómo voy a agradecerle todo lo que ha hecho por mí.

Archi lo miró con una sonrisa serena, hizo una pausa y replicó:

—No tienes que agradecerle nada.

Mateo levantó la vista.

—¿Cómo que no?

—No. Porque ella solo te ha devuelto una pequeña parte de todo lo que tú llevas años haciendo por ella. —Mateo guardó silencio y Archi continuó—: Toda la vida has sido tú quien ha dado un paso al frente para protegerla. Quien ha cargado con las críticas. Quien ha preferido que hablaran mal de ti antes que señalarla a ella. Esta noche simplemente se han cambiado las tornas.

—Aún sigo impresionado por lo que ha sido capaz de hacer —dijo Mateo sintiendo un nudo en la garganta.

—Ahora ha sido ella quien ha salido a protegerte a ti.

—Ha estado sublime. Igual que Irene... Aunque no sé qué pasará con lo nuestro.

—¿Sabes otra cosa importante que aprendí como jardinero? —replicó Archi, enarcando una ceja—. Pero no lo flipes, ¿eh? No siempre doy clases gratis.

—¿Qué?

—Que podar una planta no es hacerle daño. Es ayudarla a crecer —recordó haciendo el gesto de que podaba con los dedos.

—Pero es que lo mío fue un desmoche. No sé. Tengo pánico a haberme cargado la planta.

—¿Tú has escuchado lo que ha dicho Irene? Dice que te quiere con todo su corazón y que sigue ahí. ¿Qué más pruebas necesitas?

—No lo entiendo, te lo juro. Es lo último que esperaba escuchar. Llevo toda la vida protegiendo a los demás y nunca imaginé lo que se siente cuando alguien te protege a ti.

—Pues acostúmbrate. Aunque te entiendo. No sabes cuánto. Lola me está enseñando exactamente lo mismo. Con ella me está tocando aprender que también merezco ser cuidado.

—Pero lo que me descuadra es que Irene lo haya hecho después de que la pifié.

—Porque el enamoramiento es una idealización y el amor es lo que sobrevive a los conflictos y decepciones. Así que vale que habéis tenido un desencuentro, pero realmente es el camino para descubrir si de verdad lo vuestro era amor. Porque los vínculos fuertes no nacen de no discutir, nacen de saber volver.

—¿Y tú todo esto lo has aprendido trabajando de jardinero? —
quiso saber Mateo, asombrado.

—Y también soy el mayor de cuatro hermanos. Es lo que tiene
estar todo el día a la gresca.

Mateo soltó una pequeña carcajada y luego repuso:

—Gracias, de verdad.

—De nada. Y ahora vete con ella.

Mateo no pudo replicar nada porque Archi, el perro, se acercó
hasta él y empezó a empujarle la pierna con el hocico.

—¿Tú también?

El perro insistió.

Archi se echó a reír y dijo divertido:

—Hasta él tiene más claro que tú lo que tienes que hacer.

Mateo se quedó unos segundos respirando profundo. Después se
levantó, cogió las llaves del coche y salió de la villa con la sensación
de que jamás había tenido tan claro hacia dónde quería ir.

Condujo escuchando cómo el móvil no dejaba de vibrar.

Entraban llamadas.

Mensajes.

Notificaciones.

Las redes ya no hablaban del futbolista juerguista que llevaban
meses dibujando, sino del hombre que había sacrificado su
reputación para proteger a su hermana.

Unos reconocían la injusticia que se había cometido con él. Otros
pedían perdón por haberlo juzgado sin conocer la verdad. Muchos
resaltaban la lealtad, el amor incondicional que sentía por su familia
y la enorme dignidad con la que había soportado en silencio durante
tanto tiempo.

Había quien confesaba que nunca había sentido especial simpatía
por Mateo Rivelles y que aquella noche acababa de cambiar por
completo la imagen que tenía de él.

Otros decían que ojalá sus hijos crecieran con unos valores
parecidos a los suyos.

Pero, de todos los mensajes, el que más se repetía no hablaba de
fútbol.

Hablaba de amor.

Del amor de un hermano que había preferido cargar con todas las críticas antes que señalar a su hermana.

Y de una hermana que, cuando más lo necesitaba, había hecho exactamente lo mismo por él.

Además, había algo que había emocionado profundamente a la gente.

Nadie esperaba ver desfilar, uno tras otro, a quienes mejor lo conocían.

Su hermana.

Su representante.

Su preparador físico.

Michele.

Hasta el tío Genaro se había subido a un avión con su bastón para hablar bien de él.

Todos coincidían en lo mismo: no sabían si Mateo Rivelles era mejor hombre que futbolista.

Y luego comentaron muchísimo la aparición de Irene.

Las redes se llenaron de mensajes hablando de la forma en que lo había defendido, del amor con el que había hablado de él y, sobre todo, de aquella confesión que había hecho en directo delante de millones de personas.

Se nota que lo quiere de verdad.

Ojalá alguien hable de mí alguna vez como Irene habla de Mateo.

Después de escucharla, ya no tengo ninguna duda de que el amor existe.

Incluso empezó a repetirse una frase una y otra vez:

El yerno perfecto se llama Mateo Rivelles.

Mateo conducía ajeno a todo aquello. Es que ni se lo podía imaginar. Tras meses con la reputación hecha trizas, había bastado una sola noche para recuperar su reputación y la admiración de un país entero.

Claro que, en ese momento, en lo que menos estaba pensando Mateo era en su reputación.

Lo único que quería recuperar de verdad era a Irene.

Al llegar al portal, se encontró con que estaba abierto.

Entró y subió los escalones de tres en tres hasta el segundo M, de Mateo.

Esperó unos segundos, con el corazón a mil y no por el esfuerzo de haber subido los escalones, precisamente.

A los pocos segundos, Milda abrió la puerta con los tres cuencos de la sopa apilados en una mano.

—¡Mateo! —exclamó feliz, pero no extrañada. Al contrario—: Estaba contando los minutos para que llegaras.

Mateo sonrió con timidez y entonces Maica apareció asomando la cabeza detrás de Milda:

—¡Hola! —canturreó Maica muy emocionada—. Lo sabía. Es que en cuanto he escuchado el timbre... ¡lo sabía!

Mateo sonrió, sin saber qué decir.

Milda agarró a Maica del brazo y le dijo encogiéndose de hombros:

—Nosotras nos vamos.

—¿Adónde?

—A lavar los cuencos. Mi lavavajillas es mucho mejor que este. ¡Dónde va a parar! ¡Y Maica se muere por conocerlo!

—Sí, por lo visto es una cosa de otro mundo.

Las dos desaparecieron escaleras abajo casi corriendo y Mateo no pudo evitar sonreír.

Entró en la casa despacio y, desde el pasillo, vio a Irene que seguía sentada en el sofá.

Llevaba una camiseta vieja, el pelo revuelto y los ojos todavía hinchados de llorar.

Cuando Irene lo vio aparecer, se quedó sin respiración.

Le encontró desmejorado y también tenía pinta de haber llorado bastante.

Los dos permanecieron unos segundos mirándose y fue Irene la que rompió el silencio:

—¿Y las chicas?

—Se han ido a lavar los cuencos.

—Los cuencos...

—El lavavajillas de Milda es una cosa fuera de serie.

Irene, que seguía con la boca abierta, ya no pudo más y rompió a reír.

Mateo también y después mirándola con una cara de enamorado que no podía con ella saludó alzando una mano:

—¡Hola!

—Hola, Mateo.

Mateo tragó saliva, le clavó la mirada y replicó con el corazón en la mano:

—He visto el programa.

—Lola ha estado estupenda.

—Y tú también. Miles de gracias.

Irene carraspeó un poco y luego habló mirándole a los ojos:

—No tienes que dárme las. Solo he dicho la verdad.

Mateo dio un paso hacia ella, porque había una palabra que ya le estaba abrasando en la garganta y necesitaba soltarla como fuera:

—Perdóname.

Irene dio un tirón del bajo de su camiseta vieja y musitó:

—Estabas en *shock*.

—Eso no me exime de nada.

—Yo también tendría que haberte contado muchas cosas antes — reconoció Irene, esbozando una sonrisa triste.

—Creíste que era lo mejor.

—Es que si el primer día te hubiera dicho que llevaba años convencida de que en un universo paralelo teníamos dos hijos y un perro... habrías llamado a seguridad.

Mateo soltó una carcajada y repitió:

—¿Un perro?

—Sí.

—¿No será uno como Archi?

Irene sonrió.

—Puede.

—Pues ya me llevo bien con él. De hecho, me ha empujado hasta aquí.

—¿Literalmente?

—Literalmente.

Irene soltó una pequeña risa y luego volvió a insistir:

—Lo del universo paralelo es verdad. Y ese era el problema. Por eso no quería contarte nada hasta que llegara el momento. Nunca fui una admiradora normal. Cuando te veía en la tele, cuando leía una entrevista tuya, cuando marcabas un gol, yo no sentía que estuviera viendo a un famoso.

Mateo frunció el ceño y preguntó muy emocionado:

—¿Qué es lo que sentías?

—Sentía una cosa muy rara. Como si ya te conociera. Como si, de alguna manera que no sé explicar, ya formarás parte de mi vida.

Mateo respiró hondo, asintió con la cabeza y replicó:

—Yo ya te dije que siempre intuía que había alguien. Y ahora entiendo por qué nunca me mirabas como las demás.

—Yo sabía que eras tú. No era una fantasía. Ni una obsesión. Ni siquiera un encoñamiento como el que puede sentir una chica por un actor o un cantante —reconoció Irene, bajando la vista al suelo.

—¿Qué era?

Irene volvió a mirarlo y respondió sin ningún tipo de duda:

—Era una certeza. Siempre sentí que tú y yo ya nos habíamos encontrado en algún sitio. Que nuestra historia ya había ocurrido y que, tarde o temprano, volvería a pasar.

Luego, sonrió con cierta vergüenza y Mateo no supo ni qué decir:

—Joder...

—Por eso jamás me atreví a contártelo. Porque ni yo misma sabía explicarlo sin sonar completamente chiflada. No quería que pensaras que me había inventado una vida contigo. Lo que pasaba... —hizo una pausa y siguió—: es que, de alguna manera, yo siempre he sentido que ya eras parte de mi vida. Pero no sabía contártelo sin que te asustaras.

—Lo que me asustó fue otra cosa.

—¿El qué?

Mateo la miró con una sinceridad desarmante y respondió:

—Pensar que te había perdido.

Los ojos de Irene volvieron a humedecerse y confesó tras echarse un mechón de pelo detrás de la oreja:

—Yo también lo he pasado fatal.

—Me puedo hacer una idea.

—Han sido dos días horribles.

Mateo guardó silencio unos segundos y luego le contó algo sonriendo con ternura:

—No he dejado de pensar en aquella foto tuya esperándome a la salida de un entrenamiento.

—Fui tantas veces...

—No entiendo cómo no te vi.

Irene se encogió de hombros y replicó haciendo aspavientos con las manos:

—Siempre se me echaba la gente encima. He sido bastante torpe toda la vida.

Los dos rieron mirándose con complicidad.

—¿De verdad siempre pensaste que esto iba a pasar? —preguntó él, sintiendo que el corazón le latía fuerte.

Irene respiró hondo.

—Siempre.

—Y como parece una locura...

Mateo negó con la cabeza, Irene le miró sorprendida y él aclaró:

—Joder, ¿cómo me va a parecer una locura si también he sentido siempre que había alguien esperándome?

—Dios.

Mateo se acercó un paso más y siguió hablando emocionado:

—Solo que nunca imaginé que fueras tú.

Irene no pudo soportarlo más y rompió a llorar.

—Lo siento, es que pensaba que no me ibas a perdonar.

—Yo pensaba igual, porque en realidad el que se tomó como una traición algo que no era fui yo.

—No tengo nada que perdonarte, Mateo.

—¡Ay, madre! —soltó Mateo, con la garganta tensa.

—¿Qué pasa?

—¡Menuda noche! —respondió con la mirada empañada—. Es acojonante descubrir que uno merece ser querido, protegido y perdonado.

—Lo mereces —susurró Irene, con una lágrima rodándole por la mejilla.

Mateo recortó la distancia que los separaba, le secó la lágrima con el pulgar y descendió la vista hasta la mano de Irene:

—¿Y el anillo?

Ella sonrió entre lágrimas y respondió:

—Como era un secreto, lo tengo escondido en mi mesilla de noche. Pero todas las noches me lo pongo para dormir.

Mateo cerró los ojos un instante. Aquello era, probablemente, una de las declaraciones de amor más bonitas que le habían hecho en toda su vida.

Luego, le pidió con un convencimiento absoluto:

—No vuelvas a quitártelo.

Irene le miró llevándose las manos a la boca y replicó:

—¿En serio?

—Todo lo que te dije aquel día sigue siendo verdad.

Mateo le cogió las manos y ella reconoció también:

—Igual que lo que dije yo.

—Aunque si hace falta, volveré a arrodillarme para pedirte otra vez que te cases conmigo.

Irene no dijo nada. Simplemente lo abrazó y lo besó con todas las ganas que llevaba guardadas desde hacía dos días.

Fue un beso dulce, alocado, intenso...

Cuando por fin se separaron, Mateo apoyó la frente contra la suya y sonrió:

—Menos mal que después de todo no fue un desmoche.

—¿Desmoche? ¿Qué dices?

—Ya te lo contaré. El pobre de Archi estuvo haciéndome un montón de símiles entre el amor y la jardinería.

—Ah.

—Si no es por los Archis, no estaría aquí. Pero estoy.

—Sí.

—Y eso significa que quiero quedarme.

—Sí. Doy fe de que sí.

—Y ya que estamos aquí, se me está ocurriendo algo —dijo Mateo, tras pasarse la mano por la nuca.

—Tú dirás.

—¿Y si en vez de dar los buenos días cada mañana a la foto de la nevera, me los das mí?

Irene soltó una pequeña risa...

—¿Me estás pidiendo que me vaya a vivir contigo?

—A lo mejor te parece un tanto precipitado.

—A lo mejor no.

—¿No?

—No, porque resulta que Milda va a abrir oficinas en Madrid.

—¿En Madrid? —replicó Mateo, abriendo mucho los ojos.

—Me ha pedido que las dirija.

—¡Eso es maravilloso! ¡Enhorabuena!

—¡Gracias! Así que me viene perfecto irme a vivir contigo, porque tú también vas a acabar allí.

A Mateo se le escapó una lagrimilla, luego le acarició la mejilla y musitó:

—Ojalá.

—Ya lo verás. Porque esta noche lo va a cambiar todo.

—¿Por qué estás tan segura?

Ella sonrió como había sonreído siempre, como la primera vez que vio su fotografía, como cuando pegó aquella imagen en la nevera, como cuando aceptó ser su novia falsa, como cuando se puso el anillo cada noche para dormir y respondió:

—Porque sabía que pasaría...

EPÍLOGO

Semanas después...

Los flashes no dejaban de dispararse.

La sala de prensa del Santiago Bernabéu estaba abarrotada.

Micrófonos.

Cámaras.

Fotógrafos.

La camiseta blanca con el número de Mateo descansaba sobre una mesa junto al escudo del club.

Fuera, miles de aficionados coreaban su nombre.

Dentro, el presidente le daba la bienvenida mientras los fotógrafos seguían disparando.

Finalmente le cedió el turno:

—Y ahora os dejo con Mateo Rivelles.

Un aplauso inundó la sala.

Mateo inspiró hondo.

Miró a los periodistas y después buscó con la mirada a los suyos.

Allí estaban en primera fila: su padre, su madre, Lola, los dos Archis, Dani, Sergio fingiendo que no miraba a Maica, Maica fingiendo que no miraba a Sergio y por fin Irene sonriéndole como siempre.

Mateo acercó el micrófono, guardó unos segundos de silencio y empezó a hablar.

—Cuando era pequeño vivía en Rascafría y soñaba con jugar en el Real Madrid. Este día ese niño ha cumplido su sueño. Pero si pudiera volver a Rascafría, cogería al Mateo de diez años, que iba siempre con un balón debajo del brazo, y le diría: «Tranquilo. Va a costar muchísimo. Vas a caerte muchas veces. Pero no dejes de creer. Porque un día conocerás a personas que harán que todo haya merecido la pena».

Mateo entonces miró a su gente y añadió emocionado:

—Me gustaría empezar por mis padres, que forman parte de este sueño que empezó cuando tenía casi tres años. A esa edad mi padre me compró un balón. ¡En qué hora! —La sala de prensa se echó a reír—. Desde entonces me pasé las tardes dándole patadas contra la

pared de casa. Rompí unos cuantos cristales, por no decir bastantes. La gente les decía a mis padres que aquello no podía seguir así. Que un niño no podía estar todo el día jugando al fútbol, pero nunca me quitaron el balón. Solo me hicieron prometer que, si rompía un cristal, ayudaría a pagarlo. Y pagué unos cuantos... Mi padre es carpintero, siempre quiso enseñarme el oficio y la verdad es que lo intentó. Me enseñó a sujetar una garlopa, a lijar una tabla, a respetar la madera... Así pagué los cristales, pero siempre volvía al balón. Y a romper más cristales.

La sala se rio. Mateo miró a sus padres y continuó diciendo:

—No sé cómo tuvisteis tanta paciencia. Pero gracias por dejarme intentarlo.

Los padres se retiraron las lágrimas, Mateo les lanzó un beso y siguió:

—Algunos cristales también los pagó mi abuelo. Fue el que empezó a llevarme a todos los entrenamientos, el que hizo muchísimos kilómetros con el coche, el que pasó frío y calor y el que estuvo a mi lado animándome a soñar en grande. Mi abuelo siempre me decía: «Si vas a tener un sueño, ten uno lo bastante grande para que merezca la pena perseguirlo».

A Mateo se le quebró ligeramente la voz, tomó aire y continuó:

—Y yo siempre soñé con jugar en este club. Siempre, incluso cuando solo mi abuelo confiaba en que iba a ser capaz de lograrlo. Él nunca permitió que dejara de soñar. Todo el mundo me decía que era muy difícil, que había miles de niños que como yo soñaban con ser futbolistas. Pero él nunca me habló de los miles, solo me preguntaba una cosa cada vez que terminaba un entrenamiento: «¿Hoy has disfrutado?». Porque mientras yo siguiera disfrutando, él seguiría creyendo. Hoy él ya no está, pero me gusta pensar que, de alguna manera, ha encontrado un sitio desde el que seguir viendo los partidos. Y hoy estará diciendo: «Te lo dije». Sin duda, este momento también le pertenece.

La sala aplaudió y Mateo esperó unos segundos para seguir contando:

—Después apareció mucha gente en mi vida. Entre ellos, Dani Cabrera, mi preparador físico: Gracias. Tú soñabas con estar dentro

del campo conmigo. Y cuando la vida te obligó a cambiar de camino, decidiste dedicarte a que otros no dejaran de cumplir el suyo. Este logro también es tuyo. Gracias por levantarme cada vez que me caí. Porque cuando todos hablaban del futbolista, tú siempre te preocupaste por la persona. Gracias por no dejar que una lesión acabara con mis ganas de seguir soñando. Y no dudes de que cuando yo juego, tú lo haces conmigo.

Dani bajó la cabeza y tuvo que tragar saliva para no llorar.

Mateo continuó:

—Luego llegó Sergio Beltrán, mi representante. Lleva tantos años peleando por mí que ya forma parte de mi familia. Gracias por creer cuando las cosas iban bien. Y sobre todo, gracias por no dejar de creer cuando yo mismo empezaba a cansarme.

Maica sonrió sin poder evitarlo.

Lola la vio.

Y levantó las cejas.

Ella disimuló mirando al techo.

Y Mateo tuvo que contener una sonrisa. Después, volvió a ponerse serio:

—Y también quiero darle las gracias a alguien que este verano me enseñó algo que jamás habría imaginado aprender.

Miró a Archi:

—Me enseñaste que los jardines sobreviven porque alguien vuelve a cuidarlos después de la tormenta. Gracias.

Archi asintió con la cabeza muy emocionado y Lola le cogió la mano.

Él no la soltó.

Luego, Mateo respiró profundamente porque sabía que llegaba la parte más difícil.

Miró a Lola y durante unos segundos no pudo hablar. Cuando lo consiguió, le salió la voz tomada:

—Durante mucho tiempo pensé que proteger era hacerlo todo solo. Cargar con los errores, con las críticas, con las mentiras. Creía que querer a alguien era impedir que sufriera, aunque el que acabara destrozado fuera uno mismo.

Hizo una pausa. Miró a su hermana y siguió:

—Este verano descubrí que estaba equivocado. Comprendí que querer también significa dejar que los demás te ayuden. Gracias, Lola, por enseñarme que también se puede proteger en las dos direcciones. Toda la vida pensé que tenía que protegerte y este verano he descubierto que tú también eres capaz de salvarme.

Lola lloraba sin intentar esconderlo y Mateo miró al frente. Bebió un poco de agua y clavó la vista en Irene.

Entonces, todo desapareció. Los periodistas, las cámaras, los fotógrafos...

Solo existía ella. Le sonrió y dijo:

—Y, por último, quiero dar las gracias a una persona que me ha cambiado la vida.

La sala se quedó en absoluto silencio y Mateo continuó:

—Hay personas que aparecen cuando todo va bien. Y hay personas que aparecen cuando más perdido estás. Las segundas son las que te cambian la vida. Y yo tuve la suerte de encontrar a una. Todos soñamos con alguien que nos mire como realmente somos. Ella llevaba creyendo en mí mucho antes de que yo supiera siquiera que existía. Irene: gracias por recordarme quién era cuando yo empezaba a olvidarlo. Gracias por quererme incluso cuando no era fácil hacerlo. Quiero que sepas que cumplir un sueño es maravilloso, pero tener con quien compartirlo lo hace inolvidable.

Irene ya no pudo contener las lágrimas:

—Hoy cumplo el sueño de aquel niño que rompía cristales en Rascafría. Hoy visto la camiseta del equipo al que amo. Pero con los años he descubierto que los sueños nunca los cumple una sola persona. Siempre hay alguien que te levanta cuando caes, que cree en ti cuando ya no puedes y sigue caminando a tu lado cuando todo parece derrumbarse. Por eso si estoy aquí no es solo porque el niño de Rascafría no dejó de perseguir un balón, es porque he tenido la inmensa suerte de encontrar a las personas adecuadas para recorrer ese camino conmigo. Y precisamente por eso, he aprendido que ningún sueño merece la pena si no puedes compartirlo con la gente que quieres. Muchas gracias a todos por estar hoy conmigo.

La sala entera se puso en pie. Mateo dejó el micrófono sobre la mesa. Bajó del estrado y entonces Irene llegó hasta él.

No dijeron nada.

Se abrazaron.

Después él sonrió y preguntó:

—¿Nos hacemos una foto?

Irene soltó una sonrisa entre lágrimas:

—¿Y esta vez qué contará?

Mateo la besó en los labios, la miró pensando que los sueños más grandes no son los que te llevan más lejos, sino los que te devuelven al lugar al que siempre has pertenecido y contestó:

—La verdad.

Y los flashes volvieron a dispararse...

AGRADECIMIENTOS

Gracias por llegar hasta aquí.

Si has llegado a esta última página, lo primero que quiero hacer es darte las gracias de corazón. Porque en un mundo que va tan deprisa, que alguien decida regalarme unas horas de su tiempo para conocer a mis personajes sigue pareciéndome un pequeño milagro.

Esta historia nació mucho antes de que escribiera la primera página.

Empezó el día en que una pregunta se empeñó en rondarme la cabeza:

¿Qué pasaría si el hombre con la peor reputación fuera, en realidad, quien más se ha sacrificado por los demás?

No tenía la respuesta.

Así que me senté a escribir para descubrirla.

Primero apareció Mateo.

Después Irene.

Y, cuando creía que ya sabía hacia dónde iba la historia, llegó Lola, decidida a ponerlo todo patas arriba.

Poco a poco fueron apareciendo Maica, Milda, Dani, Sergio, los Archis, Michele, el tío Genaro... y todos esos personajes que me han acompañado durante estos meses hasta convertir esta historia en mucho más de lo que imaginé cuando empecé a escribirla.

Espero que, al cerrar este libro, ellos también se hayan quedado un poquito contigo.

Porque, aunque esta novela habla de amor, también habla de algo que me emociona especialmente: de la importancia de mirar más allá de las apariencias y de recordar que ninguna persona cabe en un titular, en un rumor o en lo que otros cuentan sobre ella.

Si además has sonreído, te has emocionado o has sentido que alguno de estos personajes seguirá acompañándote durante un tiempo, entonces todo el trabajo habrá merecido la pena.

Y quién sabe...

Tengo la sensación de que alguno de ellos todavía no ha dicho su última palabra.

Con cariño,

Gema Samaro

P. D. Si te ha gustado *Sabía que pasaría*, me harías un favor enorme dejando una reseña en Amazon. Unas pocas líneas ayudan muchísimo a que otros lectores se animen a descubrir esta historia y son, además, uno de los mayores regalos que puedes hacerle a un autor.

MÁS HISTORIAS PARA TI

Si has llegado hasta aquí, ya sabes lo que pasa...

Que una historia se acaba, pero los personajes todavía no te han soltado.

Si te has quedado con ganas de más, aquí tienes otras novelas que quizá también te enamoren.

—Te dije que te enamorarías

Vega le leyó el tarot a un desconocido. Las cartas hablaron de una traición y de un amor que se parecía demasiado a ella. Meses después, ese hombre se convierte en su jefe y la predicción empieza a cumplirse. [Léelo aquí](#)

—Tu boda conmigo

Una boda cancelada. Un viaje inesperado. Y su mejor amigo que llevaba años esperando su oportunidad. Una comedia romántica sobre el amor que siempre estuvo delante de tus ojos. [Léelo aquí](#)

—La estrella que lleva tu nombre

Él le puso su nombre a una estrella. Doce años después vuelven a encontrarse. Algunas historias no acaban, solo esperan el momento para continuar. [Léelo aquí](#)

¿Quieres seguir leyendo?

Puedes encontrar todas mis novelas en mi [perfil de autora en Amazon](#).

Y contactar conmigo en:

Instagram: @gemasamaro_autora

TikTok: @gemasamaro
